



Sophie Saint Rose

Me

lo has dado

Todo



Me lo has dado todo

Sophie Saint Rose

Capítulo 1

—Querida, disimula un poco —dijo su madre antes de beber de su copa de champán—. Es evidente que pareces desesperada.

Fulminó a su madre con sus ojos azul violáceo. —Me has enseñado bien, madre. Cumpliré con la misión que me encomendaste cuando me trajiste al mundo. No debes preocuparte.

Steffani Arden sonrió irónica, sin que se le notara ni una sola arruga.

Para tener cincuenta años, aparentaba treinta. De hecho, quien no las conocía, pensaba que eran hermanas. Pues eran iguales. Iguales en todo, excepto en una cosa y eso torturaba a Rebeca desde hacía años.

—No me preocupa. Has aprendido de la mejor.

—Eso es cierto. Nadie como tú para venderte al mejor postor.

El ojo de su madre tembló y Rebeca ignorándola se alejó de ella, porque al final terminarían discutiendo como siempre sobre el mismo tema.

Ignorando las miradas de varios hombres, supo que esa noche estaba perfecta.

Su vestido de gasa entallado, aparentaba que no llevaba nada debajo, y sus pequeños cristales hacían que cada movimiento hicieran resaltar su

maravillosa figura. Figura que esculpía durante dos horas en el gimnasio todos los días desde los catorce años para estar perfecta. Bebió de su copa acercándose al enorme ventanal que mostraba Nueva York iluminado y miró al

exterior, pero ella no se fijó en eso, sino en su reflejo y en las miradas posadas en ella. Vio que un mechón rubio de su impecable recogido rozaba la mejilla

ocultando la única tara que tenía. Una pequeña cicatriz debajo del ojo, obsequio del segundo marido de su madre. De cuando había llorado con cuatro años, porque el día de Navidad no había encontrado debajo del impresionante árbol la muñeca que quería. Esa fue la única vez que vio a su madre realmente furiosa y cogió a su hija entre sus brazos como una leona, antes de salir de aquel piso. Por supuesto no lo denunció, pero se encargó de sacar a su marido todo lo que podía. Desafortunadamente su estilo de vida era caro y llegó el tercer marido. Ese había sido un buen hombre, pero desgraciadamente murió. El cuarto, para su alivio, la pilló en la universidad y ya no tuvo que soportarlo. Pero desafortunadamente su aspecto hacía que no la tomaran en serio. Después de esforzarse muchísimo en la universidad para sacar un expediente decente, todavía recordaba la mirada socarrona que tenía el hombre que la recibió en su primera entrevista de trabajo. Se burló de ella mientras se humillaba suplicando aquel trabajo de becaria en una empresa que no llegaba ni a la suela de los zapatos a la mayoría de las empresas de sus amistades. La miró con desprecio viendo su traje de firma que costaba más de lo que él ganaba en seis meses y le dijo con sorna —No espere nuestra llamada.

Y así fue en una entrevista tras otra. Nadie la ayudó a encontrar trabajo y después de dos años mantenida por su madre, se dio por vencida. Así que había llegado allí. A la caza de un marido como habían hecho su madre y su abuela antes de ella. No sería difícil conseguir un marido rico que las mantuviera. Lo difícil era conseguir un marido que no la hiciera vomitar con

sólo pensar que le pusiera la mano encima. Lo único malo era que no tenían mucho tiempo. El alquiler de su piso vencía en dos meses y vivían de la compensación del último marido de su madre. Después de tres años, estaban casi sin fondos. Su madre había sido muy clara. Necesitaba que colaborara y si

era lista, encontraría a un marido que las mantuviera a ambas de por vida. Sólo

tenía que conseguir enamorarle antes de la boda, para que le diera vergüenza

pensar siquiera en un acuerdo prematrimonial. Bebió de su copa y al tragar, vio a través del cristal llegar a la fiesta a dos hombres vestidos de smoking, que saludaban a los anfitriones como si se conocieran desde hacía tiempo. Si

les conocían, era que tenían dinero. Los Forrester no se relacionaba fuera de determinada escala social.

—Te veo muy sola —dijo un hombre acercándose y apoyando la mano en el cristal.

Levantó una de sus finas cejas, sin dejar de mirar a uno de los hombres que acababan de llegar, sin hacerle ningún caso al tipo que tenía al lado. Era realmente guapísimo y muy alto. Perfecto para ella que media uno setenta.

Además, estaba muy moreno de pelo y piel. Pero lo que la volvió loca, fue su sonrisa. Tenía una sonrisa irónica que le dijo que era un hombre muy seguro de sí mismo.

—¿Quieres otra?

Volvió la vista hacia el pesado y le reconoció enseguida. —¿Eres

Carter Willis, verdad? El tenista.

Nada de deportistas. Se volvían locos con el dinero. En cuando su carrera se acababa, se quedaban sin un dólar. Y a pesar de lo que decía su madre, ella quería que su matrimonio funcionara. Era lo que más deseaba.

Casarse por amor. O al menos por un deseo arrollador, que la hiciera olvidarse de su horrible objetivo. Llevar la mejor vida que pudiera.

—Exacto, bonita. Soy Carter Willis. —Sonrió como en las fotos

publicitarias y la verdad es que era atractivo, pero no soportaría levantarse todos los días con esa sonrisa estúpida al lado. —Te traigo otra copa.

Entrecerró sus preciosos ojos violetas. —Sí, hazme el favor. Me

apetece —mintió sin que se le notara. Sólo quería que el moreno viera que alguien que era un playboy estaba interesado en ella—. Gracias. —Sonrió como una niña buena y el tipo casi sale corriendo.

Mirando sobre su hombro como si estuviera distraída, pasó la vista por el salón y cuando sus ojos pasaron por el moreno viendo que los tenía claros,

no se detuvo, sino que pasó de largo como si no hubiera visto nada que le interesara. Pudo sentir su mirada en ella en ese mismo instante y como si estuviera aburrida, volvió a mirar por la ventana.

—Aquí tienes, preciosa. —Carter le entregó la copa de champán. —

¿Cómo te llamas?

—Rebeca —respondió encantadoramente.

—Un nombre precioso.

—Gracias, eres muy amable.

—No te había visto nunca. ¿Eres amiga de los Forrester?

—Mi madre y Daisy son íntimas desde hace años. De hecho, fui al

colegio con Stella.

Carter se echó a reír. —No conozca a la mitad de los que has dicho. A mí sólo me invitan a estas cosas por dar un poco de glamour.

Ese tío no sabía lo que era el glamour ni aunque lo tuviera delante.

—Nena, siento llegar tarde.

Sorprendida miró hacia atrás y vio a su moreno sonriendo

encantadoramente. Maliciosa por la jugada, bebió de su copa y él se acercó besándola en la mejilla, haciendo que su corazón saltara al oler su colonia. —

¿Estás enfadada?

—Un poco. ¿Conoces a Carter Willis? —preguntó recuperando el aliento.

—Por supuesto. —Alargó la mano y se la estrechó a Carter, que parecía decepcionado. —Soy un admirador. Paolo Viotti.

Disimuló su sorpresa, porque sabía de sobra quién era. Y era realmente el premio gordo. No se podía creer la suerte que tenía. No se le podía escapar.

—He oído hablar de usted —dijo Carter con admiración—. Me han dicho que su último barco es excepcional.

—Buque. —Su corrección le dejaba en evidencia ante ella, pero Rebeca lo pasó por alto, aparentando estar aburrída y mirando a su alrededor. —Y sí, es excepcional. El buque más grande de la historia.

—Me han dicho que ya no hay plazas disponibles para el primer viaje.

—Y le han dicho bien. —Miró a Rebeca. —Cara, ¿vamos a saludar a

Stella? Creo que acaba de llegar.

—Está en París... —dijo irónica mirándolo a los ojos—. Caro.

Eso pareció hacerle gracia y Carter no se dio cuenta que pasaban de él mientras no dejaban de mirarse. Empezó a ponerse nerviosa porque esos ojos grises le decían claramente que quería que pasara la noche con él. Algo realmente excitante. Y tentador. Muy tentador.

—¿No cree que podría conseguirme un pasaje? Pagaré lo que sea —
continuó diciendo Carter como si nada.

—Lo siento, pero sólo me queda una suite y es para mí. —Cogió a Rebeca de la cintura y la alejó un par de pasos. —Pero si hay alguna cancelación, mi secretaria se pondrá en contacto con usted.

—Gracias, amigo.

Divertida se dejó llevar sintiendo la mano en su cintura, mientras su cadera rozaba con la suya al caminar. Era algo demasiado íntimo para el primer contacto, pero no pudo evitarlo. —Si hubiera esa cancelación, no le llamarías.

—No. Yo no me encargo de esas cosas —le susurró al oído—. Pero por ti haría una excepción.

Sonrió deteniéndose y dándose la vuelta para mirarle de frente. —Crees que porque eres atractivo, rico y medianamente inteligente, lo tienes todo ganado, ¿verdad?

Paolo se echó a reír. —Algo así.

Dios, era fascinante y se quedaría embobada mirándole toda la noche.

—Pues yo también soy atractiva, rica y medianamente inteligente, así que

estamos empatados.

—Entonces tendré que esforzarme.

—¿Y cuál es tu objetivo?

—¿Pasarlo bien?

Eso le hizo gracia a Rebeca y se rió sin poder evitarlo. Le encantaría pasarlo bien con él, pero no estaba allí para eso. Él era su objetivo y lo conseguiría. —Buenas noches, señor Viotti. Páselo bien.

Se estaba volviendo cuando la cogió del codo deteniéndola. —No sé cómo te llamas, cara.

—Rebeca.

Los ojos de Paolo brillaron. —¿Y eres como ella, Rebeca?

Se tensó interiormente al darse cuenta de lo que quería decir, pero aun así preguntó haciéndose la tonta —¿Qué quieres decir?

—¿Eres fría y calculadora igual que la de la película?

Esa pregunta la ofendió, pero al fin y al cabo era cierto que Rebeca había sido así. Se había casado Maximilian de Winter sin amarle, únicamente

por lo que podía ofrecerle. Le había sido infiel, aparentando ser la esposa perfecta ante todos. Y había sido dañina hasta la muerte.

El paralelismo era tan exacto, que palideció y soltó su brazo mirándole fríamente. —Buona notte, signor Viotti.

—Buona notte, bella.

Sintió su intensa mirada mientras se alejaba yendo hacia su madre, que simulaba hablar con una conocida hasta que llegó a su lado. En cuando la mujer, de la que no recordaba el nombre, se alejó, Steffani la miró a los ojos.

—¿Viotti?

—Demasiado listo —susurró intentando calmarse—. Me ha calado desde el principio.

—No eres tan descuidada. Sólo te está tanteando. Se ha sentido atraído hacia ti desde que entró en la sala.

—No sé por qué tuviste que ponerme ese estúpido nombre.

—¿Acaso no te gusta? A mí me encanta. Mi niñera se llamaba así.

Siempre me ha gustado ese nombre.

Miró a su madre con sorpresa y ella sonrió irónica. —Ya sé por dónde vas. Nunca me lo habías contado.

—El paralelismo con la película...

Su madre la cogió por la muñeca para que la mirara a los ojos. —No eres como ella. Nunca dejes que nadie te haga de menos. Jamás. ¿Me has entendido?

Vio en sus ojos lo que había visto aquel día que la cogió en brazos y la sacó de aquel piso y se dio cuenta de algo... Que su madre era una superviviente en un mundo de tiburones y quería que ella estuviera preparada.

—¿Crees que ellos no nos utilizan? Hasta que llega la siguiente y pasan página.

Una más bella y joven por la que te dan la patada. —dijo sin demostrar que estaba enfadada—. Tienes que ser más lista que yo, hija. Tienes que ser más lista que ellos. Yo cometí el error de enamorarme de tu padre, ¿y de qué me sirvió? ¿De qué te sirvió a ti? Una pensión compensatoria y a por la siguiente

rubia. Tienes cinco hermanos que ni conoces y que no han mostrado interés

por ti jamás. Y en cuanto cumpliste los dieciocho, sus abogados se pusieron en contacto con nosotros para decir que se cerraba el grifo. —Sonrió con desprecio. —No merecen que te sientas mal por ellos. Los buitres son ellos, no

nosotras. Nosotras sólo nos mantenemos a flote.

—Nunca me habías hablado así. A veces te muestras tan fría al respecto,

que... —Steffani algo pálida bebió de su copa y Rebeca se dio cuenta que la frase que le había dicho antes le había dolido. —Mamá...

—Ahora no.—Muy seria dejó la copa sobre la bandeja del camarero

que pasaba a su lado y fue a penas imperceptible que su mano temblaba.

Rebeca se sintió fatal. Odiaba hacer aquello, pero no tenía derecho a criticar a su madre cuando ella había disfrutado de todo lo que había conseguido con sus matrimonios.

—Soy una hipócrita, ¿verdad?

Su madre la miró sorprendida y se echó a reír al darse cuenta de lo que

quería decir. Acarició su mejilla con cariño. —Me encantaría tener todo el dinero del mundo para que vivieras tranquila toda la vida. Pero no lo tengo. —

Suspiró decepcionada. —Y ya no soy como tú. Me costará un poquito el siguiente.

Rebeca se echó a reír atrayendo varias miradas sin darse cuenta. —

Mentirosa. Antes de que me dé cuenta, me vestirás de dama de honor otra vez.

—Esta vez irás de violeta.

Rió sin poder evitarlo y miró a su alrededor distraída. Al encontrarse con Paolo tras ella perdió la sonrisa. —¿No nos presentas, Rebeca? —El tono en el que dijo su nombre la estremeció.

—Steffani Arden, Paolo Viotti —dijo mirando a su madre de reojo, que sonrió agradablemente dándole la mano. Paolo se agachó para besársela como todo un caballero y su madre se sonrojó de gusto.

—Hija, como en el siglo pasado —dijo impresionada, aunque ya no le impresionaba nada.

—Todo un dandi —dijo con ironía cogiendo un canapé de salmón y metiéndoselo en la boca para no tener que hablar.

—¿De qué parte de Italia es usted? —preguntó su madre advirtiéndola con la mirada.

—De Manhattan. —Su madre se echó a reír de manera encantadora. —

Pero mis padres son de Nápoles y varios de los negocios de la familia están allí.

—He oído que su naviera está teniendo mucho éxito.

—Sobre todo los barcos de transporte a Asia.

—No sea modesto. Me han dicho que construye barcos para medio mundo. Sus astilleros son los más grandes de Europa.

—Veo que está muy bien informada —dijo mirando con sorna a Rebeca.

—Oh... —Su madre hizo un gesto delicado con la mano sin darle importancia.
—Todo el mundo está enterado. Rebeca, ¿ese no es Carter Willis?

—Sí, mamá.

—Oh, déjame ir a saludarle —dijo aparentando estar emocionada—.

Me encanta.

Los dejó solos a propósito y ambos vieron cómo se acercaba al tenista interrumpiendo su conversación para hablar con él. Ni tenía ni idea de que hablaría con él, pero parecía que el hombre estaba encantado con su atención.

—Os parecéis mucho —dijo Paolo acercándose peligrosamente.

—¿No me digas?

Como no respondió, le miró a la cara y él preguntó —¿Soy el primero?

—¿A qué te refieres?

—¿Te has casado alguna vez?

—No. —No entendía a dónde quería llegar y no pudo disimular su sorpresa por la pregunta. —Soy soltera. ¿A qué viene esa pregunta?

Él sonrió encantadoramente y se acercó para susurrarle al oído —Me

muerdo por acostarme contigo. —Rebeca se estremeció por sus palabras y el roce de su aliento. —Pero supongo que para hacerlo, tengo que poner un anillo en tu dedo, porque tú no eres una mujer que da nada sin recibir algo a

cambio.

Eso sí que la sorprendió y se apartó para arrearle un tortazo con fuerza.

—¡Mamá! ¡Nos vamos!

Steffani se volvió asombrada por su grito, como casi todos los demás,

y Paolo se echó a reír cuando la vio coger el bajo del vestido e ir hacia la puerta sin molestarse en esperarla. ¿Qué se creía? ¡Ni que fuera una puta! ¡Se

acostaría con él con y sin anillo! Sería imbécil. Diciéndole eso, sólo quería demostrar que conocía su juego y que no le hacía ninguna gracia. Pulsó el botón del ascensor. Él la siguió apoyando el hombro en el marco de la puerta,

mirándola con ironía. —Bella, no te enfades. Era una pregunta.

—¡Deja de llamarme bella, italiano de poca monta! ¡Eres de Manhattan!

Paolo se echó a reír. —Pero con mi familia hablo en italiano, bella.

Apretó los dientes porque sólo quería fastidiarla y pulsó el botón de nuevo. ¿Dónde coño estaba el ascensor?

—Disculpe, señor Viotti —dijo su madre intentando salir de la casa con las estolas de piel en la mano—. Cariño, no te has despedido de...

—Seguro que lo has hecho tú por las dos. —Se metió en el ascensor y levantó la barbilla orgullosa y sonrió antes de decir —Sí, voy a casarme con un hombre muy rico y seré la esposa perfecta hasta pasarme al siguiente. —Su madre jadeó asombrada. —¡Y hasta puede que haya más! —Paolo se tensó enderezándose y mirándola fríamente. —¡Así la respuesta a tu pregunta es sí! Soy como Rebeca.

Mientras las puertas se cerraban se retaron con la mirada y ella no perdió la sonrisa hasta que desapareció de su vista.

Capítulo 2

Su madre y ella se quedaron en silencio escuchando la musiquilla del hilo musical. Rebeca la miró de reojo y vio que todavía estaba con la boca abierta. Aunque no tardaría en reaccionar.

—¿Estás loca? —gritó a los cuatro vientos.

Ahí estaba. Rebeca abrió la boca para explicarse, pero su madre siguió gritando —¡Acabas de arruinarnos la vida! ¡Todo el mundo se enterará de esto! ¿Crees que va a callarse ese italiano de pacotilla?

—No exageres.

—¿Que no exagere? ¡Nos acabas de meter en un lío de primera! ¡Te acabas de colgar un cartel al cuello que dice que eres una cazafortunas! —Su madre estaba pálida y Rebeca se preocupó, pero como siguió gritando, no pudo meter baza. —¡Qué vergüenza! ¡Seremos señaladas por todas nuestras amistades! Nos excluirán de sus reuniones. ¡Seré una paira social! —gritó eso antes de caerse en redondo a su lado y Rebeca estiró el cuello mirando hacia ella. Hasta desmayada estaba preciosa rodeada de seda roja.

—¿Mamá? ¿Va en serio? —Preocupada se agachó cuando las puertas se abrieron y le dio unas palmaditas en la mejilla. —Mamá, si esto es como cuando le pediste el Mercedes a tu tercer marido, no tiene gracia. ¡Mamá! —

Le dio una palmada más fuerte.

—¿Ocurre algo? —preguntó el portero vestido con librea negra

agachándose para impedir que se cerraran las puertas.

—¡Se ha desmayado! ¿Está ciego? ¡Llame a una ambulancia!

El portero salió corriendo y se arrodilló al lado de su madre que

seguía sin sentido. —¡Mamá, despierta de una vez! —Se agachó a su lado y susurró —Te va a ver todo el mundo y se te ven las bragas.

Esa era la prueba definitiva y su madre no abrió los ojos. Pálida le tocó

el pulso, pero no se lo encontraba con los nervios. —¡Mamá, no me asustes!

Las puertas se cerraron sin darse cuenta mientras intentaba despertarla.

Cuando se abrieron en otra planta ella estaba a punto de llorar y su madre abrió los ojos. Suspiró de alivio. —Mamá, ¿estás bien?

—¿Qué ha pasado? —Se llevó la mano a la cabeza. —Me he clavado una horquilla.

—¡Te has desmayado! —gritó acusadora. Entonces se echó a llorar y la abrazó con fuerza—. ¡No me hagas esto de nuevo! ¿Qué voy a hacer sin ti?

—Evidentemente no casarte con un rico. ¡Terminarías como la esposa de un carnicero de barrio!

Se echó a reír sin poder evitarlo y se alejó para mirarla a los ojos. —

Te quiero.

Steffani se emocionó. —Y yo a ti, cariño. Eres lo único bueno que

tengo en la vida. —La besó en la mejilla y alargó la mano. —Ayúdame a levantarme.

La puso en pie y todavía con el susto en el cuerpo le dijo —Seguro que está la ambulancia abajo. —Pulsó el botón del bajo.

—¿La ambulancia? ¿Estás loca?

Se iba a negar a ir al hospital y la miró a los ojos. —Piensa que de esa manera podemos dar otra versión de lo que ha ocurrido, mamá. El italiano, con sus maliciosas insinuaciones, te llevó a un colapso nervioso. Ese hombre no tiene corazón.

Su madre entrecerró los ojos entendiendo y antes de darse cuenta estaba tumbada en el suelo de nuevo. Cuando llegaron al hall el portero estaba hablando con los de la ambulancia. —¡Aquí! Se ha ido el ascensor.

Se acercaron a toda prisa y se arrodillaron al lado de su madre. —¿Qué ha ocurrido?

—¡Se ha desmayado de repente! —dijo muy nerviosa.

—¿Se encontraba mal?

—¿Mamá?

—No sé —dijo aparentando estar confusa.

—Una camilla, James —dijo el que debía ser el doctor sacando un tensiómetro.

—En ese momento se abrió la puerta del otro ascensor y unos conocidos de los Forrester las vieron.

—Oh, ¿está bien, señora Arden?

—¿Quién me habla?

—Es la señora Smithson, mamá. Juegas con ella al bridge.

—¿Matilda?

La mujer impresionada asintió. —¿Qué ha ocurrido?

—Ese italiano nos alteró un poco, pero parecía estar bien —dijo mientras el médico le tomaba la tensión—. ¿Está bien?

—Tiene la tensión muy alta. Me la llevo.

—Oh, Dios mío —dijo la mujer apoyándose en su marido—. Pobrecita.

Rebeca ni la escuchó, porque ahí se asustó de veras. —¿Muy alta?

—No es nada. No te preocupes —dijo su madre.

La mujer cogió a Rebeca del brazo. —Deja pasar a los sanitarios, querida.

Muy nerviosa vio cómo la subían a la camilla y Matilda preguntó —

¿Qué le ha dicho el señor Viotti?

—¡Ese estúpido! —dijo furiosa—. ¡Ha insinuado que somos mujeres que se venden al mejor postor! —La conocida de su madre jadeó tapándose la mano con la boca. —¡Yo, que ni me he casado! ¡Mi madre se ha enfadado muchísimo!

—Como es lógico —dijo el señor Smithson ofendido—. ¿Cómo se atreve? ¡Ahora entiendo el bofetón!

—Me ha dicho que quería llevarme a su cama, pero que seguro que

debía ponerme un anillo en el dedo para eso.

La mujer volvió a jadear y miró hacia su madre. —Pobrecita. Qué disgusto.

—Mamá... —Preocupada por ella le cogió la mano mientras el enfermero empujaba la camilla.

—No es nada. Estaré bien en un santiamén.

—¿Quieres que te llevemos al hospital? Tenemos la limusina fuera. —
Se ofreció el señor Smithson.

—¿No puedo ir con ella? —le preguntó al médico.

—Lo siento, señorita. Sólo personal médico. Normas del hospital.

—Nosotros nos encargamos —dijo Matilda firmemente—. ¿A qué hospital la llevan?

—Al Monte Sinaí.

—Mamá, te sigo.

—Sí, pero no te pongas nerviosa. Estoy bien —lo dijo como si se estuviera muriendo y los tres se quedaron mirando las puertas de la ambulancia preocupados mientras se alejaba con la sirena.

—Oh, Dios.

—Vamos, querida. Enseguida estaremos allí.

Dejó que Matilda la cogiera por los hombros y la guió hasta la puerta

de la limusina.

Sentada ante ellos se apretaba las manos nerviosa. —Pobrecita. No debes preocuparte. Tu madre es joven. Seguro que ha sido el disgusto.

—Sí —susurró mirando por la ventana.

—No tienes más familia, ¿verdad?

—No, ella es lo único que tengo. —Y era verdad. Sólo se tenían la una a la otra y aunque a veces discutían con ferocidad, se querían con locura.

Los Smithson se miraron y se cogieron de la mano.

Cuando llegaron al hospital, ella salió de la limusina dándoles las gracias precipitadamente, olvidándose de ellos casi de inmediato.

—Pobrecita, está angustiada, George —dijo Matilda mientras su marido cerraba la puerta—. Es increíble que Paolo se haya atrevido a hablar así de ellas.

Su marido apretó los labios disgustado. —Debería moderarse en sus comentarios. A veces es muy brusco. Pero de todas maneras, esta vez se ha pasado. Ver a esa pobre mujer tirada en el ascensor, me ha dejado mal cuerpo.

Matilda le miró de reojo. —¿Conozco a Steffani desde hace muchos años y lo que le ha ocurrido es que ha tenido mala suerte con sus matrimonios! Es injusto. Su primer marido le fue infiel y le dio una pensión para la niña de risa. ¡El segundo pegaba a la niña! —Su marido abrió los ojos como platos y su mujer se acercó para susurrar —El día de Navidad tuvo que irse de casa después de que pegara a la niña. Se fueron en pijama.

—¿Y qué le ocurrió con el tercero?

—¿No te acuerdas? Se murió de un infarto en la oficina.

—Ah, sí.

—¿Y el último? Era Arden, así que ya le conoces.

Su marido asintió entrecerrando los ojos. —Menudo sinvergüenza.

—Exacto. ¿Eso no es tener mala suerte?

—¡Está claro que Paolo no sabe de lo que habla!

—¡Alguien debería dejarle las cosas bien claras, mi amor! ¡No puede ir por ahí difamando a esas pobres mujeres!

El matrimonio se fue alterando y George le dijo al chofer —Vuelve a llevarnos a Park Avenue. Regresamos a la fiesta.

Se pasó cuatro horas sentada en la sala de espera y recibió muchas

llamadas al móvil, pero no contestó. No estaba de ánimos para hablar con nadie. Había sido algo injusta al hablar así de Paolo, pero no podía desaprovechar la oportunidad de limpiar su nombre y seguro que su madre estaba de acuerdo. Decidió olvidarlo, porque ya no merecía la pena amargarse

por haber perdido la oportunidad de cazarle. Había muchos peces en el mar.

Desgraciadamente un pez tan gordo como ese, sería muy difícil de encontrar.

Sobre todo, porque le encantaba todo de él. Excepto su carácter. Y ese era un punto demasiado importante como para pasarlo por alto.

Se abrió la puerta sacándola de sus pensamientos y cuando el médico,

que debía tener unos cuarenta años la miró, carraspeó acercándose. —

¿Señorita Arden?

—Roger. Arden se apellida mi madre.

—Oh, disculpe. No debe preocuparse. Su tensión se ha estabilizado y puede llevársela a casa.

—¿Pero no es preocupante que le haya subido tanto?

—Le he preguntado si está bajo mucho estrés y me ha contestado que últimamente sí. —A Rebeca se le cortó el aliento. —De todas maneras, quiero que se haga unos controles de tensión durante unos días. Me ha dicho que se los hará su médico. Él considerará si debe tomar medicación para controlar su tensión después de dicho seguimiento.

—¿Entonces está bien? ¿Me la puedo llevar a casa?

El doctor sonrió. —Sí, que descanse.

—Gracias. —Se pasó la mano por la frente preocupada. ¿Situación de estrés? ¿Le estaba ocultando algo?

Volvió a sentarse en la silla sin darse cuenta que el doctor la miraba. Se acercó a Rebeca y volvió a carraspear. Sorprendida le miró. —¿Algo más? ¿Me oculta algo?

—No, no. Tranquila no es eso. —Carraspeó mirando a su alrededor. —

¿Le gustaría salir a cenar un día de estos?

Rebeca parpadeó mirándole y desgraciadamente no era su estilo en

absoluto. Es más, estaba algo calvo. Nada comparable al pelo de Paolo. —

Perdone, doctor...

—Roper.

—Doctor Roper. Lo siento, pero estoy muy ocupada.

El hombre se sonrojó forzando una sonrisa. —Tenía que intentarlo.

—¿Por qué no lo intenta con la chica de recepción que no le quita ojo?

Disimulando el doctor volvió la cara y carraspeó de nuevo cuando la chica del otro lado del mostrador agachó la mirada sonrojándose. —Vaya, gracias.

—De nada. ¿Mi madre?

—Enseguida la sacarán.

En ese momento su madre salió en una silla de ruedas, hablando

animadamente con el enfermero que reía encantado. A toda prisa se acercó a ella. —Mamá, ¿estás bien?

—Claro que sí. Estoy muy orgullosa de ti. Aprovechaste el momento

exacto para decir las palabras apropiadas. —Se levantó de la silla. —Gracias.

—De nada, señora Arden —contestó el enfermero sonriendo de oreja a oreja. Al parecer lo había conquistado.

Su madre la cogió por el brazo despidiéndose de todo el mundo con la mano. —Mamá...

—Cariño, hay que ser agradable.

—¡Déjate de rollos! —Se acercó a un taxi y abrió la puerta. —¡Qué es eso que te estresa y que no me has contado!

—Bastante tienes con buscar candidato para que yo te presione —dijo molesta sentándose en el taxi.

—¡Mamá, no me ocultes cosas! Siempre que lo haces, acaba en divorcio.

—Pues ninguna de las dos está casada, así que no va a acabar así. —Le dio su dirección en la tercera avenida al chofer. —No ocurre nada. Tenía que decir algo al doctor para explicar el desmayo.

—Es que te desmayaste, mamá. —Entrecerró los ojos. —Lo voy a averiguar. Tú sólo te preocupas por el dinero o por mí. Y estoy bien, así que es un problema de dinero.

Steffani miró por la ventanilla. —Hace una noche preciosa de primavera, ¿no crees?

—¿Ahora te pones mística?

—Hija, disfruta de la vida.

—Oh, Dios... tienes algo grave y no me lo ha querido decir el médico.

¿Se lo has prohibido?

—No. Estoy bien.

En ese momento le sonó el móvil a su madre y lo sacó a toda prisa sonriendo.

—¡Lisa, qué sorpresa! —Le guiñó un ojo. —No, ya estoy bien. Ha sido el susto nada más. Mi pobre Rebeca está aún pálida del disgusto. Creía que era algo grave, mi niña. —Hubo un silencio mientras escuchaba a su amiga. —
¿Cómo te has enterado de eso? —preguntó aparentando sorpresa—. Sí, es cierto, pero...

Vaya, al parecer los Smithson no habían perdido el tiempo. —Lisa, no quiero que esto salga de entre nosotras, ¿de acuerdo? Seguro que tuvo un mal día para decir algo así a mi preciosa hija. ¿Que él ha dicho que había reconocido que se casaría con un hombre rico?

Asombrada miró a su madre a los ojos. —Bueno, es que siempre está rodeada de ellos. Lo difícil sería que se casara con uno pobre, ¿no crees? Se lo dijo enfadada. Yo estaba delante. Ya sabes cómo es Rebeca. A veces tiene mal

carácter. —Jadeó indignada, pero su madre se echó a reír. —Ese es otro de sus

encantos, que no se muerde la lengua. Estaba enfadada con él. ¿El bofetón?

Claro que sí. Se lo merecía después de lo que dijo. Ni quiero hablar sobre ello

porque me pongo nerviosa de nuevo. Sí, querida... estamos a punto de llegar a casa. Reposo. Te llamo mañana. Sí, tenemos que quedar para tomar un té.

Chao, chao.

Su madre colgó el teléfono metiéndolo en su bolsito de noche. —Está muerto —dijo satisfecha—. Lisa está que trina. Ya sabes que ella ha estado casada tres veces y le ha fastidiado el comentario como si se lo hubiera dicho a ella directamente.

—¿Hay alguien en Manhattan que no se haya casado varias veces?

Su madre sonrió. —De esto se va a acordar mucho tiempo, te lo aseguro.

—Eso espero. Ya que no puedo casarme con él, que sufra.

—Bien dicho, cariño. Recibirá su merecido.

Capítulo 3

A la mañana siguiente Rebeca se levantó tarde y cuando salió de la habitación poniéndose una bata de seda rosa, fue hasta la escalera para detenerse en seco al ver en su salón a Paolo sentado tranquilamente con una taza de café en la mano mientras leía el Times.

Descalza fue hasta el primer escalón, cuando él levantó la vista. Su pelo caía hasta la mitad de su espalda y sin maquillar estaba realmente preciosa.

Paolo suspiró cerrando el periódico y dejándolo sobre la mesa de cristal. —

Buenos días, nena.

—¿Qué haces aquí?

—Después de lo que ocurrió ayer, lo menos que podía hacer era venir de visita. ¿Cómo se encuentra tu madre?

—¿No se ha levantado todavía? —Miró hacia la cocina. —¿Dónde está

Clara?

En ese momento salió de la cocina la mujer interna que tenían contratada desde el último divorcio y esta sonrió al verla levantada. —¿El desayuno, señorita?

—Sí, gracias. ¿Se ha levantado mi madre?

—No, señorita.

Sin preocuparse por Paolo, volvió a subir las escaleras y fue hasta la habitación de su madre al final del pasillo. Acercó el oído a la puerta para escuchar el sonido de la televisión y abrió la puerta lentamente para ver a su madre en la cama todavía dormida. No eran las once, así que cerró la puerta de nuevo.

Tomó aire, porque al parecer tenía que enfrentarse a Paolo ella sola.

Bueno, podía con él. Apartó el cabello con un golpe seco y fue hasta las escaleras de nuevo. Volvió a bajar sin que le quitara la vista de encima. — Está

descansando. Será la medicación.

—¿Y tú también te has medicado? —preguntó irónico mirando el reloj

—. ¿O acostumbras a levantarte a las diez y media de la mañana?

—Pues no. Suelo levantarme a las ocho. Pero como no te importa a la hora que me levantó, da igual mi respuesta.

—Menudo numerito que montasteis ayer —dijo levantándose para

enfrentarla—. ¡Tuve que soportar cómo un montón de mujeres casi me linchan

en la maldita fiesta!

Rebeca se cruzó de brazos. —¿No me digas? Quizás deberías controlar lo que dices y cómo lo dices. Creo que será una buena lección para el futuro.

—¿Tú me vas a dar lecciones?

—Ni me atrevería. ¿Ahora te importaría irte? Quiero desayunar y me revuelves el estómago.

—De esto te vas a acordar. Si querías un enemigo, no has elegido al más apropiado, cara.

—¡Qué no me llames cara!

Él levantó una ceja y dio un paso amenazante hacia ella. —Arréglalo o te las verás conmigo.

—Piérdete.

—Tú lo has querido. Yo no he iniciado esta guerra.

—No me amences.

Él sonrió irónico. —Va a ser divertido. —Alargó una mano y le acarició la mejilla cortándole el aliento. —Luego no llores con el resultado.

—No tengo ni idea de lo que dices. —Apartó la cara como si le repugnara su contacto, cuando era todo lo contrario, y Paolo entrecerró los ojos.

—Ya te enterarás. —Fue hasta la puerta y la abrió, pero en lugar de largarse, dijo mirándola sobre su hombro —Por cierto, ayer estaba algo

enfadado y llamé a un amigo que se entera de todo. Fue interesante que me

dijera, que tu madre le había pedido un crédito bancario de un millón de dólares. —Rebeca no pudo disimular su sorpresa y él sonrió. —¿No lo sabías?

Quería poner sus joyas como aval y por supuesto este amigo le dijo que tenía que pensarlo. Igual lo piensa más de la cuenta.

—Serás cerdo —dijo rabiosa apretando los puños—. ¡No necesitamos ese dinero! ¡Díselo a ese amigo tuyo tan indiscreto!

—Bien. Se lo diré. —Riendo por lo bajo salió del piso y fuera de sí subió los escalones de nuevo dispuesta a dejar las cosas claras con su madre.

Abrió la puerta de la habitación y se acercó a la cama. Al ver a su madre dormida, parecía tan frágil, que la rabia la recorrió de nuevo. Nunca había considerado a su madre frágil sino todo lo contrario. Lo que demostraba

que desde que tenían problemas económicos, las cosas habían cambiado

bastante. Cogió el mando de la televisión y la apagó antes de sentarse a su lado intentando no ser brusca con ella. —Mamá... —La tocó del hombro

suavemente y Steffani abrió los ojos sonriendo.

—Buenos días, hija. ¿Ya son las doce?

—No. Pero tenemos que hablar de algo. Ha venido Viotti.

Su madre se incorporó apoyándose en sus manos. —¿Cómo que ha venido Viotti? ¿Qué quería?

—Está enfadado por tener a la mitad de mujeres con poder de Manhattan en su contra.

—¿No me digas? —Satisfecha sonrió. —Me alegro. Así se demuestra

la amistad.

—Quiere que lo arreglemos.

—Sí, ya. Y yo quiero un multimillonario, pero las opciones están algo escasas.

No pudo evitar sonreír al escucharla. —Ya caerá alguno y esta vez será muy atractivo.

—Claro que sí.

—Nos ha declarado la guerra.

Steffani parpadeó sorprendida. —¿Es broma?

—No. Al parecer este italiano tiene mal carácter y ha empezado por paralizar el crédito que habías pedido.

—¡No puede hacer eso! —gritó horrorizada—. ¡No tenemos dinero!

—¿Por qué no me lo has contado? —La rabia dio paso a la preocupación al ver que había perdido algo de color en la cara.

—¡Porque no es asunto tuyo! Siempre te he cuidado, ¿no es cierto?

Sí, siempre la había cuidado. Le había dado todo lo que cualquier niña podía necesitar y más.

—Por eso insististe en que debía colaborar, ¿no es cierto?

—Si hubiera tenido más tiempo... Pero las deudas empiezan a acumularse y necesitamos efectivo. La casa de los Hamptons no se venderá lo

bastante rápido.

—No, mamá. ¡La casa de la abuela no!

—¿Qué quieres que haga?

—Venderemos algunas joyas —respondió tomando la iniciativa—. Y se acabaron las compras.

—¡No puedes repetir vestido! ¡Se darán cuenta!

—Me pondré los tuyos. El vintage está de moda y tenemos la misma talla.

—¡No irás de temporada! Dios, empezarán a murmurar.

—Ni se darán cuenta. Déjame a mí.

Se miraron a los ojos. —No quería apurarte para que te decidieras por el primero.

—Pues ya no hay tiempo. Con lo que se tarda en organizar una boda tardaremos en rentabilizarlo al menos cuatro meses. Eso si encuentro a alguien.

—¿Con tu estilo y tu belleza? Hija, los tienes babeando y tú no les haces ni caso. Es interesante que por el primero que has mostrado interés, sea ese italiano. —Rebeca apartó la mirada avergonzada. —Te gusta, ¿verdad?

—Me atrae físicamente.

—Eso ya es mucho —susurró pensativa—. Muestra mucho interés por ti, ¿no crees?

—Quiere acostarse conmigo. Eso ya lo sabes.

—Sí, pero un hombre como él tiene que tener muchas mujeres esperando. —Abrió los ojos como platos. —Es un cazador.

—¿Como nosotras? —preguntó divertida.

—Exacto.

A Rebeca se le puso un nudo en el estómago viendo como su madre se levantaba e iba hasta su agenda. —Le atrae lo que se le resiste, así que si te resistes lo suficiente, puede que aun tengas una oportunidad, aunque conozca nuestras intenciones.

—Mamá, no será fácil. No es maleable. —Se sentó en la cama viéndola pasar las hojas. —¿Qué buscas?

—El número de tu padre.

Se quedó de piedra escuchándola. —¿Es broma? ¿Para qué lo quieres?

—Voy a pedirle dinero. Necesitamos tiempo.

—¡No!

Su madre la fulminó con la mirada. —¡Claro que sí! ¡Te lo debe! ¡Le voy a decir que tienes un novio que tiene mucho dinero y que necesitamos

efectivo para no quedar mal con su familia!

Atónita vio cómo cogía el teléfono inalámbrico y empezaba a marcar.

—¡Mamá, no quiero arrastrarme con papá! ¡Si ni siquiera me pagó la universidad!

—Porque no le pedí nada por orgullo. Ya va siendo hora de que

colabore un poco y se cómo provocarle para que lo haga. Silencio. —Su madre forzó una sonrisa para que se le notara en la voz que estaba alegre. —

¿Michael? —Se echó a reír. —¿Te sorprende oír mi voz? Cariño, hacía mucho

que no hablábamos. Sí, seis años. —Sus ojos indicaban que tenía ganas de pegarle cuatro gritos. —Oh, está muy bien. Terminó la carrera de económicas

y hasta hizo un Master con un expediente brillante. —Rebeca apretó los dientes

sentándose en la cama a escuchar. —¿Quieres hablar con ella? Está aquí al lado. —Negó con la cabeza rápidamente, pero su madre alargó el teléfono.

Como no lo cogía, lo alargó de nuevo ordenándole con la mirada que ni se le ocurriera rechazarle. Resignada se puso el teléfono al oído. —Hola, papá.

—Hola, preciosa. —La voz grave de su padre la emocionó porque

hacía tres años que no hablaba con él. —Me alegra que me hayáis llamado. El

viernes voy a ir a Nueva York. ¿Te gustaría que cenáramos juntos? —La sorpresa de Rebeca fue evidente y su madre dio un paso hacia ella, sentándose a su lado para escuchar.

—¿Ocurre algo? ¿Estás bien? —preguntó sin poder evitarlo.

—Sí, estoy bien. Pero me gustaría verte. Hace mucho tiempo. —Su madre frunció el entrecejo.

—Sí, hace mucho tiempo. —Miró a su madre que asintió. —Por supuesto que me gustaría cenar contigo.

Su padre suspiró aliviado. —Bueno, ahora dime por qué me ha llamado

Steffani. ¿Qué quiere? —La última pregunta la hizo divertido.

—Pues verás...

Su madre le arrebató el teléfono. —¿Michael? Tenemos un problema.

¡No, no está enferma, pero tiene novio! —dijo exaltada—. Oh, ya te lo contará cuando la veas —dijo orgullosa—. ¡Un pretendiente de primera! Guapo, rico y un empresario de éxito. No podrás ponerle ninguna pega. ¿Compromiso? No, todavía no se han comprometido. —Hizo una mueca. —Pero están enamorados y no tardará demasiado. ¿Quién es? —Rebeca la miró con horror antes de escucharle. —Paolo Viotti. El armador.

—¡Mamá! —Se levantó como un resorte con ganas de matarla. ¡Su padre conocía a todo el mundo!

Steffani sonrió irónica. —Sí, cariño. ¿A que estás contento? Es un

hombre como los que ya no quedan y está enamorado de la niña. —Ahí venía el hachazo. Lo veía en sus ojos. —Lo que ocurre es que estoy baja de fondos y la niña no puede vestir como corresponde con un hombre de su estatus. El otro día la criticaron porque llevaba un vestido mío. ¿Recuerdas

aquel rojo de Valentino que me compraste en Viena? —Era una auténtica bruja.

—La niña justificándose, dijo que era un vintage y que a ella le encantaba. Pero ya sabes cómo son las malas lenguas. Necesitamos algo de dinero para que no

quede mal frente a Paolo. —La miró maliciosa. —Con un millón llegaremos

hasta la boda. Por cierto... —Se echó a reír. —Por supuesto que la pagarás tú,

cariño. Como corresponde al padre de la novia. —La miró sorprendida. —¿El

viernes? ¿Quieres que vaya a cenar con ella y con Paolo?

Rebeca se golpeó la frente dejándose caer sobre la cama. —No sé si

estará Paolo, con el nuevo buque está muy ocupado. Espera. Hija, ¿crees que Paolo podrá cenar el viernes con nosotros? —Levantó la cabeza del colchón mirándola como si estuviera mal de la cabeza.

—Puede, mamá. No lo sé.

Su madre sonrió encantada y se puso el teléfono al oído. —No lo sabe.

Tendrá que hablar con él. Por si puede venir, reservaré para los cuatro, ¿o viene tu esposa? ¿Cómo se llamaba? ¿Rose? Oh, no me digas... es una pena.

Pensaba que al final te quedabas con esta, pero no ha podido ser. Que estás soltero... —Miró a su hija y supo que estaba tramando un plan. —Bueno, enseguida llegará alguien que te robe el corazón de nuevo. Cariño, tengo que

dejarte. Tengo hora para el masajista. Sí... —dijo con ironía—, otro beso para ti también. Se lo daré de tu parte.

Colgó el teléfono y suspiró tirándolo sobre la cama. —Ya está.

—¿Ya está? ¿Cómo se te ha ocurrido decirle que mi novio es Paolo?

Como se entere de que es mentira, me muero de la vergüenza.

Steffani chasqueó la lengua. —¿Yo qué sabía que querría conocerle? —

Disimulando, se quitó una imaginaria hebra de la manga del camisón.

—¿Y si alguien le dice que no somos novios?

—¿Has visto alguna vez que alguien le llevara la contraria a tu padre?

—preguntó maliciosa.

—Tú.

—Exacto. Si Michael Roger dice algo, se convierte en verdad. Es así de simple.

—¡Lo has hecho a propósito! —Su madre se hizo la loca. —¡Mamá!

—Seguro que tu italiano no sabe quién es tu padre. —Se echó a reír. — Se va a llevar la sorpresa de su vida cuando se entere.

—Quieres que el rumor corra por la ciudad.

—No. El rumor lo voy a expandir yo con unas llamadas.

—¡Déjate de tonterías, mamá! ¡Paolo no se va a sentir presionado! ¡No es un hombre que se deje presionar!

—Eso ya lo veremos. De todas maneras, Michael no se va a quedar en Nueva York. Apuesto que no se quedará ni una semana, que es lo que se suelen durar sus visitas.

—¿Cómo sabes tú cuánto se queda normalmente? —Uy, uy, allí había gato encerrado. Y cuando su madre desvió la vista, lo entendió todo. —¿Te ves con papá?

—¡No!

—¿Cómo que no?

—Bueno. —Se sonrojó intensamente. —No últimamente.

—¡Explícate por favor, que me estás poniendo de los nervios! —Se sentó de golpe. —¿No serás su amante? —Su madre carraspeó. —¡Mamá!

—Hemos tenido algunos encuentros, pero fue hace mucho. —Como si

nada, se levantó para ir hasta el vestidor y eligió un vestido en color azul intenso que ni siquiera había estrenado.

Rebeca se levantó de la cama y se acercó a ella mientras buscaba su ropa interior. —¿Te podrías explicar un poco más?

—Le he sido infiel a mi segundo y tercer marido con él. ¿Contenta?

—¿Y el cuarto?

—No, con el cuarto no, porque ya se había ido a Londres con esa estirada. —Miró sus zapatos y eligió unos en color beige.

—Mamá, los negros con el cinturón negro de Hermes.

—Sí, tienes razón. —Dejó los zapatos para coger los otros. —Pero no es ser infiel, infiel. Fue mi primer marido. Esas cosas pasan.

—¿Esas cosas pasan? —Una idea se le cruzó por la cabeza. —¿Por eso se alejó papá?

Su madre suspiró y se volvió a mirarla. —¡Tampoco es que estuviera mucho antes! ¡Te iba a buscar al instituto y pasaba un par de horas contigo cada tres meses!

En eso tenía razón. Cuando su padre vivía en Nueva York, nunca le había hecho demasiado caso. Pero siempre le había extrañado que alguien tan rico cortara el grifo en cuanto cumplió los dieciocho. —Se enfadó contigo, ¿verdad?

Su madre se sonrojó y apretó los labios. —Estaba saliendo con la inglesa y nos encontramos en una fiesta. Me dijo que la dejaría, si volvía con

él. Le dije que no.

—¡Mamá! ¡Siempre has estado enamorada de él y te seguías acostando en su cama! ¿Por qué le rechazaste?

—Por orgullo, supongo. Jeff ya me estaba cortejando y pensaba que sería más feliz con él. Michael se fue de Nueva York y una semana después llamaron los abogados para cerrar anular definitivamente tu manutención.

Tres meses después me casé con Jeff. —Suspiró sentándose en la otomana que había en el centro del vestidor. —Me da la sensación que desde que me dejó siempre ha habido parejas entre nosotros. Cuando yo no estaba casada, lo estaba él y viceversa. Ese fue el único momento después de trece años en que los dos estábamos solteros. Me dio miedo a que volviera a hacerme daño.

—Casarse con otro era más seguro para tus sentimientos y él enfadado, te quitó el único dinero seguro que tenías para mantenerte.

—¡Para mantenernos! ¡Eso precipito mi matrimonio con Jeff! —dijo ofendida.

—¿No te estaría obligando a que volvieras con él? —Su madre se sonrojó dándole la razón. —¡Y se alejó de mí!

—Eso no fue culpa mía. Yo nunca le negué verte. Pero seguro que estaba avergonzado de su comportamiento. ¡Y es para avergonzarse! ¡Lo que hubiera entre nosotros, no tenía por qué afectarte a ti! Eso también me enfadó y por eso no le he llamado en tanto tiempo.

—Tres años. ¿Por qué le llamaste hace tres años? No me lo habías

dicho.

—No le llame yo. Me llamo él.

—¿Por qué?

—Tuvieron que operarle del corazón y quería hablar conmigo. —

Forzó una sonrisa.

Rebeca vio cómo iba hacia la habitación. —Mamá, ¿no sería cuando me dijiste que ibas a un viaje con tus amigas y tardaste un mes en volver?

—¡Pues sí!

—¿Fuiste a cuidarle! ¿Y su mujer?

—Estaban separados. —Levantó la barbilla. —No pienso disculparme por ir a cuidar a alguien a quien siempre he querido.

—¿Por eso Jeff se divorció de ti! Porque se enteró, ¿verdad?

—Pues sí.

Estaba alucinada. Sus padres habían tenido una relación durante años.

¿Y ella? ¡Ella en la inopia!

—¿Le amas?

Su madre, que estaba colocando el vestido sobre la cama para que no se arrugara, se enderezó. —¿Amarle? Le quise con locura. Los cuatro años que pasé con él, fueron los mejores de mi vida. Pero al parecer no se puede tener todo. Se cruzó esa rubia y cedió a la tentación, rompiéndome el corazón. Me pidió perdón mil veces, pero mi orgullo impidió que le perdonara. Le saqué lo

que pude en el divorcio, que no fue mucho por el maldito contrato prematrimonial, y luego vino todo lo demás.

—¿Te arrepientes?

—¿De qué?

—¿De no haberle perdonado?

Se miraron a los ojos y los de su madre se empañaron. Sin ser capaz de hablar asintió. —Sí que me arrepiento. Siempre pensaré qué hubiera ocurrido si le hubiera perdonado. Tú hubieras tenido otra vida. Una vida mucho mejor. Y yo seguramente hubiera sido más feliz. Pero esa pared que siempre habrá entre nosotros...

—No conseguiste traspasarla.

—No. Por eso voy a darte un consejo. Si te enamoras de tu marido, dale otra oportunidad. No más, porque después te toma por el pito del sereno. Pero si está arrepentido y te suplica que le perdones, un error lo comete cualquiera.

—¿Y por qué no te aplicas el cuento? —preguntó irónica. Al ver la mirada decidida de su madre jadeó. —¿Ahora? ¡Mamá! ¡Nos acabas de meter en un lío de primera! ¿Crees que si papá se entera, no pensará que te has burlado de él para que te diera el dinero?

—¡Confesaré en cuanto le haya cazado de nuevo! ¡No seas pesada! He conseguido el millón, ¿no?

—¿Y por qué no se lo pediste antes?

—¡No tenía una excusa! Ahora la tengo. ¡Antes no tenías novio!

—Ni ahora lo tengo.

—¡No seas pesada! —En ese momento sonó el móvil de su madre y chilló nerviosa. —Empieza la ronda.

—¿Qué ronda?

—Ya verás. —Miró la pantalla antes de sonreír encantada. —Daisy, ¿cómo estás, querida? Una fiesta maravillosa, como siempre.

Parpadeó asombrada viendo a su madre sentarse ante el tocador y coger el cepillo de las cejas para pasárselo por ellas mientras escuchaba. —

Oh, no debes preocuparte. Sí que me altere un poco, pero después de pensarlo durante toda la noche, he llegado a la conclusión que un ataque tan gratuito tenía que tener una razón. Tiene que estar loco por mi niña para atacarla así.

Como vio que no le hacía caso... —Se echó a reír. —Igual que cuando te levantan la falda en la guardería. Sí, tiene que ser eso. Ya conoces a mi Rebeca... —La miró por el espejo y le guiñó un ojo, haciéndola sonreír por lo manipuladora que era. —Cuesta llamar su atención. Supongo que se sentiría frustrado y la atacó. Pero recibió un buen bofetón, ¿no crees? —Se echó a reír.

—Oh, sí... ha venido esta mañana a casa para atacar de nuevo. Sí, al parecer no

se da por vencido, el pobrecito. ¿Dónde están los hombres que regalan flores para conquistar a una mujer? Cómo han cambiado los tiempos. ¡Daisy, estamos desfasadas! —Se estuvo riendo un rato y Rebeca suspiró yendo hacia la puerta.

—¿Que dijo que era preciosa, pero que se veía a la legua que quería cazar a un

buen marido? —preguntó su madre indignada deteniéndola—. Yo sólo quiero un hombre que ame a mi niña, Daisy. ¿Qué madre no querría eso para su hija y si tiene dinero, mucho mejor? ¿O no quieres tú eso para Stella? —Ahí había acertado de pleno, porque la señora Forrester quería un yerno de primera.

Decidió irse a desayunar porque le daba la sensación que aquella conversación sería muy larga, pues tendrían que despellejar a media fiesta antes de colgar. Media hora después estaba leyendo un artículo en la sección de

economía, cuando la puerta abatible de la cocina se abrió de golpe, dando paso a su madre que seguía en camisón. —¡Lo he conseguido!

—¿El qué? —preguntó asombrada.

—¡Dos entradas para la Ópera de esta noche! ¡Y Paolo está invitado!

¡En el mismo palco!

—¡Mamá, pensará que está hecho a propósito!

—No, porque a él van a decirle que está invitado para limar asperezas.

—Jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Qué te vas a poner? ¡Tiene que ser arrebatador!

—Nada de compras —dijo mirando el periódico de nuevo, disimulando su nerviosismo por verle otra vez—. Algo encontraré en tu vestidor.

—¡Ya lo tengo! El Dior negro.

Su madre salió de nuevo y su asistente soltó una risita. Divertida la miró mientras secaba una fuente. —Al parecer ese hombretón irá esta noche.

¿Está nerviosa, señorita?

—Sí. —Bajó la voz —Pero no se lo digas a mi madre. Se supone que no tengo que ponerme nerviosa.

—Me gusta ese hombre. —Clara asintió. —Me gusta mucho.

—A ti y a todas.

La doncella se echó a reír. —Tiene razón, señorita. Pero este me da buena espina.

—Puede, ya veremos.

Capítulo 4

Su vestido negro entallado hasta las rodillas, tenía una pequeña cola que quedaba preciosa cuando caminaba. Con su cabello rubio en un primoroso recogido, que dejaba varios rizos cayendo por su espalda, entró en el Metropolitan acompañada de su madre, vestida con un impresionante vestido de noche en verde botella, saludando a sus conocidos. Su madre no había escatimado en ponerse su mejor collar para la ocasión. Regalo de su padre en su primer aniversario, tenía esmeraldas y rubíes que destacaban con el vestido.

Sin embargo, Rebeca no llevaba ninguna joya, pues su escote de barco no favorecía los adornos. Además, el vestido parecía discreto visto desde delante,

pero por detrás, dejaba al descubierto toda la espalda con un escote que acaba en pico como el final de la falda.

—Estás preciosa. Es cierto lo de los vestidos. Tenemos que reciclarlos, porque ese quitándole las mangas abombadas, ha quedado perfecto. Nadie diría

que tiene veinte años. —Su madre cogió una copa de champán, pero ella se la quitó de la mano sorprendiéndola. —¡El doctor ha dicho que estoy bien!

—Me da igual. Y en cuanto terminemos aquí, nos vamos a casa. Hoy no has descansado mucho.

—Ya me he quitado el peso de encima después de hablar con Michael.

Estoy bien.

Pero no cogió otra copa relajándola. Rebeca miró a su alrededor y disimuló una cara de horror cuando vio a Percival Jones tras ella. La perseguía desde que llevaba coletas de manera implacable.

—Pero si está aquí la mujer más bella de Nueva York.

—Perci, déjala en paz. La alteras —dijo su madre divertida.

—Eso es que dentro de nada caerá y ya no sabe cómo resistirse.

—No te lo tengas tan creído, pijo forrado.

Perci se echó a reír a carcajadas. —Por eso quiero casarme contigo, porque me pones en mi sitio.

—Guapo, rico e inteligente. Lo tienes todo. ¿Por qué no me dejas en paz?

—Estoy enamorado de ti desde los quince años. Algún día no me

rechazarás.

—Somos amigos —dijo mirando sus ojos negros antes de mirar hacia arriba para ver que sus rizos castaños estaban algo despeinados como si aquello le diera absolutamente igual. Y realmente le daba igual. Sin darse cuenta alargó la mano y se la pasó por el cabello, haciéndole sonreír. —Sería como casarme con mi primo. —Hizo una mueca de asco que a Perci volvió a hacerle gracia.

—Sí, es una pena. —Su madre suspiró decepcionada. —Serías un marido estupendo para mi niña.

—Steffani, puedo quedarme contigo.

La cara de horror de su madre la hizo reír. Perci siempre insistía, pero estaba segura que si algún día le decía que sí a su proposición de matrimonio, saldría corriendo.

—¿Con

quién

has

venido?

—preguntó

Perci

acercándose

peligrosamente intentándolo de nuevo—. Ven a mi palco. Echaré a todos los

invitados para que disfrutemos de una velada tú y yo solos.

—Pues...

—Querida, ya estáis aquí —dijo Daisy tras ellas.

Perci se volvió dejando ver a los Forrester y a Paolo, que no tenía precisamente buena cara. De hecho, parecía furioso.

—Los Forrester —dijo Perci como si fueran la familia Monster.

—Aparta Perci —Daisy se acercó para darle un beso en la mejilla a su amiga, antes de besar a Rebeca, que sin darse cuenta miró a Paolo a los ojos.

—Me alegro que hayáis podido venir.

—¿Una encerrona? —preguntó ella como si no supiera nada haciendo reír a su anfitriona.

—Algo así. Perci, ¿conoces a Paolo Viotti?

—¿Hay alguien que no lo conozca? —Como si estuviera aburrido miró a Rebeca. —Pasa de estos viejales y ven conmigo, mi vida. —Se puso como un

tomate cuando la cogió por la cintura, pegándola a él mientras Daisy se reía.

—Yo te haré feliz.

—Perci, déjala en paz. Serás pesado. —Su madre le arreó con el bolso de mano en el hombro.

Le robó un beso antes de soltarla y aún más colorada siseó —Adiós, Perci.

—¿Te envío el anillo que ya te he comprado?

Daisy jadeó. —¿Qué anillo?

—Uno precioso. Mi joyero me lo mostró una vez cuando vino a traerme uno de mis relojes y me dije que tenía que ser para mi Rebeca. Seguro que era una monstruosidad con la que se le caería el dedo.

—¿Le has comprado un anillo de compromiso? —preguntó Paolo muy serio entrando en la conversación.

—Tengo que estar preparado. Algún día me dirá que sí y yo la convertiré en la mujer más feliz de todo Manhattan.

—No lo dudo. —Paolo la miró con desprecio levantando una ceja.

—Sé lo que quiero y quiero a Rebeca Roger desde que me tiró a la cabeza su libro de geometría. —La cogió de la mano y le besó el dorso repetidas veces subiendo por su brazo como en los dibujos animados.

Rebeca no puedo evitar reír. Siempre que le hacía eso, le entraba la risa y él lo sabía. —Déjalo ya, Perci.

—Mi amor, hoy estás tan bella que tengo que sacarte una foto.

Daisy se echó a reír. —Cuando se lo cuente a Stella...

Perci puso el móvil ante ellos para sacarse un selfi y antes de pulsar el botón le robó otro beso.

Paolo le puso una mano en el hombro a su amigo y Perci se volvió con una sonrisa. —Creo que la he oído decirte que lo dejaras. ¿Estás sordo?

Daisy abrió los ojos como platos antes de mirar a Steffani, que tampoco salía de su asombro.

—¿Qué pasa? ¿Te molesta? —Perci se soltó y se enfrentó a él. —

¿Acaso te gusta mi chica?

—¿Perci? —preguntó abochornada—. ¿Por qué no te vas a dar una vuelta?

Su amigo estiró la chaqueta del smoking sin quitar la vista de encima a

Paolo, que no se sentía nada intimidado. —Porque tú me lo pides, que si no...

Se acercó a ella y la besó en la mejilla antes de besar a su madre y a Daisy. — A ti no te beso —dijo al señor Forrester haciéndole reír.

Cuando su amigo se alejó, ella disimuló bebiendo de su copa. —Este

Perci... —dijo Daisy divertida.

—Me parece que se toma demasiadas libertades.

Todos miraron a Paolo y molesta porque se metía donde no le llamaba

nadie, dijo —Es un buen amigo de nuestras familias. Nos conocemos desde niños. Íbamos al mismo colegio y a mí no me ha molestado. No sé por qué te molesta a ti.

—No, si no me molesta. Pero me dio la sensación de que te sentías abochornada.

—Oh, nuestro Perci no lo hace con maldad. Lleva enamorado de

Rebeca toda la vida —dijo su madre cogiendo una copa de champán.

Rebeca sin pensar se la volvió a quitar de la mano y se la dio a Daisy sin preguntar. —¡Hija!

—Nada de alcohol.

—¿Acaso tomas medicación después de lo de ayer? —preguntó Daisy preocupada apartando un rizo pelirrojo de su ceja.

—Estoy bien. Es que Rebeca se llevó un susto. ¿Sabes? El viernes vamos a cenar con Michael.

—¿Va a venir a Nueva York?

Ellas se pusieron a hablar y Paolo, que no le quitaba la vista de encima, se acercó. —¿Te molestaba o no?

—Es difícil de explicar. Es un amigo y...

—Entiendo. —Bebió de su copa sin dejar de observarla. Eso la puso nerviosa. —Así que te apellidas Roger.

Uy, uy...

—Pues sí.

—¿Michael Roger es tu padre?

—¿Le conoces? —Le miró a los ojos. Error. Esos ojos eran para morirse y perdía el hilo de sus pensamientos.

—¿Eso es que sí?

—¿Qué?

Su madre le pellizcó el trasero sobresaltándola y la miró asombrada,

haciendo que Paolo reprimiera una sonrisa antes de beber, para coger la copa de champán de su mano y colocarlas en una bandeja. —¿Subimos? Va a empezar. —Sin preguntar la cogió por el brazo. Los Forrester y su madre subiendo tras ellos, sonrieron como si guardaran un secreto.

—Si tu padre es Roger, ¿por qué...

—Ni se te ocurra. —Se tensó deteniéndose para mirarle. —Ni se te ocurra interrogarme sobre mi vida. No tienes ningún derecho. Y te aconsejo que dejes a mi padre fuera de esto.

—Muy bien. Entre tú y yo —lo dijo de tal manera que le altero la respiración, pero afortunadamente consiguió disimularlo para seguir subiendo las escaleras.

Cuando llegaron al palco, las mujeres se sentaron delante y los hombres detrás. Miró disimuladamente sobre su hombro y vio que lo tenía detrás. Eso la puso aún más nerviosa, porque sería consciente de su presencia durante toda la representación. ¿Se debería haber echado más perfume? Se mordió el labio inferior mirando el teatro y su madre le dio los prismáticos, pero ella los rechazó.

—¿Eres aficionada?

Se volvió para ver su cara tan cerca que se inclinó hacia atrás para mirarle a los ojos sin bizquear. —Pues la verdad es que sí. Vengo mucho.

—¿Cuál es tu favorita?

—La Bohème. —Sonrió sin poder evitarlo. —A ti seguro que te gusta

mucho más esta.

—Otelo es una de mis favoritas.

—Me lo imaginaba.

Él miró sus labios y la temperatura de su cuerpo subió varios grados, aunque Paolo se enderezó para mirar el teatro. Afortunadamente reaccionó girándose de nuevo para mirar al frente, pero no pudo evitar pasar la lengua por sus labios en un gesto nervioso, que la hizo jurar por lo bajo. Tenía que parecer indiferente y lo estaba haciendo fatal. Al mirar en frente, vio a Perci saludándola con la mano.

—No se da por vencido, ¿verdad?

El aliento de Paolo en su oreja la estremeció y respondió sin volverse algo molesta porque la tomara por sorpresa. —Siempre puedo contar con él.

—¿Un último recurso?

—¿Crees que lo necesito?

Él rió por lo bajo. —No, cara. Tú no lo necesitas.

—Pues eso.

—Tu perfume es delicioso.

Le miró sorprendida. —¿Vas a estar así toda la noche?

—¿Así cómo? —Parecía a punto de reírse de ella.

—¡Así! ¡Sabes perfectamente cómo!

—¿Te pongo nerviosa? Una mujer como tú, debe estar preparada para

todo, cara.

Esas palabras le dolieron y sus ojos lo demostraron sin darse cuenta

antes de volver la cabeza furiosa por dejar que le afectaran sus palabras. Al mirar al frente, Perci entrecerró los ojos interrogándola con la mirada. Ella forzó una sonrisa antes de girarse al escenario, pues se empezaron a apagar

las luces. Intentó relajarse porque terminaría pegándole otro tortazo y el espectáculo serían ellos de nuevo. En ese momento le tiraría del palco si pudiera.

Empezó la obra e intentó concentrarse, pero saber que lo tenía detrás,

la hacía estar en tensión continua. Estaba deseando que terminara el primer acto y echó un vistazo a Perci, que sólo la miraba a ella como si estuviera preocupado por algo. Entonces lo sintió. La caricia en uno de los mechones que caían sobre su espalda y el ligero roce del dorso de su dedo, fue apenas imperceptible. Y si hubiera estado pendiente de la obra, ni se hubiera dado cuenta. Pero no estaba pendiente de la obra y ese roce provocó una reacción en

ella que no esperaba. Fue como si todo su cuerpo reaccionara a su contacto deseando más. Cerró los ojos disfrutándolo y rezando porque lo hiciera de nuevo, pero después se dio cuenta que jamás tendría algo con ese hombre pues

la despreciaba.

Abrió los ojos justo cuando se cerraba el telón y aplaudió levantándose

deseando salir de allí. Tenía emociones encontradas y al mirar a Perci, él asintió saliendo de su palco ignorando a sus invitados.

Rebeca forzó una sonrisa y le dijo a Daisy —Gracias por invitarnos,

está siendo maravillosa.

—Querida, siéntate. Nos traerán algo aquí. Odio bajar de nuevo.

Siempre está lleno de gente.

—Voy al tocador.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó Paolo con ironía—. ¿Champán?

—No, gracias —respondió sin mirarle.

—Rebeca, ¿estás bien? Cariño, pareces algo pálida.

—Estoy bien —respondió a su madre que no se había levantado—.

Enseguida vuelvo.

No miró a Paolo al salir y en el pasillo se encontró con Perci, que muy serio ignoró a sus amigos, que eran muchos, para ir directamente hacia ella.

—¿Qué pasa? ¿Ese tío se ha pasado contigo?

—No.—Avergonzada miró a su alrededor.

—No me mientas. Me han dicho de lo que te acusó ayer noche en la casa de los Forrester. ¿Qué haces ahí? Ven conmigo. —La cogió por el brazo para llevarla al hueco de una puerta que estaba libre de gente.

—No es nada. Es que me he agobiado un poco.

—¿Es cierto que te dijo eso?

Se sonrojó porque era cierto. —Bueno, ¿al fin y al cabo no soy así?

Tengo que casarme como todas.

—Si fueras una cazafortunas, te hubieras casado conmigo con dieciocho. —Sonrió intentando quitar hierro al asunto.

—Cierto.

—Olvida a ese tipo y ven conmigo al palco. Nos divertiremos.

—Han planeado esto para que limemos asperezas.

—Ese tío lo que quiere es echarte un polvo, pero no se va a casar contigo, Rebeca —dijo con desprecio.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó algo molesta.

Sus inteligentes ojos se entrecerraron. —Te gusta.

—Claro que me gusta. Habría que ser ciega para que no me gustara.

—¡Es un tiburón, Rebeca! ¡Te destrozará y después te dejará en la cuneta!

Se le cortó el aliento porque estaba convencido. —¿Sabes algo que ...?

—¿Rebeca?

Se volvió para ver a Paolo tras ella y miraba muy tenso a Perci. —

Suéltala.

Perci soltó su brazo enderezándose. —¿Acaso crees que es tuya?

—Es más mía que tuya. Eso está claro, y como te vuelva a ver

tocándole un pelo, te parto la cara. —Cogió a Rebeca de la mano y tiró de ella

hacia el palco de nuevo. Asombrada ni pudo abrir la boca. —Ni se te ocurra decir una palabra. —Furioso se detuvo para mirarla a los ojos. —¿Sales del palco para encontrarte con él?

—Sí. —Le retó con la mirada y Paolo apretó las mandíbulas. —Es mi

amigo y siempre lo será.

—¡Ese no quiere ser tu amigo!

—¿Y a ti qué te importa? Déjame en paz. —Iba a entrar en el palco cuando él la cogió por la muñeca deteniéndola.

—No sé a qué estás jugando. He venido esta noche con intención de olvidar lo de ayer, pero me da la sensación que me estás tomando el pelo — dijo furioso.

—No, a lo que tú venías era a burlarte de mí y a echar un polvo de paso. — Soltó su muñeca fulminándole con la mirada. —¿Acaso crees que estoy desesperada?

—Al parecer necesitas liquidez —dijo con desprecio.

—No soy una puta. ¿Qué pensabas hacer? ¿Dejar un puñado de billetes al lado de la cama? —dijo totalmente descompuesta porque tuviera ese concepto de ella. Entró en el palco sonriendo fríamente, pero su madre se levantó en el acto. Le hizo un gesto para que se sentara.

Se sentó a su lado y su madre le susurró discretamente —¿Qué te ha dicho?

—Déjalo. —Apretó sus manos sobre sus piernas agachando la mirada.

Su madre cubrió sus manos con la suya dándole ánimos y volvió a susurrarle —Levanta la barbilla y sonríe. Que no vea que te ha afectado.

Durante el segundo acto le dio vueltas al asunto y lo que más la

sorprendió de sus pensamientos, fue que lo que realmente le había dolido, era que no llegaría a tener nada con él. Si en algún momento quería tener una relación con ella, Rebeca no podría, porque Paolo siempre pensaría si en el fondo se habría casado con él por el dinero. Y le pondría el contrato prematrimonial delante antes de entregarle siquiera el anillo de compromiso.

Y no iba a firmar un contrato prematrimonial como había hecho su madre, para después encontrarse con una pensión ridícula para sus hijos, sin nada que

la respaldara. No iba a cometer el mismo error que ella. Estiró el cuello sin darse cuenta tomando una resolución. Aquello se había acabado. Ya vería cómo lo solucionaba con su padre. Lo hablarían en la cena. Encontraría a otro

candidato y si se empeñaba, ya le devolvería el dinero que estaba segura que ya

había transferido.

Capítulo 5

Cuando terminó el segundo acto Rebeca miró a su madre que sonrió.

—Cariño, vamos a estirar las piernas.

Daisy parpadeó sorprendida, pero aun así se levantó como ellas

dispuesta a acompañarlas. Por supuesto no se podían negar. Ni miró a Paolo al salir.

—¿Qué ha ocurrido, querida? —preguntó Daisy preocupada—. Paolo parece molesto.

—No nos entendemos. Eso es todo.

—Oh, qué pena. —Daisy miró a Steffani. —Seguro que a Michael le hubiera gustado mucho. Es un hombre como ya no quedan.

—Bueno, lo hemos intentado —dijo su madre sin darle importancia—.

Mi niña es joven para preocuparse por un hombre u otro.

—Claro que sí. Tendrá muchos pretendientes. Oh, mira. Allí hay alguien muy interesante.

Ambas miraron al final del pasillo donde un hombre rubio de la estatura de Rebeca hablaba con un matrimonio haciéndoles reír. —¿Sabéis quién es?

—No —respondieron ambas a la vez.

—Es Steve Tempelton.

—¿El heredero de los hoteles? —Su madre le dio un codazo, pero ella ni se inmutó.

—Sí, es encantador. —Bajó la voz acercándose —Y no tiene novia.

Claro que no tenía novia. Era gay. Miró a las mujeres incrédula porque ellas no se hubieran dado cuenta y se echó a reír sin poder evitarlo.

Steve Tempelton se volvió y Daisy le saludó. Aún sonriendo le dio un par de besos en la mejilla cuando les presentaron.

—¿Cómo que madre e hija? ¡Si parecen gemelas! —Su madre sonrió encantada con el cumplido. Aunque el comentario de que parecía que tenía la edad de su madre, era poco halagador para Rebeca, sonrió relajándose por primera vez en toda la noche.

—Siempre tan amable, Steve —dijo Daisy encantada—. ¿No conocías a

Rebeca?

Se volvió hacia ella con una sonrisa en la cara mirándola de arriba abajo con sus ojitos castaños. —Claro que sí. Pero tengo que disimular para recibir dos besos de nuevo. —Todas se echaron a reír.

—¿Nos conocíamos? —preguntó sorprendida.

—Una vez me diste una auténtica paliza jugando al tenis en el club, pero ni te acuerdas.

Le miró a la cara pensando en ello, porque casi siempre jugaba con conocidos. —¿Y eso cuándo fue más o menos?

—Hace unos tres años. Estabas con unas amigas y en nuestro grupo faltaba uno para un pequeño torneo. Te levantaste de la mesa como una princesa y dijiste, acabemos con esto. Tengo cita en la peluquería en tres horas.

—Steve se echó a reír a carcajadas. —Nos dio un repaso a los tres que tuvimos

agujetas una semana.

—Ni me acuerdo. Les pegó repasos a varios al mes.

Todos rieron y sonó la señal para volver al palco. Steve la cogió de la mano. —Me ha encantado volver a verte. ¿Quedamos en el club mañana y me das otro repaso?

—¿Has mejorado? Tengo que practicar mi revés.

Steve rió. —Haré lo que pueda. ¿A las diez?

—Vale, así podré entrenarme primero y como estaré agotada, estaremos a la par.

—Entonces perfecto.

Se despidió de las demás, que satisfechas como gallinas cluecas, la miraron orgullosa. —Tienes una cita con Steve. Es estupendo —dijo su amiga

entrando en el palco y elevando la barbilla molesta con Paolo, que hablaba con

su marido—. Tenía que haberle invitado a él.

Paolo levantó una ceja y cuando Rebeca se sentó ante él le susurró al oído — ¿Estamos en guerra de nuevo?

Rebeca no contestó ignorándole y él suspiró. —Nena, yo...

—Cariño, empieza —dijo su madre interrumpiéndolo antes de fulminarle con la mirada—. ¿Le gusta la función, señor Viotti?

—No mucho, la verdad.

—Me alegro.

Rebeca reprimió una sonrisa y cuando miró a Perci, él asintió como si supiera lo que pensaba.

En cuanto acabó el cuarto acto, un hombre entró en el palco con un

gran ramo de rosas rojas y todas se levantaron impresionadas. —Cariño... —

dijo Daisy mirando a su marido, que tenía cara de que no sabía de qué iba aquello.

Paolo se levantó lentamente y se cruzó de brazos. El mozo del teatro preguntó —¿Rebeca Roger?

—Soy yo. —Se volvió hacia Perci, que le lanzó un beso antes de guiñarle un ojo. Se echó a reír cogiendo el impresionante ramo, porque siempre tenía ese tipo de detalles con ella si la veía triste o enfadada. Varias personas del teatro miraron hacia ellos y aplaudieron antes de que algunos miembros del elenco salieran tras el telón y empezaran a cantar el cumpleaños feliz. A Rebeca se le cortó el aliento mientras su madre se tapaba la boca impresionada. Cuando terminaron, todo el teatro aplaudió y Rebeca emocionada miró a Perci vocalizando la palabra Gracias.

Su amigo le guiñó un ojo sentándose de nuevo mientras un amigo le palmeaba el hombro.

—Este chico es un amor. A veces es un poco pesado, pero siempre te da estas maravillosas sorpresas.

—Sí —susurró sentándose y acariciando un pétalo.

—¿Es tu cumpleaños? —preguntó Paolo tras ella poniéndole la piel de gallina.

—Es dentro de siete minutos —respondió su madre molesta.

—Pues felicidades adelantadas.

—Gracias. —Enderezó la espalda pensando en dónde poner aquella monstruosidad de ramo.

—¿Me permite, señorita? Se lo guardaremos hasta el final de la

representación.

—Oh, gracias.

—Hay otra cosa que no ha visto —dijo el chico algo preocupado mirando al frente.

—¿Otra cosa? —Se levantó de nuevo mirando el ramo y entonces lo vio. Una de las rosas era de mentira y se le cortó el aliento. —No se atrevería.

—No lo abras —dijo Daisy preocupada—. Pobrecito.

Sin darse cuenta miró a Paolo, que estaba muy tenso. —Vamos, nena.

Abre tu regalo —dijo con ironía.

Molesta entrecerró los ojos y sacó la rosa de mentira para abrir la flor de terciopelo rojo. Se echó a reír a carcajadas cuando vio un centavo. Se volvió hacia Perci, que se echó a reír de nuevo.

—¿Un centavo? ¿Es un secreto entre vosotros? —dijo Paolo levantando una ceja.

—Pues sí. —Dio las gracias al chico y se sentó de nuevo en su sitio con su centavo en la mano.

—Cariño, ¿qué significa? No nos dejes con la intriga.

—Una vez le dije, para quitármelo de encima, que me casaría con él cuando fuera pobre —dijo divertida—. ¡Y él me contestó al menos le dejara un

centavo! Yo le pregunté que para qué lo quería y él me dijo, “Algo tengo que

ofrecerte. No se empieza un matrimonio con las manos vacías” —Acarició el centavo entre sus dedos. —Teníamos quince años. Es increíble que se acuerde de esto.

—Eso es que te quiere. Qué bonito —dijo Daisy—. Me da algo de pena.

—Si algún día le dijera que sí. Saldría despavorido.

—¿Cómo estás tan segura? —preguntó Paolo cabreado.

—Lo sé. Esto se ha convertido en una costumbre para él.

—Estás jugando con sus sentimientos. —Todos le miraron como si fuera idiota y Paolo se enfadó. —Debería ser más clara con él, para quitárselo de encima.

—Esto se acabó —dijo su madre levantándose—. Daisy, lo siento.

—No te preocupes. Lo entiendo perfectamente. —Fulminó a Paolo con la mirada mientras que el señor Forrester chasqueaba la lengua.

Su madre se enfrentó a él y le miró con desprecio antes de decir —Una pena. Una auténtica pena. Ahora tendré que hablar con Michael para solucionar

este embrollo. Rebeca, nos vamos.

Rebeca pasó ante él sin mirarle, pero Paolo la sujetó del brazo volviéndola. —¿Qué ha querido decir?

—Nada —contestó mirando su pajarita—. Buenas noches.

Él no respondió. Simplemente la observó alejarse.

Su madre caminaba a su lado muy tiesa por el pasillo vacío. —Creo que nuestro italiano ha quedado descartado. No me gusta lo que he visto. — Como no respondía continuó hasta las escaleras y empezaron a bajar. —En lugar de intentar enamorarte, ha estado todo el tiempo con esa cara de vinagre y diciéndote lo que debes hacer como si fuera tu padre. Parecía celoso por la atención de Perci, pero después te ha soltado todas esas indirectas como si fuera culpa tuya. ¡Todo el mundo sabe que le has dado calabazas mil veces! Es casi un juego entre vosotros.

Cogió las rosas de manos del mozo del teatro sonriendo y su madre le dio una propina diciéndole que por favor, le diera las gracias al elenco por aquella maravillosa sorpresa. Distraída se volvió y vio a Paolo observándola desde arriba, con las manos en los bolsillos del pantalón del smoking. Se sintió excitada y molesta a la vez recordando lo que le había dicho a Perci sobre que era más suya que de su amigo y se giró saliendo del Met.

—Menudo descaro. ¿Le has visto?

—Sí, mamá —dijo entrando en unos de los taxis que esperaban a los asistentes a la Ópera—. No quiero hablar de él.

Su madre la miró asombrada. —Estás afectada. Como si... ¡Oh, no! ¡Ni hablar!

—¡Ya ha pasado!

—¿Te he enseñado todo lo que sé y te has enamorado de él? —Parecía incrédula. —¿Es que no has aprendido nada de lo que me ha ocurrido a mí?

—De todas maneras, da igual, ¿no crees? ¡Él nunca me querrá!

—Claro que sí. ¡Si dejaras de comportarte como un animal herido y le enfrentaras, se enamoraría hasta el tuétano! ¿Qué te ocurre?

—¡No lo sé! ¿De acuerdo? Cada vez que dice algo que me hace daño...

—¡Te he instruido para eso! ¡Te he enseñado a dejar en evidencia a aquel que quisiera hacerte daño! —La cogió del brazo para que la mirara. —

¡Eres hija de Michael Roger! ¡Nadie se burla de nosotros! ¡Ya verás cuando se lo cuente a tu padre!

—¿Ahora le vas a contar mis problemas a papá? —Enfadada la enfrentó. —¡No creo que seas la más adecuada para darme consejos, cuando tú

llevas enamorada de él treinta años!

—¡Precisamente por eso! ¡Porque he pasado por eso! Tenía que haberme dado cuenta por tu reacción de ayer. ¡Tenía que haberme dado cuenta!

—¡Déjalo ya! ¡Eso está acabado!

—Claro que se ha acabado —dijo furiosa—. Te dije desde que eras una adolescente, que jamás te casaras enamorada. Eso complica las cosas. Puede que después te enamores, como me ocurrió a mí, porque la convivencia hace que sea casi inevitable. Pero jamás antes.

—Oh, Dios. —Se pasó la mano por la frente. —Me siento como un ser horrible.

—Creo que necesitas ver algo para darte cuenta de lo que hablo. —Le dio una dirección al taxista en Little Italy.

—¿A dónde vamos?

—No te preocupes. Enseguida te darás cuenta de lo que digo. No necesitaremos ni bajarnos del taxi. Además, no quiero avergonzarla.

—¿Avergonzarla?

—Cuando veas lo que te voy a enseñar, te darás cuenta de lo que el amor puede hacerle a una mujer de nuestra posición.

El taxi se detuvo donde le indicó su madre y le hizo un gesto con la cabeza para que mirara por la ventanilla que estaba a su lado. Rebeca se giró y

vio a una pequeña cafetería donde una mujer de la edad de su madre estaba tras

el mostrador dando a un cliente una bolsa del papel. Siguió mirando el local,

pero su mirada volvió a la mujer, abriendo los ojos como platos al

reconocerla. Aunque sin maquillar y peinar, era casi un milagro. —¿Es

Tiffany!

—Exacto.

La miró asombrada. —¿Qué le ha ocurrido? ¿Pensaba que se había trasladado a Texas!

—¿A Texas? Es lo que le dijo a todo el mundo. Su marido la dejó por otra después de llevar diez años a tratamiento intentando tener un hijo y cuando llegó a casa, la llave no entraba en la cerradura. Ni le dejó recoger su

ropa. Se la enviaron por mensajero después de que la nueva amiguita de su marido, le robara hasta los bolsos de firma. Pudo comprarse esa cafetería después del divorcio y eso fue porque yo la ayudé a pagar al abogado hasta que cobró. —La cogió de la barbilla para que la mirara. —Tú eres hija de tu padre y él no permitiría eso. ¿Pero sabes el dolor que pasó Tiffany cuando la dejó tirada?

—¿Lo que sentiste tú?

A su madre se le cortó el aliento. —¿Siempre he querido evitar eso y ahora me vienes con que te has enamorado de él? Ni hablar. Ni hablar, ¿me oyes? ¡Cortaremos esto de raíz!

—¡Ya lo he cortado yo! ¡El tema está zanjado!

—Más te vale. Si hubiera sabido esto, nunca hubiéramos venido esta noche.

—¡Creía que podía controlarlo!

—Es evidente que no, porque si fuera así, le hubieras dicho cuatro cosas a ese ... a ese... ¡Argg!

Rebeca sonrió sin poder evitarlo. —No te alteres o te dará otro jamacuco.

—Muy graciosa.

—Se acabó, ¿de acuerdo? Para mí, como si no existiera.

—Ahora tendré que hablar con tu padre del tema y me echará la bronca.

—Pobrecita. Como si te importara.

—Al menos nos reconciliaremos y las reconciliaciones eran extraordinarias.

—¡Mamá, qué asco!

—¿Cómo crees que llegaste a este mundo?

—¡Sí, pero es algo que una hija no quiere saber!

—Estás muy gruñona.

—Mierda, tengo hambre.

—Siempre te entra el hambre cuando estás preocupada y no es bueno para tu dieta.

—Ni que estuviera gorda.

—Nosotras no engordamos —dijo ofendida pagando al taxista.

Cuando se bajaron del taxi, Rebeca se cambió de brazo las flores y se

quedó de piedra al ver a Paolo que salía de su portal. Debía haber salido del teatro detrás de ellas y se detuvo al verlas.

Su madre se tensó mirándola de reojo y Rebeca caminó hacia el portal

ignorándolo. —Cara, ¿podemos hablar?

Steffani iba a decir algo, pero ella la advirtió con la mirada.

Exasperada cogió sus flores y entró en el portal obviamente enfadada. Rebeca se volvió hacia él intentando parecer despreocupada.

—Mira, no soy una persona que se ande por las ramas. Me atraes

mucho y me muero por acostarme contigo, pero jamás me casaré con una mujer

como tú.

Se podía decir más alto, pero no más claro, así que ella se volvió y

Paolo la cogió de la cintura pegándola a él. —No puedes ser mi esposa, pero podemos disfrutar de lo que tenemos.

—No tengo nada de malo —dijo orgullosa levantando la barbilla.

Él la besó en el cuello y acarició su oreja con su mejilla

estremeciéndola. —Podemos estar juntos.

—No, no podemos. —Se apartó de él y sin mirar atrás entró en su portal sintiendo que era la cosa más difícil que había hecho en su vida.

Capítulo 6

Entró en el Il Ristorante llevando un vestido de encaje rosa. Sabía que a su padre le gustaba el rosa, así que se lo había puesto para él. Se acercó al maître y le preguntó —¿Mi padre ha llegado?

—Hace cinco minutos. Y su madre también, señorita Roger.

Acompañeme.

Vaya, quería estar unos minutos a solas con su padre para explicar lo que había ocurrido antes de que llegara ella. Ahora entendía por qué su madre

le había dicho que tenía una cita primero y que se encontrarían allí. Seguro que había ido a verle a su hotel.

Resignada siguió al maître hasta la mesa y sonrió a su padre, que se levantó asombrado en cuanto la vio. No le extrañaba nada. Hacía siete años que

no se veían en persona.

—Dios mío, es idéntica a ti a tu edad. —Su padre la abrazó sorprendiéndola y Rebeca forzó una sonrisa.

—Michael, no fuerces las cosas —le advirtió Steffani antes de beber de su copa de vino.

—Lo siento —dijo su padre avergonzado—. Es lógico que estés enfadada conmigo después de lo que ha pasado.

Rebeca se sentó en el banco forrado de piel, dejando el bolso a su lado.

—No estoy enfadada.

—No mientas, hija. Está furiosa.

—No, en serio no estoy enfadada —dijo mirando los ojos verdes de su padre—. Al fin y al cabo, para lo que te veía antes... —Su padre se sonrojó intensamente.

—Uy, uy, uy. Hoy está de uñas, Michael.

—Tenemos que tener una conversación, pero no será aquí —dijo su padre muy serio.

—Me lo imaginaba. —Cogió la carta y la abrió.

—Espera, cariño. Tu padre va a darte una sorpresa.

—El regalo de graduación llega muy tarde —dijo distraída leyendo la carta.

—¿Y el de cumpleaños?

Levantó la vista hacia su padre. —Creo que después de no regalarme

nada en más de veinte años, también está de más. —Dejó la carta a un lado y apoyó los codos en la mesa mirándolo fijamente. Su pelo castaño tenía unas canas que no le sentaban mal y parecía tener buen aspecto. ¿Cómo era posible que le tuviera cariño a un hombre que no conocía y que le había hecho tanto daño? Parecía dolido. —Mira, has sido un padre horrible. No vamos a negarlo.

No contestabas a mis llamadas cuando era pequeña y si lo hacías sólo pasabas conmigo media hora como mucho, porque estabas muy ocupado con tu nueva familia o tu trabajo. No conozco a mis hermanos y porque discutiste con mamá, me dejaste sin pagarme la universidad. Es para avergonzarse cuando a ti te sobra el dinero. Pero no es el dinero lo que más me dolió. Sino que no me has llamado para preocuparte por mí ni una sola vez. —Su madre apretó los labios bebiendo de su copa y mirando de reojo a su exmarido. —Pero como soy una mujer adulta y ya no te necesito, quiero empezar de cero. Es así de simple. Sé que le has dado el dinero a mamá y te lo agradezco, pero más por ella que por mí.

—Lo sé —dijo su padre sorprendiéndola.

—¿Lo sabes? —Su padre levantó la vista sobre su cabeza. —Oh, aquí llega mi sorpresa.

Ella miró sobre su hombro y se quedó helada al ver a Paolo. Atónita miró a su madre que debía tener la misma cara que Rebeca en ese momento.

—Michael, no sabía que íbamos a comer acompañados —dijo muy tenso en cuanto llegó a la mesa.

—¿Os conocéis? —preguntaron ambas a la vez con los ojos como platos.

—Siéntate, Paolo —dijo su padre empezando a divertirse.

Paolo se sentó a su lado en el banco y para que sus caderas no se rozaran, Rebeca movió su trasero a un lado, pero él aprovechó para ponerse

cómodo. Le fulminó con la mirada y su padre se echó a reír. —Para ser novios, no parecéis quereros demasiado.

—Michael... —le advirtió su madre.

—Espera, cariño. Enseguida te enterarás de todo. —Su padre suspiró

cogiendo su copa de agua. —Hija, te preguntarás qué hace Paolo aquí y la razón es simple. Puede que no te haya visto en siete años, pero eso no significa que no supiera lo que ocurría en tu vida. Me sentí muy orgulloso cuando terminaste la carrera y tus intentos para conseguir trabajo. Debo reconocer que

insististe, pero no podía permitir que trabajaras de becaria en cualquier empresa de tercera. Mi heredera no.

La copa de su madre se estrelló sobre el plato cuando la dejó caer, pero

ni se dieron cuenta. Sobre todo Rebeca, que sentía que su corazón se le iba a

salir del pecho. Michael sonrió. —Por supuesto hasta que eso ocurra, van a pasar unos cuantos años.

Steffani asintió vehementemente. —Pero aunque tu madre me ha

explicado lo ocurrido estos días... —La miró con cariño. —Decidí hacer unas

llamadas para cerciorarme. —Se echó a reír divertido. —Steffani como siempre había exagerado...

—Qué bien me conoces, amor.

Rebeca levantó una ceja mirando a su madre, que levantó la barbilla

orgullosa como si pasara de su opinión. —Pero la imaginación de Steffani me dio una idea. Mi niña no tendrá la experiencia necesaria para encargarse de mi imperio. Necesita un marido adecuado para dirigirlo. —Y miró a Paolo que se tensó a su lado. —Y tú eres perfecto. En eso Steffani tenía razón.

Paolo se levantó. —Si me disculpáis... esta conversación no me interesa.

Increíble. ¡Hasta la rechazaba forrada! ¡Aquello era el colmo! Miró a su padre con los ojos entrecerrados y Michael sonrió sin darle importancia. — Paolo...

Su amigo se detuvo para volverse lentamente. —¿Estás seguro que no quieres pensártelo?

—Segurísimo. —Miró de reojo a Rebeca. —Ya he sido muy claro con tu hija y no puedo casarme con ella.

—Seguro que le ofreciste otra cosa —dijo su padre fríamente tensándole—. ¿Crees que soy idiota? ¿Crees que voy a dejar que cualquiera trate a mi hija como lo has hecho tú? Puede que no haya estado presente en su educación, pero lleva mi apellido y deberías tener más cuidado con lo que dices. —Le señaló el asiento. —Siéntate, esto te interesa.

Paolo se sentó muy tenso a su lado. —Puede que interpretara mal las señales, pero para mí era obvio que quería cazar un marido rico.

Michael se echó a reír y acarició la barbilla de Steffani, que sonrió orgullosa.

—Sí, quería cazar un marido muy rico.

—Entonces no sé por qué te ofendes.

Su padre suspiró. —¿Crees que no conocía a mi esposa? ¿Y a mi suegra? Sabía cómo iba a educar a mi hija y por eso no interferí. Son mujeres fuertes que salen a flote siempre. No quería una hija mimada, que siempre consiguiera lo que quería. Por eso cuando ese hijo de puta le marcó la cara a mi hija no las ayudé. Eso le dio una lección a la niña y a la madre. La lección se la di tres años después cuando le dejé en la ruina.

—¿Es una advertencia? —La voz de Paolo indicaba que no estaba para bromas.

—¿Le dejaste en la ruina? —preguntó Rebeca encantada.

Michael miró fijamente a Paolo y ella entendió por qué era tan bueno en su trabajo. —Es así de simple. Tienes un contrato pendiente con el gobierno para construir cuatro fragatas que se puede suspender con el cambio de gobierno.

—Puedo sobrevivir sin esas fragatas.

—Claro que sí. Pero con lo que no puedes sobrevivir es con la mala publicidad. Uno de tus cargueros ha tenido un accidente camino a Australia hace dos meses y antes de ayer perdiste todo un cargamento por un temporal.

Tengo amigos en la prensa a los que les encantan ese tipo de historias. Sobre todo de lo que más se hablará es si ese nuevo buque del que ya has hecho publicidad, es lo suficientemente seguro o es otro Titanic en potencia. Igual no

encuentras violinista que se embarque contigo para esa última melodía.

Paolo apretó los labios furioso. —Esa publicidad pasará.

—Por supuesto, pero a costa de cuántos millones. —Metió la mano

dentro de su chaqueta del traje. —Aquí tienes la previsión que me he molestado

en hacer para que no pierdas el tiempo. Abrió la hoja y mostró una cifra que a

Rebeca casi la mareó. Doscientos millones. Perdería doscientos millones. —
Y

esto sólo es una previsión a la baja, porque no hemos incluido los

cargamentos que perderéis cuando tus proveedores cambien de transporte. —

Dejó caer la hoja sobre su plato y el camarero se acercó.

—¿Saben ya lo que quieren los señores?

Michael hizo un gesto con la mano y el camarero se alejó

discretamente.

—Cariño, me has dejado encantada —dijo su madre sonriendo

maliciosa mirando a Paolo—. ¿A que ahora mi hija ya no te parece tan mal partido?

—Esa no es la cuestión. No puedo casarme con ella porque estoy comprometido.

Esa bomba la dejó de piedra y le miró asombrada. —¿Y comprometido con otra querías acostarte conmigo?

—No lo entiendes. —La fulminó con la mirada. —Es un matrimonio concertado desde hace años.

—Con una italiana, imagino —dijo Michael casi al borde de la risa—.

Pues ya lo estás arreglando. Mi hija se casará... el veinte de mayo. Me gusta esa fecha. Y tú vas a estar en la Iglesia, porque lo que te he dicho es sólo el principio. Tengo diez asesores que se encargan de hundir empresas a tiempo completo. Los pondré a los diez a trabajar en esto exclusivamente hasta que consiga mi objetivo.

—Papá...

—dijo

muy

decepcionada

con

Paolo—,

si

está

comprometido, no le quiero.

Paolo la miró sorprendido. —¡Perdona, pero yo tampoco te quiero!

Creo que eso ha quedado claro.

—¡Pues eso!

Michael sonrió al ver cómo se miraban comiéndose con los ojos y

Steffani le dio un golpecito con la punta del pie haciéndole reaccionar. —La

decisión está tomada—Miró a su hija. —Te casarás con él. No hay más que hablar.

Asombrada vio que llamaba al camarero que estaba esperando y pedía

una ensalada y una lubina a la plancha. Su madre pidió lo mismo y cuando el camarero los miró esperando su pedido, ella no sabía qué decir. Todo aquello

se le estaba yendo de las manos y no sólo a ella. Al mirar de reojo a Paolo, se

dio cuenta que él tampoco sabía qué decir al respecto y ella lo entendía. Le estaban poniendo entre la espada y la pared sin ningún remordimiento, pero si

era sincera, no lo sentía en absoluto por su novia. Su padre se lo estaba poniendo en bandeja y no iba a ser tan tonta como para rechazarlo. Había que

ser práctica. Esa decisión no la tomaba con el corazón, que también estaba dando saltos de alegría. Sino que pensándolo fríamente, era lo mejor. Él era un

empresario de éxito y ella sería su mujer perfecta. Ya se daría cuenta que era lo mejor. Decidió mantener la boca cerrada porque su padre se las estaba arreglando muy bien.

—Traiga lo mismo para todos —dijo Paolo enfadado.

Cuando el camarero se alejó, su supuesto futuro marido la miró con

sus fríos ojos grises. —¿No tienes nada que decir?

—Claro que sí. ¿Quieres ir de smoking?

Sus padres se echaron a reír a carcajadas mientras que él la miraba

como si quisiera desintegrarla. Lo que le animó a decirle —¿Quieres que finja que no es lo correcto?

—¡Quiero que digas la verdad!

—Pues la verdad es que hasta ayer yo era perfecta para ser tu esposa y lo sabes, pero resulta que hoy eres tú el marido perfecto para mí. —Miró a su padre. —¿Cuánto me va a tocar?

—¿En total? —Asintió divertida porque le daba absolutamente igual. —
Entre activos y pasivos unos tres mil.

A Rebeca se le cayó la mandíbula antes de mirar a su madre que había palidecido. —¿Mamá? ¿Estás bien?

A su madre se le llenaron los ojos de lágrimas y se levantó de golpe para ir hacia el aseo llevándose la servilleta en la mano. Preocupada se levantó entendiendo lo que estaba sintiendo. Ella había estado muy preocupada por el dinero cuando él tenía tanto.

—Hija, siéntate. Hablaré con ella después —dijo Michael preocupado.

—¿Ahora tomas las decisiones? —preguntó sin poder evitarlo—.

¿Ahora?

Michael se sonrojó. —Intento arreglarlo.

No queriendo discutir delante de Paolo, se sentó de nuevo enfadada.

Este sonrió divertido. —Bonita familia, cara.

—Seguro que la tuya es muy distinta —dijo con burla.

—Pues sí. Mis padres llevan casados cuarenta años y fue un matrimonio concertado.

—Pues este también está concertado —replicó ella—. Y te agradecería

otra actitud. Ni que te obligaran a casarte con un ogro.

—Me obligan a casarme con una mujer que yo no quiero. Punto.

—Claro —dijo con burla—. Pero tu empresa es lo más importante, ¿a

que sí? —Paolo se tensó mientras su padre disfrutaba con su disputa. —Es cierto que todos sois iguales —dijo con desprecio—. Mi madre me enseñó muy bien cómo pensáis.

—Sí, te enseñó muy bien a ser una mujer florero. Pero yo quiero una mujer. —Esa frase provocó que se le retorciera el estómago y cuando vio su ensalada delante, no fue capaz de coger el tenedor.

—Mi hija es licenciada en empresariales, es inteligente y muy atractiva.

Dudo que esa mujer que han elegido para ti, le llegue ni a la suela de los zapatos —dijo su padre ofendido.

—Es perfecta y preciosa —dijo retorciendo el cuchillo en la herida—.

¡Y sabe cuándo mantenerse callada, que es lo que no sabe hacer tu hija!

—Entonces ella sí que es una mujer florero —sentenció su padre con inteligencia—. ¿Esa mujer va a heredar un imperio?

—Con el curriculum que tiene tu familia, dudo mucho que sigamos casados cuando tú estires la pata.

Michael se echó a reír. —Cierto, eso puede pasar. Pero te enamorarás de ella y no querrás soltarla.

—Más bien me enamoraré de la empresa, quieres decir.

Rebeca se llevó una mano al vientre y jamás entendió mejor a su madre, que en ese momento. Ninguno de los dos la quería. Su padre sólo deseaba a alguien que llevara sus negocios y Paolo se casaría con ella por lo mismo. Era horrible que considerara siquiera casarse con él, pero algo en su interior le decía que debía intentarlo. Tienes que ser más lista que ellos. Esa frase de su madre le rondaba por la cabeza una y otra vez. Esa era su oportunidad. La oportunidad de las dos. Si era lista, saldría de esa multimillonaria. Y si tenía una suerte inmensa, Paolo se enamoraría de ella. Michael vio como forzaba una sonrisa y asintió como si le diera el visto bueno.

—Tú decides. Pero atente a las consecuencias si dices que no.

—¿Crees que voy a poner a mi empresa en peligro por un capricho tuyo?

—No, sobre todo porque sabes que hablo en serio y la recompensa sería demasiado grande. ¿No es cierto?

—Quiero garantías.

A Rebeca se le cortó el aliento al ver cómo negociaba. Al parecer está dispuesto a pasar por alto que se despertaría a su lado todos los días y lo grande que tenía la boca, con tal de obtener un pedazo del pastel.

—Un veinte por ciento será traspasado a nombre de Rebeca en el momento en que se firme el acta matrimonial, con la condición de que seas tú quien tome las decisiones en la junta de accionistas. Así te irás haciendo a la

empresa. —Se metió el tenedor en la boca mirando a Paolo y esperando su respuesta.

—¿Y qué gano yo de esto? Todo será suyo.

—Tú ganas no perder tu empresa y mis contactos. Por supuesto en lugar de tres fragatas, presionaré a cierto amigo para que sean seis y un destructor. Saldrás beneficiado. No te preocupes.

Su madre se acercó ya recompuesta con una sonrisa en la cara y se sentó en silencio. Se miraron a los ojos comprendiéndose y Rebeca apretó los labios al ver su disgusto.

—Y si me dais un nieto, el recibirá un diez por ciento. A mi hija no le volverá a faltar de nada jamás.

—¿Y si me deja ella?

Su madre la miró atónita al darse cuenta de lo que estaban hablando.

—Te quedarás sin nada. Y te pegaré una patada en el culo por gilipollas, porque eso significará que no la has tratado como debes.

La cara de Paolo indicaba que iba a hacer lo que le diera la gana y Michael hizo una mueca antes de seguir comiendo.

Madre e hija se miraron y su madre le cogió la mano por debajo de la mesa dándole ánimos. Rebeca forzó una sonrisa como si no le diera importancia.

—Tendré que irme a Italia a arreglar ciertas cosas —dijo Paolo

fríamente—. No volveré hasta la boda.

Michael sonrió. —Espero que en la boda pongas mejor cara. Al menos para la fotos.

Paolo sonrió con ironía. —Tranquilo, para todos seré el yerno perfecto. ¿No es lo que quieres?

Asombrada miró a Paolo. —¿Y tú decías que yo me vendía al mejor postor?

Michael se tensó con fuerza al igual que Paolo. —¿Crees que voy a dejar que por un capricho de tu padre, todo por lo que ha luchado mi familia se ponga en riesgo? No, bonita. Si tengo que cargar contigo el resto de mi vida, lo haré. Nos ha costado mucho llegar hasta aquí y como dice tu padre, eres preciosa y estás forrada.

—No te pases, Paolo —dijo Michael al ver que Rebeca palidecía—.

Creo que es un trato ventajoso para los dos. No creo que tu moral sea superior a la nuestra. Si lo crees así, eres un hipócrita.

—Tienes razón. Somos iguales. —Paolo se levantó dejando la servilleta. —Tengo mucho que hacer. Si me disculpáis... —Se iba a ir, pero se detuvo mirándola. —Supongo que organizarás una boda por todo lo alto, pero hazme el favor de que al menos no nos digamos votos que no serían sinceros por ninguna de las dos partes. Mi secretario se pondrá en contacto contigo. Con esa frase estaba dejando claro que su relación hasta la boda iba a

ser lo más distante posible. Quería dejarla en evidencia. En lugar de un noviazgo como esperaba todo el mundo, quería dejar claro a todos porqué se casaba con ella. Por conveniencia por ambas partes.

Miró a su padre a los ojos. —Tranquila, cambiará de opinión.

—Me da la sensación que ese hombre nos va a crear problemas —dijo su madre muy tensa—. Cuando te conté lo que había pasado, no creía que tomarías esta resolución.

—¡Mamá!

—¡Tenía que contárselo! Ya nos había ingresado el dinero. No sabía cómo explicárselo y se lo tuve que contar todo.

Avergonzada porque su padre supiera que había pensado en casarse con un hombre por su dinero desvió la mirada. —¡Ni se te ocurra avergonzarte! —dijo su padre muy serio—. Lo hacías para que tu madre y tú estuvierais seguras.

—¡Si nos hubieras ayudado esto no habría pasado! Si no ...

—Hija... —Su madre negó con la cabeza. —No es tiempo para recriminaciones. —Furiosa miró su ensalada y empezó a comer. —Cuando se estresa, come.

Michael sonrió. —Bien, está algo delgada. A los italianos les gustan rotundas.

Rebeca se atragantó y tosiendo se llevó la servilleta a la boca. Con los

ojos llenos de lágrimas le miró. —¿De qué le conoces?

—Ya conocía a su padre cuando vivía aquí. Ahora vive en Nápoles. Me ha invitado a su villa en varias ocasiones, pero nunca he ido —dijo divertido—. Ahora puede que tenga oportunidad de conocerla.

—¿No sabías que estaba comprometido?

Su padre bebió de su copa de agua y Steffani soltó una risita. —Serás malo.

—Es una mujer de clase alta de la ciudad. Como tú en versión italiana más o menos.

—Sí, pero al parecer ella es más digna que yo. —Molesta cogió la ensalada de Paolo y sus padres abrieron los ojos como platos. —¿Qué?

—Nada, luego lo quemarás en el gimnasio de casa —dijo su madre sin darle importancia. —Está celosa.

—¿No es cierto! ¿Cómo voy a estar celosa de esa mosquita muerta que debe decir a todo sí amo?

—Bien dicho, hija. Como he dicho antes, no te llega ni a la suela de los zapatos.

—No me hagas la pelota —gruñó pinchando la ensalada de nuevo, pero no llegó a metérselo en la boca dudando en si preguntar algo, sintiéndose muy incómoda.

Michael sonrió. —Sé que estás enfadada. Es lógico y no quiero que te reprimas.

—¿Qué tienen ellos que no tenga yo?

Su madre la miró con pena y su padre le cogió la mano para que no interviniera. —Nada, cielo. No tienen nada que tú no tengas. Tus hermanos vivían conmigo y parecía que tú nunca me necesitabas y cuanto más mayor te

hacías, más te alejabas. Cuando me enfadé con tu madre, pensaba que no me echarías de menos porque nunca he estado ahí para ti.

—Dejé de llamar porque nunca tenías tiempo para mí.

—Lo sé. Soy el único culpable de lo que ha pasado y lo asumo.

—La empresa no compensa un padre ausente.

—¿Y qué lo compensaría?

—Un padre presente.

Michael sonrió emocionado y su madre reprimió las lágrimas. —Muy bien. Un padre es lo que seré a partir de ahora.

—Pero Michael, tus otros hijos...

—El pequeño tiene dieciséis años. Me han salido los niños más caprichosos del mundo. Cubriré sus necesidades de por vida, pero no puedo confiarles la empresa. Un lote de acciones es lo que recibirá cada uno.

Tampoco quiero dejarles desamparados. —La miró a los ojos. —Has hecho un trabajo estupendo con nuestra niña y siempre te estaré agradecido.

Su madre asintió emocionada. —Gracias.

—Gracias a ti.

—¡Eh, que lo he hecho yo todo!

Sus padres se rieron mientras le servían el segundo. El resto de la cena fue muy agradable. Sobre todo porque su madre se ilusionó con la boda y no paró de hablar sobre lo que siempre había soñado para la boda de su única hija. Cuando dijo que quería a unos gaiteros escoceses ante la puerta de la Iglesia, Rebeca se plantó y decidió tomar cartas en el asunto.

Michael se echó a reír cuando se pusieron a discutir del tema y se conformó con veinte violinistas dentro de la Iglesia.

—Van a ser unos meses muy largos —dijo Rebeca pasando la cucharilla por el bol de cristal de su postre que ya había volado.

Capítulo 7

A una semana de la boda todo estaba preparado y cuando Rebeca entró en su piso, gimió al ver que habían llegado una montaña de regalos a los que debía enviar la tarjeta de agradecimiento.

—Cariño, ¿ya estás aquí?

—Sí —respondió a su padre levantando la vista y dejando el traje de novia que había ido a recoger en el respaldo del sofá antes de acercarse y darle un beso en la mejilla.

—Ven, firma esto.

—¿Qué es? —Se sentó a su lado en el sofá y cogió los papeles

haciéndole reír.

—¿No te fías de mí?

—Claro que sí. Sólo tengo que leer lo que firmo. No querrás que en un futuro me quede sin blanca, ¿verdad?

—Así me gusta.

Cuando lo leyó levantó una ceja ofendida. —Un contrato prematrimonial.

—Exacto. Tengo que proteger tus acciones y Paolo su empresa. Puede alegar que él la dirige y sacarte hasta los higadillos.

Nunca había estado de acuerdo en firmar esos documentos para protegerse, pero ahora todo era distinto. Dejó los papeles sobre la mesa y se levantó sorprendiéndole. —¿No piensas firmar?

—Espera que lo piense.

—Rebeca, ni se te ocurra. Si no firmas esto, no hay trato. —Apretó los labios poniendo las manos en la cintura mirándole a los ojos. —Él no se casará si no lo firmas. Si lo vuestro no funciona, cada uno por su lado con lo que tenía antes del matrimonio.

—Matrimonio —dijo pensativa antes de sonreír irónica—. Ni siquiera me ha llamado en todos estos meses. Podría casarme con Mauricio, porque le conozco mucho más.

—Es simpático ese secretario suyo. Está teniendo una pataleta.

—¿Pataleta? ¡Si ni siquiera sé dónde voy a vivir! No se ha molestado ni en decirme si viviremos en su casa o...

—Rebeca, ¿me estás diciendo que no te quieres casar? Porque eso ahora es imposible y lo sabes. Él ha dejado a su prometida por este matrimonio. Todo está preparado y su familia está llegando de Italia para la boda, como nuestros invitados de fuera de Nueva York. ¿En serio te lo estás pensando en este momento?

Avergonzada agachó la mirada. —¿Sabes? Cuando hablé con mamá de buscar un marido rico que nos mantuviera, nunca me habría imaginado que encontraría a Paolo. Pero me he dado cuenta que me odia. Nunca pensé que mi marido me odiaría.

—Creías que estaría enamorado de ti y tendrías la boda perfecta. Los problemas si surgían, vendrían después.

—Exacto. Pero con Paolo los problemas están presentes incluso antes. De hecho, cuando lo conocí empezamos a discutir a los cinco minutos.

—Te desea y está furioso por todo lo que ha ocurrido, pero después de unos días conviviendo contigo, todo se suavizará.

—¿Tú crees? —preguntó esperanzada.

—¿Por qué crees que no aparece? Porque quiere seguir enfadado.

Lo pensó unos minutos y puede que tuviera razón. Al fin y al cabo era hombre. Se acercó y cogió su bolígrafo de oro antes de firmar donde él le indicó.

—¿Y mamá?

—De compras.

Le miró con horror haciéndole reír. —¡Papá, nos va a arruinar!

—Déjala disfrutar un poco.

—¡Un poco! ¡Ni quiero mirar el extracto de la tarjeta de crédito!

En ese momento entró en casa la aludida cargada de bolsas y cuando vio la mirada de su hija, casi corrió hacia la escalera. —¡Mamá!

—¡Ahora no puedo detenerme!

—¡Como sigas así, te quito la tarjeta!

—¡Serás roñica!

—¡Vas a acabar con ese millón antes de tres semanas!

—¡Papá me dará otro! —gritó entrando en su habitación dejándoles pasmados.

Se volvió hacia él. —¿Ves?

—Muy bien, hablaré con ella. Pero es que me siento culpable por lo que hice ...

—¡Se acabó! ¡Si te ha perdonado, te ha perdonado!

—¡Serás mala! —gritó su madre asomándose—. ¡Déjame vivir!

—¡Estás loca! ¿Qué has comprado?

—Soy la madre de la novia. ¡Tengo que estar perfecta!

—¡No, la perfecta tengo que ser yo!

Michael se echó a reír y se acercó a su hija abrazándola por los hombros para pegarla a él y darle un beso en la frente.

En ese momento le sonó el teléfono a Rebeca y corrió hasta el bolso, pues la organizadora tenía un problema con una mesa. Descolgó sin mirar. —

¿Cristine?

—No soy Cristine.

Frunció el ceño al escuchar una voz masculina que no conocía. —

¿Quién es?

—Soy tu novio —dijo con sorna.

—Ah, ¿el desaparecido?

—¿Tienes más de uno?

—Desgraciadamente no.

Sus padres se la quedaron mirando intrigados.

—Sí, seguro que me cambiarías con gusto. Igual te doy una sorpresa y no me presento.

—Allá tú. Quedarías como un sinvergüenza ante todos, porque yo voy a estar allí. —Sus padres asintieron. —¿Me llamabas por algo o solo para ponerme nerviosa antes de la boda?

—¿Nerviosa a ti? Si tienes nervios de acero. —Eso pareció divertirle y

Rebeca se tranquilizó. Puede que su padre tuviera razón. —No, te llamo para

decirte que esta noche cenamos a las siete con mi familia en el Plaza.

Se quedó de piedra. —¿Pero me avisas ahora?

—¿No es suficiente? Quedan cuatro horas para la cena.

Pues no, no era suficiente. Este hombre era increíble

—Esta noche es mi despedida de soltera. Se lo dije a Mauricio, que tiene mi agenda.

—No le consulto a Mauricio si ceno con mi familia. Están en Nueva

York y quieren conocerte —dijo de malas maneras—. Si quieres ven y sino pues no vengas. Me da igual. —Colgó el teléfono sin despedirse siquiera y ella

apretó los labios pensando en ello dejando el teléfono sobre la mesa.

—¿Qué ocurre, hija? —preguntó su madre acercándose.

—Quiere presentarme a su familia esta noche. Creía que me los presentaría en la cena de ensayo dado su falta de interés.

Su madre se mordió el labio inferior mirando a Michael, que apretó los puños al darse cuenta que sólo quería fastidiarla. —No vayas. Vete a tu despedida de soltera como tenías previsto desde hace semanas.

—No puede hacer eso —dijo su madre—. Su familia lo verá como una afrenta.

—Y sus amigas se sentirán ofendidas. Encima ha llamado ahora, para que no se pudiera anular nada. Lo ha hecho a propósito. Además, su familia ya

nos odia. ¿Crees que no les ha contado la razón de este matrimonio? Irá a la cena para que intenten humillarla, porque a nosotros no se nos ha invitado.

—No, sólo me ha invitado a mí —susurró Rebeca.

—Ya sé lo que vamos a hacer —dijo su madre—. ¿A qué hora es la cena?

—A las siete.

—Michael llama al Plaza y reserva una mesa en un salón para veinte comensales. Las chicas pueden cenar allí y después salís desde el Plaza hacia la despedida en cuanto acabe la cena.

—¡Pero ya teníamos reservado en otro sitio!

Su padre levantó la mano. —No pasa nada. No debes preocuparte por eso.

Rebeca se enfadó, porque para solucionarlo su padre tendría que pagar una cantidad indecente de dinero y sus amigas se sentirían defraudadas. —Voy a llamar a Stella.

—Eso, ella te ayudará a salir del paso. No te disgustes.

—Me da la sensación que va a intentar fastidiarlo todo.

Michael, que estaba de espaldas hablando por teléfono se tensó, pero siguió con la conversación.

—Ven, vamos a comer algo. —Su madre la cogió por el brazo. —

Seguro que no has comido nada en todo el día con tanto ajetreo. Y después nos reiremos un poco abriendo los regalos que te han enviado hoy.

—Ni eso me va a animar.

—Claro que sí. ¿Recuerdas tus carcajadas con los payasos de cristal?

Con el corazón encogido fue hasta el restaurante, porque su prometido ni se había molestado en ir a buscarla. Había llamado a Mauricio porque él no le cogía el teléfono y le había dicho que tenía una reunión importante y que no podía ir a recogerla. Era humillante la manera en que la trataba. Pero no tenía más opción que seguir adelante o quedar en ridículo ante todos sus conocidos.

Sonrió al maître esperando que estuviera perfecta con el vestido verde agua que se había puesto para la ocasión

—Buenas noches, señorita.

—Mi prometido ha reservado una mesa. Viotti.

—Oh sí, casi todos han llegado. Pase por aquí.

Siguió al hombre mirando a su alrededor buscando a Paolo, pero no le vio en ningún sitio y cuando el hombre se detuvo, apartándose y mostrándole con la mano la mesa, casi le da un infarto. Al menos treinta personas que parecían salidas de una película de Visconti, la miraban con el ceño fruncido como si fuera una casquivana.

Un hombre igualito a Paolo pero con más años, se levantó de la cabecera y muy serio se acercó a ella recorriendo la enorme mesa. —Tú debes

ser Rebeca —dijo fríamente.

—Sí. ¿Es usted Piero Viotti? —Sonrió alargando la mano. —Encantada.

Mi padre me ha hablado mucho de usted. Dice que tiene una villa preciosa en Nápoles.

—Pues no sé cómo lo sabe, porque no la conoce. —Rebeca cerró la mano dejándola caer y se sonrojó por el corte. Vio a dos mujeres tras él, que también se habían levantado. —Ella es mi esposa Rosa y mi madre Aurora.

—Mucho gusto. —Incómoda ni loca iba a intentar darles la mano cuando estaba segura que la rechazarían sin dudar. Alargó dos bolsas que tenía preparadas para ellas. —Mi madre les envía este presente. Es una costumbre de nuestra familia, que las mujeres de la familia lleven un detalle igual. También se hace con las damas de honor. Espero que les guste.

El padre de Paolo se tensó. —¿Y el de las demás?

—¿Las demás? —Confundida le miró a los ojos y se dio cuenta que no eran grises como los de su hijo sino de un castaño oscuro. —Paolo es hijo único.

—Pero tiene primas. —Señaló con la mano la mesa y Rebeca vio que varios murmuraban sin quitarle ojo. —Son familia.

—Sí, pero no familia directa. ¿Entiende?

Piero chasqueó la lengua y Rebeca sonrió a las mujeres. —Espero que les guste. —Aunque viendo la ropa que llevaba la abuela, vestida

rigurosamente de negro, y con su cabello cano en un moño en la nuca, lo

dudaba. La madre de Paolo era distinta. Clásica pero más o menos a la moda, llevaba su pelo castaño cortado a la altura de la barbilla. Aunque el vestido azul claro que llevaba, su madre no se lo pondría ni muerta. Pero no estaba mal del todo. Vio como las mujeres sacaban las cajitas de Tiffany de las bolsas

y las abrían.

—Gracias Rebeca es muy bonito —dijo la madre sonriendo suavemente y mirándola a los ojos—. De un gusto exquisito.

—¿Una llave? —preguntó la abuela extrañada.

—Es una llave de oro y diamantes, abuela —dijo Rosa demostrando que de eso entendía—. Está de moda. Es para colgar al cuello.

—¿Una llave? ¿Per qué una llave? ¿Qué sentido tiene? —La mujer taladró con sus ojos grises a Rebeca. —¿La chiave de qué?

Pensó deprisa. —De mi corazón.

La abuela asintió entrecerrando los ojos. —Bene. Bene.

—¿Dónde está Paolo? —preguntó algo nerviosa por sus miradas.

—Tenía una reunión de trabajo —dijo su padre—. ¿Acaso no te lo había dicho?

—Sí, pero pensé que ya estaría aquí.

—Mientras tanto te presentaremos —dijo Rosa amablemente—. Ven.

Empezaremos por el final.

No tardó ni cinco minutos en presentarle a toda la mesa, de los que no recordaba el nombre de casi ninguno después de medio minuto. Cuando

terminó, Rosa le indicó su sitio al otro lado de la mesa y se sentó allí sola forzando una sonrisa. A su lado estaba sentado un tío de Paolo llamado Gencio, pero no hablaba una palabra de inglés. Frente a ella había una mujer

morena que la miraba como si fuera un insecto. Todos se pusieron a hablar entre ellos en voz alta para entenderse y mordiéndose el labio inferior miró hacia la puerta impaciente. Casi salta de la silla al ver a Paolo después de tanto tiempo. Estaba guapísimo con un elegante traje azul y una camisa blanca acompañada de una corbata roja.

Paolo llegó y en lugar de saludarla, pasó toda la mesa sonriendo a los demás antes de besar a su abuela en la mejilla y a su madre. Le dio la mano a su padre que le dijo algo en italiano y Paolo asintió recorriendo la mesa de nuevo hasta donde estaba ella, sentándose en la cabecera sin saludarla, sacando

su móvil del bolsillo interior de la chaqueta.

—Paolo...

Él la miró como si estuviera sorprendido de verla. —Ah, pero has venido.

—Pues sí. —Sonrojada porque toda la mesa les miraba susurró —Al menos saludame.

—Tienes razón. No tengo perdón. —Sonrió levantándose y la besó en la frente como si fuera su prima.

Uno de ellos que no llegó a ver, le preguntó algo en italiano a Paolo,

que por supuesto ella no llegó a entender y su prometido le respondió de la misma manera sin preocuparse en traducirle. En cuanto les sirvieron la cena, que su novio ya había encargado, sí que se sintió como una mujer florero y se dijo que si quería enterarse de algo en el futuro, debía aprender su lengua. Una patada en la espinilla la sobresaltó y soltó un quejido tocándose la rodilla.

Paolo la miró como si hubiera hecho algo malo y se acercó a ella. —¿Qué ocurre? ¿Te aburres?

—No, claro que no. —Forzó una sonrisa mirando al frente viendo como la morena sonreía maliciosa. ¡Aquella puta le había dado una patada! Cogió a Paolo del antebrazo interrumpiéndolo de nuevo y se acercó a él. —¿Quién es esa mujer que está a tu lado?

—Mi prima Julia. Trabaja para mí en la oficina de Nápoles.

—Ah. —Sonrió a Paolo, que la miró extrañado antes de seguir hablando ignorándola de nuevo.

—¿No tienes familiares que trabajen contigo aquí?

Paolo exasperado respondió —Sí.

—¿Y dónde están?

—En sus casas con sus familias. Ellos ya les han visto. Esta es una cena para que te conozcan a ti.

Rebeca se echó a reír y todos la miraron. —Pero si no me hablan.

¿Cómo me van a conocer si sólo hablas tú y lo haces en italiano para que no

me entere de nada? —Recibió otra patada de la primita y la fulminó con la mirada. —Vuelve a darme otra patada y te arranco la cabeza.

—¡Rebeca, discúlpate ahora mismo!

Rebeca se levantó sonriendo a todo el mundo y gritó —¡Un placer conoceros! ¡Pero ahora me voy a mi despedida de soltera! ¡Buona notte a tutto!

—Eso no era lo que quería gritar, sino que se largaba a cogerse un buen pedo, para olvidar al déspota de su novio. Pero obviamente eso no podía decirlo allí.

Varios sonrieron de oreja a oreja y Paolo se levantó furioso. —Ni se te ocurra irte ahora. ¡No hemos terminado el primero!

Le fulminó con la mirada. —Lo que querías era joderme la despedida de soltera, pero no lo vas a conseguir. Que pases buena noche. —Le dio un rápido beso en los labios sorprendiéndolo y salió de allí con la cabeza muy alta. Aquel beso robado le supo a gloria.

Capítulo 8

Las chicas gritaron en cuanto la vieron llegar. Ellas aún se estaban sentando y corrieron hacia Rebeca haciéndola reír. Le colocaron un enorme pene de plástico en la cabeza y la hicieron sentarse en la cabecera de la mesa rodeada de regalos.

—Te has librado, ¿eh? —preguntó Stella colocándole una banda sobre su hombro, que ponía “La novia más cachonda del universo”.

—Tengo un novio muy comprensivo.

Stella se echó a reír. —Eso significa que tiene un cabreo de primera.

Olvidas que le conozco. —Se colocó la tiara que ponía dama de honor principal sobre sus rizos pelirrojos.

—Necesito una copita de vino.

—¡Marchando!

La cena fue divertidísima, porque los camareros, todos muy cachas, iban únicamente con una pajarita negra y pantalones del mismo color. Se rieron mucho con los regalos y cuando terminó de abrirlos, tenía una amplia gama de vibradores y ropa interior imposible.

Cuando acabaron la cena, aparecieron dos chicos vestidos de bomberos y todas algo pasadas de copas de vino, disfrutaron de su striptease. Salían riéndose del hotel cuando se encontraron en el hall con los Viotti al completo.

Stella y Rebeca se detuvieron en seco para ver a su prometido fulminándola con la mirada con los brazos en jarras. Rebeca chilló de alegría corriendo hacia él y tirándosele encima. —Me vienes de perlas —dijo cuando él la sujetó

por el trasero para sujetarla, mientras su aburrida familia la miraba atónita.

—¿No me digas? ¿Estás borracha?

—No. Mañana puede, pero todavía no —dijo sonriendo—. Tienes que

llevarte unas cositas. —Le guiñó un ojo maliciosa y varias amigas dejaron las bolsas de los regalos a su lado. —¿Me harás el favor, mi amor? —Los ojos de

Paolo brillaron. —Vamos, sé bueno. Sino tendré que pasar por casa antes de seguir la fiesta.

—Nena, no bebas más.

—Claro que sí. Es mi despedida.

Paolo no pudo evitar sonreír y miró a Stella. —¿La controlarás?

Su amiga hipó antes de contestar —Claro, yo controlo.

—Miedo me dais. —La miró a los ojos. Rebeca sonrió emocionada porque se preocupara por ella.

—¿Te veré mañana?

—Paolo, estáis llamando la atención —dijo Piero acercándose.

Paolo perdió la sonrisa dejándola en el suelo lentamente y Stella gritó

—¡Eh, que están prometidos! No es un delito besarse en público. Amiga, pégale un morreo a tu hombre y vámonos a celebrarlo.

Rebeca soltó una risita. —Ella sí que está borracha. —Se acercó a él y

le dio un suave beso en los labios antes de apartarse y decir —No mires en las bolsas. Es sorpresa.

Cogió a Stella del brazo y riendo como niñas salieron del hotel.

Al día siguiente el olor a café llegó hasta ella y se arrastró fuera de la cama para tropezar con uno de sus zapatos. Al verse en el espejo, chasqueó la lengua porque aún estaba vestida. Gimió llevándose las manos a la cabeza y se dio cuenta que se había clavado las puntitas de la diadema mientras dormía. Ni

sabía cómo había llegado a casa. La cara de Perci riendo apareció en su

cabeza, pero chasqueó la lengua de nuevo negándolo. No podía haber tenido la mala suerte de encontrárselo en su despedida de soltera.

Salió de la habitación necesitando un zumo porque tenía la boca seca y caminó hacia la escalera, encontrando a varias personas en el salón que

levantaron la mirada hacia ella cuando la oyeron gemir. Con una mano en la sien, utilizó la otra para cogerse a la barandilla y bajar las escaleras mirándoles. —¿Qué hacéis todos aquí? ¿Ha pasado algo?

—¡Algo! —gritó Paolo levantándose del sofá furioso—. ¡Dímelo tú!

—Shuss —gimió cerrando los ojos.

—Todavía está borracha —dijo Piero con desprecio—. ¿Por esta mujer has dejado a Helena? No me lo puedo creer.

—Hija... —Su madre se acercó preocupada. —¿Qué has hecho?

—Nada. He estado de despedida de soltera.

—¿Entonces por qué dice el periódico que te has casado con Perci?

Ella se echó a reír. —¿Qué dices mamá?

—¡Esto! ¡Esto dice! —Paolo levantó el periódico donde salía una foto de ella con Perci bailando muy acaramelados.

Asombrada se acercó y le arrebató el periódico. En él se decía que

Perci estaba tan enamorado de ella que se la había llevado a las Vegas para casarse. —¡Esto es mentira! ¡No me separé de mis amigas en toda la noche!

—¡A mí no me mientas! ¡Te vieron con él! ¡Y te trajo él a casa a las siete de la mañana! ¡Os vio el portero!

—¿Me trajo él?

—Madre mía. No se acuerda —dijo su padre atónito.

—Esto es una vergüenza. —Piero miró a Paolo. —Vámonos, hijo.

Nadie te culpará por anular la boda.

—¿Rebeca?

Impotente le miró a los ojos. —No sé lo que ha pasado. Tiene que ser mentira.

—¡Pero no lo sabes!

No podía mentir. No cuando estaban tan cerca de la boda. ¿Y si de

verdad estaba casada con Perci? Lo había echado todo por la borda.

En ese momento llamaron al timbre y Clara fue a abrir. Cuando vieron a Perci al otro lado con una sonrisa de oreja a oreja, Paolo juró por lo bajo y fue hacia él cogiéndolo por las solapas del traje, antes de pegarle un puñetazo que lo sacó de la casa de nuevo.

—¡Paolo!

Intentaron separarlos, pero Perci le dio un puñetazo a Paolo cuando le tenían agarrado entre sus padres. —¡Era mía! —gritó Perci sorprendiéndoles a todos—. ¡Tenía que intentarlo!

—Dios mío, ¿qué estás diciendo? —preguntó Steffani atónita—. Nunca ha sido tuya.

—Perci, ¿nos hemos casado? —preguntó sin aliento.

—¿Y si fuera así?

—¡Te has aprovechado de ella! —gritó Paolo.

—¡Maldito cabrón, tuviste que aparecer tú y ni siquiera la quieres!

¿Crees que soy idiota? ¡Sólo la utilizas! ¡Ni siquiera la has visto en meses!

Paolo se giró hacia ella y preguntó —¿Se lo has dicho tú?

—No lo sé —respondió angustiada.

—¡Ya está bien! —gritó Michael furioso señalando a Percival—. ¿Os habéis casado? ¿Sí o no?

—¡No! ¡Pero tendría que haberlo hecho! —dijo furioso—. ¡Yo sí que la quiero! —Intentó acercarse a Rebeca, pero Paolo le empujó por el pecho tirándolo contra la pared. Perci se echó a reír. —¿Tienes miedo a que se arrepienta?

—¡Entérate bien capullo, no te acerques a ella! ¡Se va a casar conmigo el sábado!

—Esta será la última vez que te lo pida —dijo Perci mirándola a los ojos—. Ven conmigo. Te quiero. Te he querido siempre.

Los ojos de Rebeca se llenaron de lágrimas, dándole una pena horrible porque al fin y al cabo siempre habían sido amigos. —Lo siento.

Percival cerró los ojos como si el dolor fuera intenso y salió del piso cerrando de un portazo dejando un denso silencio tras él.

Rebeca llorando corrió a las escaleras, subiéndolas de dos en dos y encerrándose en su habitación. Que lo arreglaran ellos. Al fin y al cabo, era un asunto de negocios. Ella no pintaba nada. Se tiró en la cama y abrazó la almohada. La puerta se abrió de nuevo y dijo —Mamá déjame sola.

—¡Levántate de la cama!

Se sentó para ver a Paolo a los pies de su cama y estaba furioso. —¡A mí no me hables así! ¡Yo no tengo la culpa de lo que ha pasado!

—¡Claro que sí! Si hubieras sido tajante con él, esto no habría ocurrido.

No quiero ni pensar en lo que hiciste ayer, para que hoy se presentara aquí como si tuviera derecho. —Rebeca palideció porque ese pensamiento también

había pasado por su cabeza. La miró con desprecio. —Mírate. ¡Ni siquiera has sido capaz de desvestirte al llegar! ¿Y tú eras la esposa perfecta para mí? ¡Esto es intolerable!

—¡Era mi despedida de soltera! —dijo humillada, aunque sabía que tenía razón. Les había puesto en evidencia con su comportamiento y eso no debía pasar jamás.

Él se tensó con ganas de pegarle cuatro gritos. —Tienes quince minutos para bajar a intentar calmar a mis padres, comportándote como la mujer que les he dicho que eras, para convencerles que el matrimonio concertado no funcionaría conmigo. Si no lo consigues, esto se acabó. Yo he cumplido mi parte. —Fue hasta la puerta y salió dando un portazo.

Se levantó todo lo deprisa que pudo y tirando la ropa en el suelo del baño, se metió en la ducha con el agua fría. Tenía un dolor de cabeza horrible

y ganas de llorar, pero se secó a toda prisa antes de ir al vestidor únicamente con la toalla. Su madre estaba sentada en su cama con las piernas cruzadas, mirándose las uñas como si nada. Suspiró cuando levantó la vista y vio en sus ojos que estaba furiosa.

—Lo sé. No hace falta que me echés la bronca tú también.

—No pienso decir nada. Ya eres mayorcita para saber lo que te juegas

—siseó levantándose y acercándose a ella—. Pero lo que sí te voy a decir, es que tienes en tu mano todo lo que siempre has deseado. Tienes el hombre que querías y la empresa de tu padre. Si te casas el sábado con él, puede que tengas suerte y tu matrimonio dure. Y si no es así, tendrás la empresa de tu padre para no tener que casarte de nuevo jamás si no quieres. Pero sólo si te casas el sábado. Creo que no te das cuenta hasta qué punto has metido la pata, porque

estás a punto de perderlo todo y acabar como yo. —Acarició la cicatriz de su pómulo. —En tus manos está arreglar este desastre antes de que tu padre, que por cierto está furioso, decida echarse atrás.

Rebeca asintió sin ser capaz de decir una sola palabra y entró en el vestidor para ponerse una ropa interior color carne y un vestido rosa con unos zapatos nude. Como no le daba tiempo a secarse el cabello se hizo una raya al medio y se enroscó la melena en un rodete en la nuca. Estaba de moda y cuando se miró al espejo, vio que iba perfecto con el vestido. Se maquilló más que normalmente, para disimular su mal aspecto y se echó el perfume que le gustaba a Paolo.

Dos minutos después bajó las escaleras escuchando los gritos de su suegro, que cuando se volvió, se quedó sin palabras viéndola bajar. Su madre sonrió irónica al ver que parecía tan calmada y relajada como toda una dama.

Paolo sentado en el sofá, la miraba con desconfianza mientras que Rosa sonreía asintiendo. A Rebeca le preocupó su padre, que observándola de pie ante Piero, parecía furioso.

Cuando llegó abajo dijo —Lo siento. Quiero disculparme con todos porque mi comportamiento ha sido intolerable. Lo único que puedo decir, es que me dejé llevar y me uní a la fiesta, pero realmente no es excusa para alguien de mi posición. —Rebeca miró a su padre a los ojos reprimiendo las lágrimas. —Siento haberte defraudado. Te puedo asegurar que lo que más me pesa es haberte defraudado a ti.

Su padre relajó el semblante. —Niña, una juerga nos la hemos corrido

todos. Y era tu despedida de soltera. Tampoco es para tanto.

—No es excusa. —Se apretó las manos mirando a Piero tímidamente.

—Me disculpo con su familia por la vergüenza que les he hecho pasar.

Entiendo que quieran suspender la boda.

Su suegro se tensó mirando a Paolo, que suspiró levantándose y

acercándose hasta colocarse delante de ella, mientras se cerraba la chaqueta del traje gris claro que llevaba.

—Mírame, cara.

Ella levantó la vista hasta que le miró a los ojos. —No volverás a hablar con él nunca más. ¿Me entiendes? Ese hombre sólo quiere crear

problemas y esto se acaba aquí.

Se mordió la lengua para decir que al menos Perci la quería, pero aún

así asintió. —Como la prensa está abajo, vamos a salir como si nada y sin contestar preguntas, vamos a ir de compras como cualquier pareja normal.

¿De acuerdo?

Los ojos de Rebeca brillaron porque pensaba pasar tiempo con ella. —

¿Y qué vamos a comprar? Tenemos de todo.

—No, de todo no. —La cogió de la mano y fue hacia la puerta haciendo suspirar del alivio a todos.

Michael sonrió mirando a Piero. —Hacen una pareja maravillosa.

—Tienes razón, pero ella aún es muy joven.

—Tiene veinticinco años. Te aseguro que siempre es muy responsable.

—Steffani defendió a su hija. —Pero se ha encargado sola de todo lo de la boda y creo que en su despedida se ha soltado demasiado. Paolo no la ha ayudado nada.

Piero y Rosa se sonrojaron mirándose. —Sí que parece demasiado

duro con la niña —dijo su esposa—. Casi no le habla y siempre parece enfadado con ella. Si ha querido casarse con Rebeca, debe haber una razón, pero mi hijo se contiene mucho con ella.

—¿Qué quieres decir, Rosa?

—Conozco a mi hijo y si no llegan a sujetarle, a ese muchacho le hubiera molido a palos. Estaba fuera de sí. Y mira a Rebeca de una manera a veces... —Rosa sonrió. —A Helena nunca la ha mirado así.

—Se siente atraído por ella. Es lógico, es preciosa. Pero un matrimonio se basa en algo más. —Piero se giró hacia Michael. —Confío en que Rebeca sepa lo que hace, porque mi hijo no tiene paciencia. Ha estado a punto de suspender la boda. Teníais que haberle visto cuando vio la foto desayunando con nosotros en el hotel.

—Lo sé. Y estoy seguro que algo así no volverá a pasar. Puede que sea joven, pero mi hija sabe cuál es su responsabilidad. Lo hará bien.

Mientras tanto ella estaba mirando de reojo a su prometido en el ascensor. No le había soltado la mano y le dijo —¿Me perdonas?

—Te dije que no bebieras más.

—¿No te has emborrachado nunca?

Él la miró. —Te aseguro que yo nunca he salido en los periódicos.

—Entonces te he ganado —dijo intentando hacerse la graciosa.

—Nena...

—Lo sé. No te enfades. —Le apretó la mano para intentar animarle y él suspiró como si no pudiera con ella. —Seré buena.

—Estoy recibiendo presiones por muchos flancos. No añadas aún más.

Se abrió la puerta y Rebeca pensó que hablaba de sus padres. Cuando pasara la boda todo iría mejor y Paolo podría relajarse. Al salir del portal un grupo de periodistas les esperaba, pero Paolo sonriendo contestó a las preguntas como si le hiciera gracia el asunto.

—¿Qué opina de la noche loca de su prometida?

—Las noches locas, las pasa conmigo —dijo entrando en la limusina que les esperaba.

Cuando cerró la puerta, el coche salió al tráfico y ella preguntó —¿Qué noches locas hemos pasado tú y yo?

—Mejor contestar eso que la verdad, ¿no crees?

—¿Has visto las bolsas? —preguntó maliciosa intentando relajar el ambiente.

—No.

Decepcionada dejó caer los hombros. —¿Y qué vamos a comprar? No he traído el bolso.

—No lo necesitas.

—¿No me vas a dar una pista?

—Te darás cuenta enseguida.

—¿Qué has hecho estos meses?

La miró al notar que parecía resentida. —Arreglar los problemas que tú y tu familia me habéis ocasionado por el capricho de tu padre.

—Tú también sales ganando. No seas hipócrita.

—¿Ganando?

—Claro. Me tienes a mí.

—No está claro que gane algo con eso.

Jadeó indignada y decidió no hablarle más. Cuando el coche se detuvo ante Tiffany suspiró —Venimos a por más llaves.

—Exacto. Has hecho un feo a mi familia.

—A esa tal Julia no le regalo nada.

—¡Rebeca!

Se levantó el vestido mostrando su rodilla. —¡Mira lo que me ha hecho!

Tenía un morado en la espinilla y cuando Paolo se lo vio, apretó los labios antes de decir —¿Seguro que no te has caído borracha?

—Te dije que me pegó bajo la mesa.

—Y no te creo.

Salió del coche dejándola allí indignada y le siguió con ganas de pegarle cuatro gritos, pero después de lo que había pasado, salió como una dama forzando una sonrisa. Él la cogió por la cintura llevándola hacia la puerta. Rebeca iba a decir algo, pero decidió que lo descubriera él.

Cuando estaban ante el mostrador de los colgantes, el hombre que la había atendido en sus regalos de compromiso se acercó a toda prisa. —

Señorita Roger, es un placer volver a verla.

—Gracias, John. Mi prometido se ha querido pasar por aquí.

—Espero que los regalos a las damas hayan sido un éxito.

—A mis damas les ha encantado. Preciosas.

—No ha habido suficientes —dijo Paolo tomando el control de la conversación.

El pobre hombre le miró confundido. —¿Y eso? Siete para las damas de honor, dos para las madres y uno para la abuela. Diez en total.

—Sí, pero mi familia es más extensa. Necesitamos doce más para mis primas. —Molesto miró a su alrededor. —¿Las tiene en el almacén?

John levantó una ceja mirando a Rebeca. —No se lo ha explicado.

—Lo he intentado, pero no me ha dado tiempo.

—Señor Viotti, ¿ha visto el regalo?

—No —dijo sin darle importancia.

Rebeca apretó los labios disgustada.

—Pues la señorita Rebeca no quería un regalo cualquiera para las damas más importantes de la fiesta y eligió algo especial. —John sacó un cuaderno del mostrador, abriéndolo para ver ante ellos el diseño de la llave. —

Es apenas imperceptible para que las damas se lo pusieran en cualquier momento, pero en el diseño de la parte de arriba de la llave, donde van los diamantes, si se fija hay una R y una P entrelazadas.

Paolo entrecerró los ojos viendo el diseño. —Son únicas. Nadie más tendrá algo así y fueron hechas por encargo. Tardaron dos meses en acabar las diez.

Su prometido la miró. —Al parecer te has tomado muchas molestias con los regalos.

—Quería que fueran especiales —dijo sonrojándose. Se emocionó cogiéndolo por el antebrazo—. ¿Quieres ver las alianzas? —Miró a John. —
¿Ya están listas?

—Llegaron ayer. Se va a volver loca.

Se alejó y Paolo se pasó la mano por el cabello. —Tendremos que comprar a las demás cualquier otra.

—No.

—¿Cómo que no?

—No, porque es un regalo a las más allegadas. No voy a ofender a las damas que sí son especiales en mi boda, regalando llaves a todo el mundo.
No.

Además, es un regalo mío y no tuyo. No tienes derecho a decirme cómo debo hacerlo. He regalado a quien para mí era especial en mi boda. Haber hecho tú los regalos.

Paolo puso los ojos en blanco, pero cerró la boca y Rebeca sonrió porque sabía que había ganado la batalla.

Cuando John regresó, les puso una bandeja delante cubierta con terciopelo negro. Quitó el paño para mostrar dos anillos en platino y Rebeca cogió el suyo viendo el trabajo de grabado rodeado de minúsculos diamantes que hacían sobresaltar la leyenda grabada. —Mira, Paolo. ¿A que es

bonito?

Paolo frunció el ceño cogiéndolo y leyendo lo que decía. “Señora Viotti”

—Por dentro pone la fecha —dijo John—. Nunca había hecho unas alianzas con el nombre de casada en el exterior. Y los diamantes realzándolo le

dan un toque exquisito. Puede que tenga muchísimos encargos futuros gracias a la idea de su prometida. Es una detallista.

Paolo cogió su alianza que era algo más discreta. —A ti no te he puesto diamantes. —Se echó a reír. —Parecerías un rapero en la sala de juntas.

—Y tampoco podía poner Señor Viotti cuando era obvio. Su prometida

se lo pensó mucho porque usted es muy discreto vistiéndolo, así que decidió poner sus iniciales entrelazadas grabadas discretamente en el exterior y en el interior su fecha de matrimonio. —John le miró dudoso. —¿Le gusta?

—Pruébalo. Espero haber acertado con la talla que me envié.
Mauricio —dijo algo nervioso.

—¿No da mala suerte?

El joyero se echó a reír. —No. Póngasela sin miedo.

Rebeca se lo cogió de la mano y sonriendo tímidamente se lo puso en el dedo. Al levantar la vista le miró a los ojos. —¿Te queda bien?

—Me acostumbraré a llevarla.

—Sí, a muchos caballeros les cuesta al principio —dijo John—.

Señorita, pruébese la suya.

Ella la iba a coger, pero Paolo fue más rápido y avergonzada extendió la mano. Al sentir como la alianza subía por su dedo se sintió maravillosamente a su lado y estaba convencida de que lo que necesitaban era tiempo. Tiempo para conocerse.

—Es preciosa, ¿verdad? —dijo mirando su mano, donde la palabra Viotti resaltaba entre el contraste de los diamantes y su piel.

Él cogió su mano levantándosela para verlo bien. —A este anillo le falta algo.

—¿Qué? —preguntó preocupada—. ¿Se me ha olvidado algo?

—No, se me ha olvidado a mí. —Se giró hacia John. —¿Usted sabe qué es?

—Un anillo de compromiso.

Rebeca se sonrojó intensamente porque no se había esperado eso y cuando tres hombres de Tiffany llegaron con dos bandejas cada uno, dejándolas ante ella y mostrando una cantidad de anillos increíble, miró a Paolo maliciosa. —¿Me estás pidiendo matrimonio?

La cogió por la cintura pegándola a él. —¿Me dirías que sí?

Se acercó a su oído y susurró —Eres el pez más gordo que he encontrado. ¿Cómo te voy a rechazar?

Él la miró a la cara sonriendo. —Exacto. Ahora elige uno.

—Prefiero un beso —dijo abrazándole por el cuello.

Los ojos de Paolo brillaron. —¿Un beso por un diamante? Sales perdiendo.

—Es que hay besos y besos. Y algunos no tienen precio.

Paolo le miró los labios, haciendo que su corazón latiera acelerado emocionada porque la iba a besar. Se acercó lentamente provocando que vibraran cada una de sus células y cuando rozó sus labios fue como si algo estallara entre ellos. La besó profundamente entrando en su boca, haciéndole olvidar dónde se encontraba. Abrazándose a él, disfrutó de las caricias de su lengua, que le robaron el sentido. Fue el beso más maravilloso de su vida y cuando Paolo se apartó, aún disfrutaba de las sensaciones de sus labios sobre

los suyos como si todavía la besara. Abrió los ojos acariciando su nuca deseando que aquello no acabara jamás y Paolo carraspeó haciendo reír a quienes les observaban. Roja de vergüenza dijo —No ha estado mal.

Sin soltar su cintura, Paolo sonrió girándose hacia John que sonreía satisfecho. —Al parecer no me libro.

—No, señor. No se libra.

Emocionada miró las bandejas y Paolo cogió un solitario en talla rectangular. Era sencillo. Estaba montado en platino y tenía un diseño que le encantaba. —¿Te gusta este?

—Cariño, ese es... ¡Sí! —Extendió la mano mientras Paolo se reía y él se lo puso en el dedo al lado del de casada. Quedaban perfectos uno al lado del

otro.

—Van a crear más moda. Elegir el anillo de compromiso con el de casada —dijo John encantado—. ¿Le gusta, señorita?

—Lo ha elegido él. Para mí no hay otro mejor —dijo sin darse cuenta, observando su mano.

—Déjeme que se los envuelva.

Ella gimió quitándoselos para dejarlos sobre la bandeja y Paolo hizo lo mismo antes de coger el de compromiso. —Este puedes ponértelo, cara.

—Me encanta salir de compras contigo —dijo viendo como se lo ponía de nuevo.

Paolo asintió divertido. —Eso ya lo veo.

—Pero lo mejor ha sido el beso.

—Si te portas bien, el día de la boda te daré otro.

—Ja, ja. Ahora tendremos que ir a comprar otra cosa que aún no tengo.

—Quedamos para comer con la familia —dijo mirando su reloj de platino—. Pero todavía tenemos tiempo. ¿Qué quieres comprar?

—Ahora soy yo la que te va a sorprender.

Capítulo 9

Sentado en el exclusivo salón miraba a su alrededor aburrido. —Nena, llegaremos tarde.

—Espera. Me lo han enviado de París y quiero que te guste. Sino tendré que comprar otra cosa.

—¿Es un vestido? ¿No será el de novia?

—¿Cómo va a ser el de novia? Ya está.

Una mujer abrió la cortina de terciopelo rosa y dejó ver a Rebeca con un sujetador de encaje totalmente transparente a juego con las braguitas y un ligero hecho a mano con el mismo encaje, que sujetaba unas medias que eran un primor.

—¿Qué opinas? —Se volvió para que viera que sus nalgas estaban al aire y Paolo carraspeó revolviéndose en el asiento. Maliciosa le miró sobre su hombro. —¿Es demasiado para la noche de bodas?

La mujer reprimió una risita antes de decir —Siempre puede escoger uno de esos fantásticos camisones de seda.

—¿Eso es lo que vas a llevar debajo del vestido? —preguntó con voz ronca.

Se volvió hacia él. —Sí, está hecho a medida para que esté lo más cómoda posible.

Él volvió a carraspear antes de decirle a la mujer. —¿Nos puede dejar solos?

—No. —A Paolo no se le llevaba la contraria y pudo ver que esa respuesta le había sentado fatal. —Espere a la boda, caballero.

Su novio volvió la mirada hacia ella. —¿Lo tienen en más colores?

—Por supuesto.

—Lo quiero en todos.

—Eso es que le gusta.

La mujer levantó la barbilla. —Me lo imaginaba.

Paolo se levantó y la rodeó mirándola de arriba abajo antes de susurrarle al oído —Eres malvada.

—Gracias. —Se volvió y le dio un beso rápido en los labios antes de entrar de nuevo en el vestuario.

—¿Tienes más sorpresas así? —preguntó él al otro lado.

—Alguna me queda.

—Por cierto. Sí que miré en las bolsas y no vas a necesitar nada de eso.

A ella se le cortó el aliento desabrochándose el sujetador. —¿Tú crees?

—Estoy seguro.

Cuando salió del vestuario, vio a Paolo hablando con la encargada de la exclusiva tienda de ropa interior. Aparentemente era un piso lujoso, pero es que absolutamente todo se hacía a mano en París y allí sólo se hacían las pruebas. Se acercó a él y Paolo la cogió distraído por la cintura. —Muy bien.

¿Se lo enviarán a casa?

—Por supuesto, señor Viotti.

—Buenos días.

La llevó hasta la puerta y sonriendo ella le preguntó —Por cierto,

¿vamos a vivir en tu casa?

—De momento sí. —La miró con horror. —¿No querrás otra casa?

—No conozco la tuya... pero seguro que estará bien. Mauricio me ha dicho que está en Park Avenue.

—Sí, tienes seis dormitorios y trescientos metros cuadrados.

—Es más que suficiente para dos.

La miró de reojo. —Ese es otro tema que quería tratar. Nada de embarazos de momento hasta que haya algo de estabilidad.

—De acuerdo. Me parece bien.

—¿No vas a discutir? Tu padre quiere nietos.

—Pero este es nuestro matrimonio.

Paolo asintió apretando los labios y Rebeca tuvo un mal

presentimiento, porque parecía que intentaba disimular que lo que le había dicho le había molestado. —¿Estás bien?

—Claro. Vamos, que nos esperan para comer.

El resto de la semana Rebeca vivió el noviazgo perfecto. Paolo se mostró mucho más atento con ella, pendiente de los detalles previos a la boda. Incluso se rumoreó en los periódicos, que ahora que casi la había perdido, no le quitaba ojo por si acaso se arrepentía de casarse con el italiano.

Ante la puerta de la iglesia con el ramo de rosas blancas en la mano, tomaba aire mientras su padre a su lado intentaba calmarla. —Estás preciosa y todo es perfecto. Disfruta de tu día.

Asintió mirando la organizadora y abrió las puertas justo cuando se inició la marcha nupcial. Las damas de honor, que habían entrado un minuto antes, estaban en la escalinata mostrando sus preciosos vestidos verde agua y frente a ellas al otro lado estaban los siete hombres que las acompañaban. Su prometido estaba en medio esperándola y Rebeca sonrió empezando a caminar por el pasillo lentamente.

Era una imagen digna de ver. Su vestido en corte princesa, tenía un corpiño ajustado con un tul entrecruzado en dos colores de blanco que formaban una V. Los tirantes apenas eran dos tiras de tul que se volvían a cruzar en su espalda y desde allí salían, haciendo una cola que llegaba al suelo como si fuera un velo. Su falda del mismo material, la hacía parecer una princesa, pero era vaporosa y etérea. Su cabello recogido en un trenzado

complicadísimo que había llevado horas, había quedado magnífico y estaba realmente preciosa.

Paolo sonrió cogiendo su mano, pero no la miró a los ojos

volviéndose hacia el sacerdote que les esperaba. La ceremonia fue preciosa y cuando llegó el momento de poner los anillos, él cogió el suyo de la bandeja de plata poniéndoselo en el dedo mientras decía que la amaría y la protegería en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte los separara. A Rebeca se le puso un nudo en el estómago porque cuando le llegó el turno, Paolo la miró a los ojos y no había ternura en ellos. De hecho, en ellos no había nada.

—Hija, coge el anillo.

Cogió su anillo y se lo puso en el dedo recitando la misma frase,

esperando que estuviera tan frío por los nervios. Cuando llegó el momento del beso, él la cogió por la cintura y le dio un beso de película que a Rebeca la dejó fría. Se había esperado un beso como el que le dio en la joyería, pero aquel beso era simplemente fachada.

Cuando salieron de la Iglesia y se subieron al coche, parecía estar bien.

—¿Te gusta el vestido? —preguntó riendo.

—Estás preciosa. Pero eso ya lo sabes.

—Sí, lo sé.

Paolo sonrió irónicamente y le cogió la mano. —Casi ya está.

—Ahora a divertirnos.

Él apretó sus dedos entre su mano para que le mirara. —Espero que esta vez te controles con la bebida.

Rebeca se sonrojó. —Sí, por supuesto.

Paolo asintió mirando al frente, pero había muchísimo tráfico a esas horas. Ella soltó su mano para abrir el mueble bar y sacó un paquete que su organizadora se había encargado de poner allí.

—Felicidades —dijo deseando que le gustara.

—¿Y esto?

—Es tu regalo de bodas. Ábrelo —dijo impaciente.

Como si no tuviera ninguna gana, rasgó el papel para ver un estuche cuadrado de piel roja. Paolo elevó una ceja levantando la tapa y mostrando un Cartier montado en platino de diseño exclusivo. No hizo un gesto y Rebeca tuvo que poner todo de su parte para no perder la sonrisa. —Si no te gusta, lo siento porque no puedes devolverlo.

—Sí me gusta, pero ya tengo este y estoy acostumbrado a él. ¿Por qué no se puede devolver?

—Está grabado —dijo mirando al frente.

Él miró el interior del reloj y vio que en la parte de atrás estaban sus iniciales entrelazadas encima de la marca. —Te estás aficionando a esto,

¿verdad? —dijo con sorna—. Como Rebeca. Espero que no encuentre esto en todo en la casa. ¿No habrás bordado un montón de toallas con nuestras iniciales?

—Pensaba que te gustaría. Pero no te preocupes. No he bordado ninguna toalla.

Él cerró la caja con un golpe seco y lo dejó a su lado como si fuera un reloj que hubiera comprado en un mercadillo cualquiera. Seguro que su recién estrenado marido estaba pensando que el dinero se lo había dado su padre, pero Rebeca había gastado todos los ahorros de su asignación para comprarlo. De hecho, hasta había vendido un bolso de marca que le había regalado su madre hacía años en su cumpleaños, para comprarlo ella misma. Y era un bolso que le encantaba. Estaba claro que no tenía que haberse molestado tanto.

—Yo no te he comprado nada.

—No esperaba nada. Lo he hecho porque me apetecía.

Su marido apretó los labios y le cogió la mano. —Siento no ser tan efusivo como tú. Intentemos pasarlo bien en la fiesta. ¿De acuerdo, cara? Al fin y al cabo, es nuestra boda.

Lo dijo como si no hubiera otro remedio.

—Sí. —Le miró sonriendo. —¿A dónde me llevas de luna de miel?

Paolo miró hacia la ventanilla. —Ya hemos llegado.

Rebeca entrecerró los ojos porque no le había contestado. No lo habían hablado, porque Mauricio le había dicho que Paolo se encargaría de la luna de miel. Y ya se lo había preguntado varias veces, pero siempre esquivaba la respuesta. La cogió de la mano y la sacó suavemente. Como no veía el escalón

con el voluminoso vestido, se echó a reír cogiéndose de su brazo para tantear con el pie antes de subir a la acera. —Si me caigo. ¿Me recogerás?

—Puede. Si estoy cerca lo intentaré —dijo como si nada saludando con un abrazo a Piero que acababa de llegar, pero esas palabras le indicaron a Rebeca que jamás debía esperar nada de él y se le rompió el corazón.

Se comportaron como todos los recién casados. Rieron con los discursos, se sacaron millones de fotos y bailaron después de cortar la tarta. Su

madre hablaba con todos orgullosa y su padre se emocionó cuando bailó con él. Podría ser la boda perfecta excepto por una cosa, su novio.

Cuando ella estaba bailando con Piero, que en esa semana se había soltado un poco con Rebeca, su padre subió al escenario y cogió el micro deteniendo la música.

—Estoy encantado de que todos mis amigos y los amigos de los Viotti estén esta noche aquí celebrando la unión de nuestros hijos. —Los invitados aplaudieron y él sonrió deteniéndose para mirar a su alrededor. —¿Dónde está Paolo?

Rebeca miró a su alrededor y rió cuando lo vio llegar hasta ella cogiéndola por la cintura. Miraron a su padre que continuó —Todos pensarían que esta boda me ha llevado a la ruina. Desde aquí quiero decir a mis accionistas que no se pongan a temblar todavía. —Miró a los novios con cariño mientras todos se reían. —Y quiero comunicar que desde hoy Paolo será mi mano derecha para continuar mi legado. Estoy seguro que llevará su tarea incluso mejor que yo.

Piero miró sorprendido a su hijo, que sonreía irónicamente como durante toda la celebración. Mientras su padre seguía hablando, su marido la abrazó por la cintura, pero en cuanto terminó, Piero le dijo algo al oído a su hijo alejándolo de ella hacia el exterior del salón. Rebeca haciendo que se iba a la suite, le hizo un gesto a su madre que se acercó a toda prisa.

—¿Necesitas ayuda?

—Ven. Necesito una coartada. —Su madre sin entender nada la siguió y cuando salieron del salón se escondieron tras una esquina para oír.

—Ahora lo entiendo todo.

—¿Creías que le haría eso a Helena sin razón? Me encomendaste la empresa y no solo la he mejorado. Este matrimonio será muy ventajoso para nosotros.

—¿Y Rebeca?

—Si crees que ella no sabe lo que ocurre, estás equivocado. Ella lo planeó todo.

A Rebeca se le cortó el aliento al escuchar el odio en su voz. —Me ha manipulado a mí y a manipulado a su padre para que amenazara la empresa que tú levantaste. He hecho lo que tenía que hacer. Protegernos y salir de esto con beneficios como me enseñaste.

—Me da la sensación que todo esto te va a estallar en la cara, porque Rebeca está enamorada de ti. ¿Qué ocurrirá cuando se dé cuenta de que tú no la quieres?

Paolo se echó a reír. —Ella ya ha conseguido lo que quería. Un marido rico que puede llevar la empresa que ha conseguido de papá. Es una arpía de primera, que de estar a punto de acabar en la calle, ha conseguido con su madre ser la futura heredera de una de las empresas más importantes de los Estados Unidos. Me necesitaba y me consiguió. Tú ves una joven atractiva y yo veo una zorra interesada que sólo piensa en ella misma.

Su madre cerró los ojos para no ver el dolor de su hija. —Me mantendré casado con ella para proteger a nuestro grupo, pero se aburrirá dentro de poco de mí y como la zorra de su madre tarde o temprano pedirá el divorcio. Su padre no podrá tomar represalias porque será ella la que se divorcie. Yo habré cumplido con mi parte y me casaré con Helena. —Rebeca tragó saliva intentando quitar el nudo que tenía en la garganta.

—¿Y cómo vas a conseguir eso?

—No te aburriré con los detalles. Simplemente lo haré.

Piero apretó los puños mirando a su hijo. —Puede que pienses que

Rebeca no te quiere, pero creo que estás equivocado y tú la deseas. Lo sé, a mí

no puedes engañarme. ¿Por qué no lo intentas?

—¿Con esa zorra manipuladora? Me da asco sólo pensar en pasar el resto de mi vida con una mujer así.

Su madre la cogió por los hombros llevándola hacia los ascensores. —

Ni se te ocurra llorar —susurró metiéndola en el ascensor.

Pálida se llevó una mano al vientre apoyándose en la pared. —Dios

mío, mamá. Me odia. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Pensaba que se estaba acostumbrando a mí.

—¡No podías esperar que un hombre como él, se dejara manipular por

nadie! ¡Espabila, hija! ¡Hace una semana estaba furioso! Ya me parecía a mí raro ese cambio de actitud de repente, cuando en semanas ni se ha dignado a

aparecer. ¡Es muy listo y temía que después de lo que había pasado con Perci,

le dejaras mal ante toda la ciudad! El novio abandonado a una semana de la boda. No podía tolerarlo. Lo hizo por orgullo —dijo su madre con rabia—.

¡Todos son iguales! ¡Te lo dije! —La cogió por el brazo llevándola hasta su suite y cerrando de un portazo.

—Dios mío, mamá. —Las lágrimas cayeron sin poder evitarlas y

Steffani la abrazó. —¿Y ahora qué hago?

—¿Qué haces? Hacerte la tonta. A ver hasta dónde llega. Cree que tú

manipulaste a tu padre y que le has convencido de que necesitas a Paolo. No hay nada que puedas hacer para hacerle cambiar de opinión a no ser que te conozca. —La cogió por los hombros. —Sabías que estaba enfadado hace una

semana y estabas dispuesta a intentarlo. Haber escuchado su opinión de ti, no debería hacerte cambiar de opinión.

—No me dará una oportunidad. Le has escuchado.

—Lo que no tienes que hacer, es darte por vencida. Mírate. ¡Te has

casado con él! Hace dos meses creías que eso sería imposible. Terminará amándote. Sólo tiene que pasar tiempo contigo y lo hará. Estoy convencida.

—¿Y si no lo consigo?

Su madre suspiró mirándola a los ojos. —Si no lo consigues sufrirás, pero al menos lo habrás intentado. No como yo, que me di por vencida. —Le acarició la mejilla limpiando sus lágrimas. —Estás casada con el hombre que amas. Date tiempo.

Capítulo 10

Cuando volvieron a la fiesta, tuvo que disimular y cuando Paolo llegó hasta ella, la cogió de la mano frunciendo el ceño. —¿Has llorado?

—Me he emocionado un poco con el discurso de papá.

Él chasqueó la lengua llevándola a la pista de baile, donde la cantante estaba interpretando una canción de Barbra Streisand. La cogió por la cintura y ella le miró a los ojos abrazando su cuello. —¿Te lo has pasado bien? —preguntó intentando que hablara con ella.

—No ha estado nada mal. Mi familia se ha divertido mucho.

—Sí, como si se creyeran que estás locamente enamorado de mí, ¿verdad?

—No esperarías que les contara la verdad. Para ellos ha sido un romance meteórico y quiero que sigan pensando eso.

—Por supuesto. De otra manera podrían pensar que te has vendido por tu empresa. —Él entrecerró los ojos. —Tranquilo, cariño. No se enterarán por mí. Eso te lo juro.

—Me lo imaginaba.

—Así que te agradecería que me correspondieras de la misma manera.

Este ha sido un trato que no tenía que haber salido de nuestro círculo, pero has decidido ser sincero con tu padre. Espero que no vuelva a pasar. —Él se tensó

y Rebeca sonrió acariciando su nuca. —Te he oído. No soy una zorra

manipuladora. Ya te darás cuenta que si aquí alguien ha sido manipulada, esa he sido yo. Pero mientras tanto, te pido respeto porque soy tu mujer. ¿Crees que podrás hacerlo?

Él la miró a los ojos aun enrojecidos por las lágrimas y apretó los labios. Rebeca sonrió radiante. —Sonríe, cariño. Estamos recién casados y nuestro matrimonio durará hasta que la muerte nos separe. ¿No has oído al sacerdote? ¿Tienes que escucharlo otra vez?

—Le escuché perfectamente, pero ya que lo has oído todo y nos hemos dejado de fingimientos, te habrás dado cuenta que no pienso colaborar a partir de ahora.

—Sí, me ha quedado claro. Y que te quede a ti esto, yo no me rindo fácilmente. —Le besó en los labios con pasión y él no tuvo más remedio que corresponderla. Los invitados vitorearon y cuando ella separó sus labios, la cogió en brazos. Ya era hora de irse. Como si estuviera locamente enamorada, abrazó su cuello mientras los invitados se despedían. Al salir, su madre la miró a los ojos asintiendo y ella le lanzó un beso.

En lugar de llevarla hacia la limusina, fue hasta los ascensores. —¿A dónde vamos?

—A esa suite que tu padre ha pagado —dijo con la voz ronca del deseo.

Puede que no la soportara, pero la deseaba y ella iba a aprovechar todo

lo que tenía en su mano para llegar hasta su corazón. Cuando salieron del ascensor, la dejó en el suelo ante la puerta de la suite y ella levantó el vestido mostrando la liga donde llevaba la tarjeta.

Su marido levantó la ceja antes de cogerla y pasarla por la ranura. La puerta se abrió y ella la empujó con el trasero cogiéndole de las solapas del smoking.

—Al parecer esta parte del matrimonio no te desagrada —dijo mirándole a los ojos tirando de él hacia la habitación.

—Es una ventaja que no pienso desaprovechar. —La cogió por la cintura sentándola sobre el tocador de estilo francés. A Rebeca se le cortó el aliento cuando levantó su falda dejando ver sus piernas cubiertas por las medias blancas hasta el muslo y cogiéndola por el interior de las rodillas, le abrió las piernas colocándose entre ellas antes de atrapar su boca saboreándola

con deseo. Ella gimió de la sorpresa cuando su mano acarició la piel de su muslo hasta llegar a su sexo y la acarició por encima de sus braguitas

haciéndola temblar de deseo. La cogió por las caderas levantándola de nuevo y Rebeca gritó en su boca cuando apretó sus glúteos antes de tumbarla

atravesada sobre la cama. Sin apartar sus bocas y besándose ansiosos,

intentaban tocarse. Él apartó su boca antes de mirar hacia abajo y se apartó para coger sus braguitas bajándoselas a toda prisa para sacárselas. Se quitó la

chaqueta del smoking mirándola mientras ella se giraba boca abajo y

susurraba —Desabróchame.

—Después.

Rebeca chilló sorprendida cuando la cogió por las caderas elevándola

y le acarició los glúteos. No se esperó sentir su sexo acariciando el suyo de arriba abajo y gimió arqueando el cuello hacia atrás por el placer que la recorrió de arriba abajo. —Ahora sí que serás mi esposa —dijo él con desprecio antes de entrar en ella de una sola estocada haciéndola gritar. Rebeca apretó los párpados con fuerza al igual que los puños por el dolor que la traspasó haciendo temblar todo su cuerpo. Pero él no pareció darse cuenta, porque salió de ella para volver a entrar con fuerza antes de jadear susurrando —Joder, estás tan estrecha que es una tortura.

Rebeca enterró la cara en la colcha intentando no llorar y soportando el dolor. Intentó relajarse recibiendo sus fuertes embestidas, cuando le escuchó gemir dando un último empujón con fuerza que a ella ya no le dolió tanto.

Él se apartó respirando agitadamente antes de entrar en el baño. —

Nena, ponte las bragas que nos vamos.

Totalmente decepcionada con su primera vez, se levantó temblorosa y vio las braguitas en el suelo. Se estaba agachando a recogerlas, cuando él salió del baño y recogió la chaqueta del smoking del suelo. Una gotita de sangre cayó al suelo sobre la alfombra sin que ella se diera cuenta y él se detuvo en

seco viéndola subirse las braguitas. —Cara, estás sangrando.

—¿Por dónde? ¿Por la nariz? —Fue hasta el espejo del tocador

levantando la barbilla y cuando se miró frunció el ceño. —No, no estoy sangrando.

—Rebeca, ¿eras virgen? —preguntó furioso tirando la chaqueta sobre la cama. Rebeca se sonrojó poniéndose nerviosa porque parecía fuera de sí. Al

darse cuenta que la había asustado la señaló el baño. —¡Lávate! —dijo como

si

le diera asco.

Los ojos de Rebeca se llenaron de lágrimas y corrió hacia el baño cerrando de un portazo.

Intentó calmarse, pero todo estaba saliendo tan mal que no pudo.

Afortunadamente en la suite había de todo para poder asearse y cuando terminó, tiró las braguitas a la basura. Salió del baño sin mirarle y fue hasta la maleta que había llevado su madre con cosas que pudiera necesitar.

Afortunadamente había ropa interior limpia y se la puso dándole la espalda.

—¿Estás lista? —preguntó tras ella sobresaltándola.

Rebeca forzó una sonrisa y se volvió asintiendo, porque no se sentía capaz de hablar. Habían sido mil emociones en pocas horas y necesitaba tiempo para asimilarlas.

—Vamos. El coche nos espera.

Sin mirarle fue hacia la puerta y la abrió para salir con él detrás. Ahora sí que no parecían una pareja de recién casados. Salieron del hotel en silencio y sentados en la limusina no se dirigieron una sola palabra. El brillo de las farolas hicieron que se fijara en sus anillos. Al agachar la mirada, vio el apellido Viotti en su anillo y una lágrima cayó sobre él. Parpadeó girando la cabeza hacia la carretera. No tenía ni idea de a dónde iban, igual que en su matrimonio.

No debería haberla sorprendido que la llevara a su casa. Cuando entraron en su piso de Park Avenue ella susurró —No hay luna de miel,

¿verdad?

—¿Acaso no has celebrado bastante este matrimonio? —preguntó cerrando de un portazo.

Ella caminó por el hall para entrar en el inmenso salón que tenía cuatro sofás en beige. Paolo entró tras ella y le dijo —Las habitaciones a la izquierda.

La cocina a la derecha. No entres en mi despacho cuando estoy trabajando y por favor no satures el vestidor.

Fue hacia la cocina dejándola sola y sintiendo que las piernas le

temblaban fue hacia la izquierda entrando en un pasillo muy ancho. Había varias puertas y abrió la primera. Una habitación de invitados. Ya no lo soportaba más, al menos por ese día, así que cerró la puerta suavemente y fue

hasta la cama tumbándose de lado, dando la espalda a la puerta. Una lágrima rodó por su nariz y se dijo que era estúpida por querer cuentos de hadas que no existían. ¡Su madre se lo había dicho mil veces!

Cuando una hora después la puerta se abrió suavemente, simuló estar

dormida. Él se quedó observándola varios segundos, pero al final cerró la puerta. Rebeca abrazó su almohada y susurró —Sólo tienes que descansar.

Mañana volverás a ser tú y podrás enfrentarte a esto.

A la mañana siguiente se despertó temprano. Debían ser las seis de la mañana y descalza salió con su vestido de novia abriendo las puertas hasta que

llegó a la del fondo que estaba entornada. Sus maletas estaban nada más abrir la puerta y vio que ni se habían molestado ni en colgar su ropa. Sacó una de

las maletas al pasillo sin hacer ruido. A través de un espejo podía ver a su marido

durmiendo en la cama y no quería despertarle.

Abrió la maleta en el pasillo y sacó su ropa para correr. Eso le vendría bien. Intentó quitarse el vestido llevando los brazos atrás, pero no podía desabrocharse todos los botones, así que fue hasta la cocina y de la isla central cogió un cuchillo del soporte. Llevándolo hacia atrás, rasgó la delicada tela de arriba abajo dejándolo caer al suelo. Dejó el cuchillo sobre la encimera pisando su precioso vestido al salir. Cuando regresó a la habitación donde había dormido, se quitó la ropa interior y se puso sus leggins y la camiseta de

deporte sin importarle no llevar sujetador. Se puso sus zapatillas y salió de allí queriendo respirar aire fresco.

Corriendo por Central Park como si la vida le fuera en ello, se

preguntó si merecía la pena amar a un hombre así. Pero recordó su beso en la joyería y se dijo a sí misma que por un beso así, merecía la pena intentarlo.

Puede que estuviera enamorada de un espejismo y que todo aquello fuera en vano, pero si volvía a besarla así otra vez, aunque sólo fuera una vez, merecería la pena. Pero no iba a dejar que la pisoteara. No sabía dónde había perdido el control de su vida, pero lo iba a recuperar.

Cuando volvió a casa el portero tuvo que llamar porque no la conocía.

Sudorosa y hecha un desastre, entró en el ascensor cuando su marido dio permiso para que subiera. Aquello era humillante.

Intentando que la tensión no volviera de nuevo, movió la cabeza de un

lado a otro, pero cuando vio a su marido en cuanto se abrieron las puertas con cara de querer pegarle cuatro gritos, se dio cuenta que no lo conseguiría. Dios,

estaba buenísimo sólo con el pantalón del pijama.

—¿Dónde has estado?

—Haciendo footing. ¿No se nota? —Pasó ante él para ir hacia la puerta.

—¡Al menos podrías haber avisado!

—¿Para qué? Si a ti te importa una mierda lo que haga. —Entró en la habitación donde había dormido el día anterior cerrando la puerta.

Su marido la abrió de malos modos. —¡Esta no es tu habitación!

—Como decías que no querías mi ropa en tu vestidor, creo que es mejor que la tenga aquí.

Él se acercó y la cogió por la nuca acercándola. —¡Eres mi mujer y dormirás en mi cama!

—¿Es parte de tu plan para que pida el divorcio? —preguntó divertida

—. ¿Qué más te da dónde duerma? Si quieres un polvo, espera que me bajo los pantalones.

Él palideció dando un paso atrás, pero la cogió por la muñeca y tiró de ella hacia la habitación principal. Rebeca se dejó llevar mirándole con desprecio y cuando la tiró sobre la cama le miró con ironía. —¿Prefieres que sea aquí? Vale. —Se quitó la camiseta mostrando su torso húmedo de sudor.

—
Me da igual.

Paolo dio un paso hacia ella mirando sus pezones endurecidos antes de mirarla a los ojos. —Soy una zorra manipuladora, pero te la pongo dura, ¿verdad? —dijo sin poder evitarlo por la rabia que la recorría. Retándolo con la mirada, alargó la mano y le acarició entre las piernas y él se acercó a ella cogiéndola por el cabello para elevar su cara antes de besarla como si estuviera desesperado por sentirla. Ella acarició su torso mientras que la mano libre de Paolo agarraba su pecho acunándolo con pasión. Rebeca gimió en su boca dejando que la tumbara y sintió un placer exquisito cuando sus pechos se rozaron con su torso. Paolo apartó su boca para besar su cuello y ella arqueó la espalda guiándose por su instinto. Aquello era lo más maravilloso que había sentido jamás y cuando sus labios atraparon su pezón, gritó de placer. Las manos de Paolo bajaron sus mallas y besándola en el vientre, tiró de ellas con fuerza al final, dejándola expuesta ante él. Acarició sus muslos y la besó entre las piernas. Fue como si un rayo la traspasara e intentó apartarse, pero él la sujetó por las caderas con fuerza, torturándola de placer hasta que Paolo chupó

su clítoris, provocando en ella un orgasmo increíble que alargó sin dejar de acariciarla.

Cuando se tumbó sobre ella, Rebeca aun atontada de placer le acarició los hombros y él la besó en el lóbulo de la oreja antes de entrar suavemente en su interior. Fue tan maravilloso que clavó sus uñas en él necesitando más.

—Eso es, nena. Disfruta. —Siguió moviéndose suavemente en su interior. La tensión la estaba volviendo loca y él se apoyó en las palmas de las

manos, entrando en ella profundamente. Rebeca lloriqueó y Paolo entró con más fuerza en ella, perdiendo el control hasta que el placer los traspasó a ambos.

Paolo se dejó caer a su lado y cuando ella se recuperó le miró de reojo.

—Me voy a jugar al tenis. ¿Vienes?

Él la miró sorprendido. —¡Si acabas de venir de correr!

—¿Tienes un plan mejor?

La miró con deseo y Rebeca se echó a reír antes de que la besara de nuevo.

Se pasaron el domingo en la cama y aunque él no habló mucho, Rebeca se sentía feliz porque le daba la sensación de que habían superado un escollo.

Habría más problemas, pero también los superarían. Ahora estaba segura.

El lunes estaba desayunando en bata, cuando él entró en la cocina ya vestido con traje. Rebeca con las piernas cruzadas sobre la silla de enfrente mientras leía el periódico, se metió la tostada en la boca.

—Señor, ¿quiere el desayuno? —preguntó su asistente que acababa de llegar y que aún no se había puesto su uniforme—. La señora ya está desayunando.

—¿La señora no me ha hecho el desayuno a mí?

—Cariño, si te empeñas te doy una tostada —comentó distraída leyendo un artículo muy interesante.

—Esperaré los huevos con beicon. —Él fue a sentarse y levantó una ceja para que quitara los pies.

Suspirando los bajó para volver a subirlos cuando él se sentó a su lado.

Paolo tiró de la hoja del periódico. —Paolo, te has levantado muy pesado.

La sirvienta soltó una risita. —Cara, leo el periódico en el desayuno.

Tú tienes todo el día.

—¡No tengo todo el día! Está bien. Te doy... esto. —Le tendió la mitad.

—¿Hoy no vas a correr?

—Voy al gimnasio —Exasperada levantó la vista. —¿Quieres hablar?

—No. Era curiosidad.

—Tengo un preparador físico tres veces por semana.

Él bajó su periódico frunciendo el ceño. —¿Qué has dicho?

—Pues eso. —Maliciosa continuó —Peter tiene un cuerpo... Uff.

—¿Uff? ¡Mejor sales a correr! ¡Sale más barato!

—No sé de qué te preocupas. Hasta ahora no me ha tocado un pelo,

¿no?

Él gruñó moviendo el periódico de mala manera, para enderezarlo

justo cuando Teresa les ponía el plato delante a los dos.

—Mmm. Tiene una pinta estupenda. —Bajó las piernas del regazo de su marido e impaciente cogió el tenedor.

—La señora tiene buen apetito. Me gusta.

—Gracias —respondió después de tragar.

En ese momento sonó su móvil y lo cogió de la mesa para mirar quien

le mandaba un mensaje pues todo el mundo debía pensar que estaba de luna de

miel. Era un número que no conocía, pero igual era algo relacionado con los proveedores de la boda, así que lo abrió. Dejó de masticar al leer “Putá, esto lo vas a pagar”

—¿Quién es?

—Oh, nada —contestó dejando el teléfono sobre la mesa después de borrarlo—. Del banco. Tengo la cuenta temblando.

Su marido puso los ojos en blanco y continuó comiendo, pero ella se dio cuenta que su comentario le había molestado. Pues que se fuera acostumbrando. No podía vivir del aire. Al ver su reloj le preguntó —Cariño, ¿dónde está el Cartier?

La miró como si no supiera de que estaba hablando y frunció el ceño.

—¿Cómo que dónde está el Cartier? En la limusina.

Se llevó la mano al pecho levantándose de la silla. —¿Has dejado un reloj carísimo en la limusina? ¡Ese coche se iba después de llevarnos al hotel! ¿O no te diste cuenta que el que nos trajo hasta aquí era tu chofer? —Asustada porque el reloj no estaba asegurado, cogió el móvil para llamar a la organizadora de la boda.

—Tranquila, cara. Aparecerá.

—¡Me he gastado todos mis ahorros en ese reloj! —gritó furiosa tirando el móvil sobre la mesa—. ¡Pero veo que te da igual! ¡Encuétralo tú si lo quieres, aunque seguro que lo apreciará más el chófer!

Teresa apretó los labios viéndola salir y Paolo tiró el tenedor sobre el plato antes de gritar —¡Seguro que sí!

—¡Por cierto, quiero mi asignación!

—¡Estoy seguro de ello!

Y así se pasaban todos los días. Discutiendo por el día y haciendo el amor apasionadamente de noche. Por supuesto el reloj no apareció, para disgusto de Rebeca. Ante todos aparentaban tener un matrimonio normal, pero

siempre había algo que la hacía estallar a ella por un desprecio de su querido marido. Había llegado a un punto que ya no se cortaba. En privado le soltaba cuatro gritos y si estaban en público esperaba a llegar a casa.

Tres semanas después estaba en la salita viendo una película, cuando le escuchó llegar a casa. Por supuesto no fue a saludarla, eso sería demostrar que estaba interesado en si estaba bien y no lo hacía nunca.

Con el pie en alto sobre la mesa de centro, cogió una patata frita de la bolsa y para su sorpresa su marido apareció con unos papeles en la mano.

Miró su tobillo vendado y sonrió irónico. —¿Te lo has hecho corriendo?

—Algo así. ¿Cómo estás en casa tan pronto?

—Tenemos una cena en Boston. El avión llega en dos horas.

—No puedo ir. Tengo un esguince. —Se metió un montón de patatas en la boca y él la fulminó con la mirada.

—Claro que irás. ¡Ponte zapato bajo o lo que quieras, pero este negocio

es de tu empresa, no de la mía! ¡Mueve el culo de ahí!

Retándole con la mirada se metió un puñado de patatas en la boca y él se acercó arrebatándole la bolsa de la mano. —¡Levántate!

—Tengo un esguince.

Él miró su pie. —¡Si ni siquiera está hinchado! ¿Cómo te lo has hecho?

Se encogió de hombros. —Una loca que casi me atropella al venir

hacia casa desde el parque. No puedo apoyar el talón. —Alargó los dedos y cogió la bolsa de patatas. —Gracias por tu comprensión y preocupación, cariño —dijo con sorna.

—Esto era lo que me faltaba —dijo saliendo de la salita de mal humor.

En ese momento le llegó otro mensaje y ella miró hacia la puerta antes de coger el teléfono de la mesa y leerlo. “Te has librado, zorra. Pero la próxima vez no tendrás esa suerte”

—¿Qué lees?

Se sobresaltó al oír la voz de su marido y levantó la vista. —Nada. Un mensaje de mi esteticista.

—¿Y cuál es del drama? ¿No puede depilarte las cejas?

—Las ingles. —Tiró el móvil a su lado. —¿Querías algo?

—Ya que no puedes venir, aprovecharé y me quedaré un par de días para arreglar unos temas. —Él frunció el ceño. —¿Seguro que estás bien?

—¿Te importa? Me pierdo la película.

—Perdone, milady. —Salió de la habitación furioso. —¡Adiós!

Ella apretó los labios y susurró —Adiós.

Se preguntaba por qué no le había dicho nada a su marido, pero si era sincera consigo misma, pensaba que él tenía algo que ver en el asunto. Al principio había pensado que había sido Perci, pero no se lo podía creer. Le conocía demasiado bien para pensar que él pudiera ser tan cruel como para enviarle esos mensajes tan hirientes. Era cierto que estaba dolido, pero también era cierto que la quería y que nunca le haría daño a propósito. Igual debería haberse casado con él. Le daba la sensación que al menos la haría reír. Como

poco le demostraría continuamente que la quería, que era algo que en su matrimonio brillaba por su ausencia. No, Perci no era quien le mandaba esos mensajes.

Seguro que era su marido para que huyera de su matrimonio. Estaba intentando intimidarla. Porque eso era en lo único que no dudaba. Los mensajes estaban relacionados con su matrimonio. Había que tener en cuenta que había empezado a recibir los mensajes después de casarse y Rebeca no tenía dudas al respecto. No tenía enemigos. Bueno, quizás sus hermanos, pero dudaba que hicieran algo así. No se lo había contado a nadie, porque sus padres se preocuparían. Y su marido, si no era el responsable, no la creería. Si ni siquiera creía que tenía un esguince.

Se le cortó el aliento mirándose el pie y cogió el móvil de nuevo para leer el mensaje. ¡Habían intentado matarla! ¡Eso significaba el mensaje! Recordó cómo había sido. Estaba esperando para cruzar y cuando el semáforo detuvo a los coches, cruzó el semáforo corriendo para no reducir el ritmo y en ese momento un coche se saltó el semáforo casi llevándosela por

delante. Le pareció ver a una mujer morena al volante, pero no estaba segura.

Varias personas la ayudaron a levantarse y se dio cuenta que se había lesionado

el pie al no poder posar el talón.

Quien le había enviado el mensaje o había visto lo ocurrido o lo había provocado. Ahora sólo tenía que descubrir quién era.

Se levantó a toda prisa esperando que Paolo aun estuviera duchándose y

cojeando, haciéndose un daño horrible, llegó a la habitación. Al escuchar el ruido de la ducha, buscó su móvil y lo vio sobre el aparador. Lo cogió pasando el dedo para desbloquearlo y miró en sus mensajes. No enviaba

mensajes. Entonces abrió su WhatsApp y se le cortó el aliento al ver que tenía uno sin leer de Helena. ¡Esa zorra seguía enviándole mensajes!

Lo abrió sin cortarse y vio que el último ponía “Ti amo”.

¡No necesitaba saber italiano para entender lo que decía! Intentó leer los demás, pero no entendió ni papa. Las clases de italiano se hicieron prioritarias.

Escuchó como se cerraba el grifo y cerró la aplicación dejando el móvil en su sitio, antes de salir de la habitación. Pero cuando estaba en el pasillo, se detuvo en seco. ¿Y si era su ex la que le estaba tocando las narices?

Volvió justo cuando Paolo salía del baño con una toalla en las caderas.

—¿Has cambiado de opinión?

—¿Cómo es Helena?

Él se detuvo volviéndose lentamente. —¿Perdón?

—¿Cómo es? No me refiero a su carácter, aunque también es importante en este caso, sino físicamente. ¿Es rubia o morena?

—No voy a hablar de ella contigo.

Al ver que la ignoraba, Rebeca apretó los labios antes de decir sin pensar —Han intentado matarme.

Paolo la miró como si estuviera loca. —Si esto es para que no vaya a Boston...

—Me han enviado mensajes al móvil y lo de esta mañana ha sido intencionado, Paolo.

La miró a los ojos. —Enséñame los mensajes.

—Sólo puedo enseñarte el de hoy porque... —Vio que entraba en el vestido ignorándola. —¡No estoy mintiendo!

—Mira, si esto es una de tus tretas para intentar que mi instinto protector salga a la luz, descubriendo de repente que estoy locamente enamorado de ti, vete olvidándote porque eso no pasará —dijo cogiendo una camisa sin mirarla siquiera—. No pasará nunca.

Ella también empezaba a pensar lo mismo y se alejó del vestidor porque bastante tenía, como para que él le hundiera la moral. Ni se despidió al irse media hora después.

Bueno, había que ser estúpida para decirle algo así, cuando se

mensajeaba con su ex aún. Estaba claro que esa mujer siempre estaría entre ellos. O mejor dicho era ella la que estaba entre Paolo y Helena.

Capítulo 11

Se pasó una semana deprimida casi sin salir de casa, sin recibir una sola llamada de su marido. Únicamente fue el sábado a comer a casa de sus padres y lo hizo porque su madre amenazó con ir a comer a la suya.

Estaba leyendo un libro sentada en el sofá cuando se abrió la puerta y su marido entró dejando la maleta al lado de la puerta.

—Hola, ¿qué tal el viaje?

—¡Vamos a dejar algo claro de una vez! —dijo aún enfadado—. Te aconsejo que dejes a Helena al margen de nuestra relación porque sino esto va a ser un infierno, ¿me has entendido?

Rebeca tragó saliva viendo en sus ojos cómo la defendía ante la bruja de su mujer, que se había atrevido a mancillar su nombre.

—¡Bastante ha sufrido ya por tu culpa, como para que encima intentes perjudicarla! ¡Jamás vuelvas a hablar de ella! ¡Jamás!

Asintió mirando sus ojos y sintiéndose mil veces peor que cinco minutos antes, se levantó del sofá suspirando. —Me voy a la cama.

—¡Oh, por Dios! Me revuelve las tripas que ahora te hagas la víctima.

La rabia la recorrió. —Si era tan perfecta, ¿por qué te casarse conmigo? ¡Deberías haber luchado por ella!

—¡Sabes que no me disteis opción! ¡No te hagas la inocente!

—La inocente. ¡Tienes razón, no era inocente! ¡Supe en aquel restaurante que no eras mío! —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¡Querías acostarte conmigo, pero era una zorra que sólo quería conseguir un marido rico! ¡Pero las cosas cambiaron! ¡Mi padre me dio la oportunidad de tenerlo todo y no la rechacé! ¿Acaso yo no tengo el derecho de tenerlo todo?

Paolo palideció. —Cara...

Horrorizada dio un paso atrás. —¡Ni se te ocurra sentir pena por mí! —

gritó desgarrada antes de salir corriendo hacia la habitación donde había dormido la primera noche y encerrarse en ella.

Su marido no la molestó en toda la noche, lo que la deprimió aún más

porque le importaba tan poco que ni quería consolarla. Se pasó media noche llorando y media noche pensando en qué hacer y cuando Paolo se fue a trabajar a la mañana siguiente, escuchó como le decía a Teresa que no la molestara porque necesitaba descansar. Sentada en la cama, se dijo que si no la

quería que se aguantara. Él había aceptado el trato y continuaría casado con ella hasta que Rebeca quisiera. Que se atuviera a las consecuencias como estaba haciendo ella.

Aunque estaba agotada, fue hasta el gimnasio para despejarse un poco.

Al salir un par de horas después se sentía mucho mejor, porque durante ese tiempo no había pensado en sus problemas. Entonces vio el coche en la acera de enfrente. Era un BMW gris, pero lo que le llamó la atención fue la mujer morena que estaba dentro y cómo la miraba. Como si la odiara.

Rebeca se giró para caminar por la acera y cuando llegó a la esquina, miró disimuladamente, suspirando de alivio cuando vio que no la seguía. El

coche continuaba frente al gimnasio.

—Te estás volviendo loca —dijo para sí volviéndose para caminar hacia casa.

Esa noche tenían una gala benéfica y cuando Paolo llegó a casa, se la encontró maquillándose en ropa interior ante el espejo del baño.

—Te he llamado esta tarde —dijo él observándola.

—¿De verdad? No lo he oído —respondió indiferente cogiendo el perfilador de labios y pasándoselo por el labio superior. Le miró a través del espejo—. ¿Era importante?

—¿Estás bien?

Ella no contestó cogiendo la barra de labios y pasándosela por los labios dos veces. Cuando terminó, se volvió para salir del baño. —Claro, soy más dura de lo que parezco.

Cogió el vestido de noche negro que llevaría para la gala y sin mirarle metió las piernas en él ajustándoselo al pecho. Paolo se acercó subiéndole la cremallera de la espalda. —Sobre lo de ayer...

—Déjalo, ¿quieres? —preguntó con desprecio alejándose—. No hace falta que simules que te importan mis sentimientos. Tienes media hora para prepararte. —Cogió su bolso de noche y empezó a meter sus cosas. Entró en el baño y cogió la barra de labios. —Por cierto, he decidido que me voy a ir quince días a los Hamptons. Me largo mañana. Supongo que no tendrás nada que decir y que será un alivio perderme de vista. —Paolo apretó los labios.

—

Pero no esperes una separación, porque eso no va a pasar. —Sonrió falsamente mirándole a los ojos. —Tú aceptaste esto y tendrás que aguantarte como yo. Puedo soportar un marido como tú. Mi madre me ha entrenado bien. —Eso siempre lo he tenido claro.

—Perfecto.

Cogió el perfume y se lo echó en el cuello mirándose al espejo del tocador. Paolo vio sus anillos de compromiso y de casada sobre el mueble. —¿No te pones los anillos?

—Eso ya está un poco pasado de moda, ¿no crees? No tengo por qué llevarlos siempre. Te lo puedes quitar también. No me importa.

—Entiendo.

Le miró divertida. —No, Paolo... no entiendes una mierda. Por eso hemos llegado hasta aquí.

Molesta salió de la habitación cogiendo el bolso y decidió esperar en la terraza. Necesitaba esos días fuera de su órbita para relajarse y continuar adelante. Lo conseguiría. Se moría de vergüenza por lo que había pasado la noche interior, mostrando lo dolida que estaba. Eso no volvería a pasar.

Fueron a la fiesta sin hablarse y cuando intentó tocarla al salir de la limusina, ella se las apañó para que no la rozara siquiera. Después de dos minutos a su lado, se las arregló para alejarse de él, charlando con desconocidos. Cuando vio a Perci al fondo de la fiesta observándola mientras

bebía una copa de champán, ella sonrió. Perci desvió la mirada como si estuviera avergonzado de su comportamiento. Rebeca no podía dejar que

pensara que había hecho algo mal. Sorteando a los presentes se acercó a él. Su amigo se enderezó separándose de la pared donde estaba apoyado. —¿No me saludas?

—Después del numerito en casa de tus padres, no sé ni cómo me hablas.

Casi me cargo tu matrimonio.

Ella sonrió dando un paso hacia él. —Lo que dijiste fue precioso y si alguien tiene que estar avergonzada soy yo por no haber aprendido a quererte como tú a mí.

A Perci se le cortó el aliento. —Rebeca...

—No pasará nunca y lo sabes. ¿Por qué insististe?

—Estaba enfadado con él. No te merece. —Rebeca se echó a reír y cogió su copa de champán bebiéndosela de golpe. —Cuidado cielo, tu marido no ha puesto buena cara al vernos juntos.

—Pues es una pena. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla para susurrar a su oído —No me dejes. Tienes que seguir siendo mi amigo.

Siempre has sido un pesado y ahora te echo de menos.

Perci la miró sorprendido. —¿Qué ocurre? ¿Tienes problemas con el italiano?

Negó con la cabeza desviando la mirada. —¡Si tengo el marido perfecto para mí! No digas locuras. —Cogió otra copa de champán y le dio un sorbito. —Perci, ¿puedes guardar un secreto?

—Claro que sí.

Le miró sus ojos negros antes de susurrar —Si algún día me pasara algo, júrame que investigarán a Helena. Recuerda ese nombre.

Perci la cogió por el brazo cuando se volvía. —¿De qué diablos hablas?

—¿Rebeca?

Se volvió sonriendo radiante. —Si está aquí mi marido. —Se echó a reír mirando a Perci. —Es que no puede vivir sin mí.

Su amigo les observaba confundido y Rebeca le guiñó un ojo

alejándose. Paolo y ella no se hablaron en toda la noche, pero él no dejaba de observarla. Seguramente por si bebía de más y se le iba la lengua. Cuando él se

acercó y le dijo que se iban a casa, puso morritos antes de decir —¿Tan pronto?

—Rebeca, nos vamos —dijo muy tenso.

Chasqueando la lengua se volvió despidiéndose de sus conocidos.

Salieron en silencio y en la limusina se mantuvieron igual hasta que él estalló

—¡Me prometiste que no hablarías nunca más con ese tipo!

—Se prometen tantas cosas... Qué absurdo, ¿verdad? —Al ver que

habían llegado, salió del coche y sin esperarle fue hasta el portal, donde el portero de noche le abrió la puerta dándole las buenas noches llevándose la mano a la gorra.

Su marido entró en el ascensor después que ella y pulsó el botón del ático de malas maneras. —¡Las promesas son para cumplirlas!

Ella se echó a reír. —¿Como cuando tú prometiste todo eso ante el cura? No me hagas reír.

—Al parecer quieres discutir.

—Pues no tengo un interés especial en eso, la verdad. Me agotas.

—Ahora te agoto. Al parecer soy un marido horrible.

Ella le miró con desprecio saliendo del ascensor. —Pues sí. Ahora que lo dices...

Paolo sacó las llaves y abrió la puerta dejándola pasar y Rebeca para provocarle dejó el bolso en la mesa del hall antes de entrar en el salón y dirigirse al mueble bar donde se sirvió un whisky. Se dio la vuelta con el vaso de cristal tallado en la mano y Paolo se tensó. —¿Ahora te llevo a la bebida?

—Puede ser. Nunca me había emborrachado hasta conocerte. —Se echó a reír. —En realidad no había hecho muchas cosas hasta que te conocí, ¿verdad?

Caminó ante el enorme ventanal quedando a unos metros de él. —No me había comprometido, ni casado, nunca me habían rechazado, nunca me había emborrachado, nunca me habían hecho el amor...

—Estás borracha.

—Y nunca me habían acusado de eso tampoco. Ni de ser una zorra

avariciosa. —Suspiró exageradamente. —Han sido unos meses muy intensos.

—¡Te aconsejo que te vayas a la cama!

—Claro que sí. En cuanto me tome esto, me iré a la cama.

—¡Déjalo ya, Rebeca!

Los ojos de Rebeca brillaron de furia. —¿Quieres que lo deje? ¿El qué?

¡Dilo! ¡Al menos sé sincero y di que quieres estar con ella! —gritó fuera de sí

antes de que el ventanal estallara y sorprendida mirara a Paolo a los ojos, antes de que el vaso cayera de su mano estrellándose en el suelo y la herida que tenía en su pecho empezara a sangrar con fuerza.

Paolo palideció corriendo hacia ella, pero Rebeca cayó de rodillas. —

Nena... —La cogió por la cintura antes de que cayera al suelo. —Te pondrás bien —dijo desesperado sacando el móvil de la chaqueta.

Rebeca sonrió y susurró sintiendo que se ahogaba —Ella tampoco

vivió mucho. —Su marido gritaba al teléfono y ella cerró los ojos susurrando

—Como Rebeca. Pero al menos a ella la amaban. Todos la amaban, excepto su

marido. —Tosió y la sangre salió de su boca. Le costaba respirar y abrió los

ojos. Sonrió sintiendo que le abandonaban las fuerzas.

Paolo la cogió en brazos llevándola hacia la puerta. —Resiste,

preciosa. Ya llegan.

—Ahora ya puedes casarte con ella. —Le miró a los ojos y una lágrima

cayó por su sien. Al intentar respirar, notó que le faltaba el aire y tosió

salpicándole de sangre. Su respiración silbó un par de veces y Rebeca agarró su camisa desesperada porque el aire llegara.

—¡Respira! —gritó Paolo abrazándola a él—. ¡Respira, Rebeca! —

Cuando la apartó, su cabeza cayó hacia atrás y la miró atónito. —¡Rebeca!

Rebeca creía que cuando alguien se moría, se llegaba a un sitio maravilloso donde todo era paz y nada te afectaba. Pero ella sufría y no sólo por el dolor de su cuerpo, sino porque una y otra vez veía a Paolo en algún momento de los que habían compartido desde que se habían casado. Y muy pocos de esos momentos eran buenos.

Se movió inquieta intentando pensar en otra cosa y afortunadamente su mente le dio un respiro. Igual sí se había muerto después de todo.

Un dolor horrible en el pecho hizo que abriera los ojos y cuando varias personas se acercaron a ella se dio cuenta que no podía hablar. Gritaban a su alrededor y la angustia la recorrió. Aterrorizada vio a su madre llorando, pero alguien de blanco se puso delante.

Un hombre la miró a los ojos y pudo entender que se pondría bien.

Esas palabras fueron un alivio, porque increíblemente le creyó.

Fue la voz de ese hombre la que hizo que se despertara y forzó a sus párpados a abrirse. El hombre que debía tener la edad de su padre sonrió. Para ser Dios era muy joven. Aunque igual no era Dios y estaba confundida. Intentó sonreír. Había que llevarse bien con el jefe.

El hombre tocó su boca y sintió que le sacaban algo de ella. Qué paraíso más raro. Se sentía como pesada, como drogada. ¿A ver si no se había muerto y solo estaba pensando tonterías?

—¿Cómo te encuentras? Dime tu nombre.

—No... —Tosió porque sentía la garganta como la lija. Cuando se repuso preguntó —¿No sabe cómo me llamo?

—Sí, sé cómo te llamas, pero quiero que me lo digas tú.

—Ah. Rebeca.

—Rebeca, ¿qué más?

—Rebeca Roger.

—¿Estás segura?

—Oh, ¿Me tienen apuntada con el apellido de casada? Es Viotti.

El hombre se cruzó de brazos. —¿Dónde estás?

Ella miró a su alrededor. Todo era tan blanco. —¿En el cielo?

—Estás en el Monte Sinaí, Rebeca —dijo reprimiendo la risa.

Rebeca miró a su alrededor antes de mirar sus ojos. —¿Esto le pasa mucho?

—Alguna que otra vez.

—¿Y mi madre?

—Están todos fuera. Pero quería ahorrarles más sufrimiento. Han sido

unos días algo duros para ella y tu padre.

No le pasó desapercibido que no había mencionado a Paolo. —¿Puedo verles?

—Antes va a pasar la policía.

—¿La policía?

—Quieren hacerte unas preguntas.

Una enfermera entró en la habitación con una bolsa en la mano. Se

acercó a ella por el otro lado de la cama, colocándole algo en el gotero. Al ver que Rebeca se despistaba, el hombre la tocó en el brazo. —¿Crees que estás lo

bastante lucida? No quiero quitarte más sedación para que no te duela el pecho.

—Estoy bien.

Él se acercó a la puerta y la abrió haciendo un gesto con la mano. Una mujer con un traje marrón de pantalón con una camisa blanca, sonrió acercándose con un block en la mano. —¿Señora Viotti? Soy la teniente White.

¿Le puedo hacer unas preguntas?

—Sí.

—Cuando se comprometió con su marido, ¿sabía que estaba comprometido con otra mujer?

—Sí. Helena. No sé su apellido.

—No se preocupe por eso. ¿Recibió amenazas al móvil?

—Sí.

—¿Cuántas?

—No lo sé. Unas cincuenta.

—¿Advirtió a su marido de ello?

Miró de reojo al doctor, que la observaba como un halcón. —Sí. Le dije que había recibido amenazas y que habían intentado matarme.

—¿Qué hizo él?

—Nada. No me creyó.

—¿Por qué?

—Me intentaron atropellar y creí ver a una mujer tras el volante. Así que pensé en Helena y se lo conté. ¿A qué viene esto?

—¿Cómo se lleva con su marido? Se acaban de casar, ¿no es cierto?

Aquello le daba muy mala espina y tuvo un mal presentimiento. —¿A qué viene esa pregunta? ¿Dónde está Paolo?

—Su marido está detenido, al igual que Helena Porto y el hombre al que contrataron para dispararla cuando llegara a casa y que su marido tuviera coartada.

—¿Pero qué dice?

—Hemos encontrado varios mensajes entre su marido y su ex prometida en los que se puede ver una relación demasiado estrecha para haber

roto hace unos meses.

—Teniente... —dijo el doctor al ver que Rebeca había palidecido—.

Debe irse.

—Una pregunta más. Si usted muere, ¿quién se beneficia de ello?

Rebeca parpadeó. —Nadie.

—El veinte por ciento de su empresa está a su nombre.

—¡Pero volvería a manos de mi padre en caso de fallecimiento! ¡Paolo no se beneficiaría!

La puerta se abrió y su padre entró en la sala fulminando con la mirada a la policía. —¡Salga de aquí!

—Papá, ¿qué ocurre?

—¡Que esa zorra ha implicado a Paolo y ahora esta trepa quiere encerrarlo!

—¿Ella le ha implicado? —Asombrada vio cómo su madre entraba en la habitación y se echaba a llorar al verla despierta.

—¡Fuera de aquí todos! —ordenó el doctor.

—Yo sólo hago mi trabajo. Y usted debería estar agradecido de que alguien cuide de los intereses de su hija. —Sonrió asqueada. —Aunque como sabemos, a usted sus intereses le han dado igual hasta hace bien poco, ¿no es cierto?

—Largo de aquí —respondió su padre muy tenso.

—¿Qué quiere decir? —preguntó ella perdiendo los nervios.

La policía la miró. —¿No se ha preguntado por qué su padre apareció de repente después de siete años sin saber de él? —Pálida miró a Michael que apretó los puños. —El timo del siglo, eso es lo que quería. Aparentó que todo seguía igual cuando su empresa debe millones. ¿Qué hacer? Pues cuando

recibió la llamada de su madre diciendo que salía con Viotti, él acudió corriendo siguiendo el olor del dinero. Tenía que hacer algo para salvar su empresa y le tendió el cebo amenazando a su marido para que cediera a sus exigencias. Era la única baza que le quedaba. Su marido se dio cuenta de la situación de inmediato en cuanto se hizo cargo de los negocios e intentó librarse de todo. Librarse de usted, de la empresa pues las acciones volverían a su padre y así podría regresar con su Helena, que es una pieza de cuidado.

—Mi padre venía a verme antes de enterarse de lo de Paolo. Lo recuerdo muy bien. Me invito a cenar primero.

—Por supuesto. Porque tenía una cita aquí con sus abogados para liquidar parte de la empresa. Pero tuvo que suspenderlo porque sino todo saldría a la luz. Decidió esperar unos meses. Esas fueron sus palabras al consejo de accionistas.

Atónita miró a su padre. —Por eso querías que la boda se celebrara tan pronto.

—Hija, no lo entiendes.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Nunca me has querido. Todo lo has hecho por la maldita empresa. Me hiciste creer que la empresa sería mía para

que picara, ¿no es cierto?

Angustiado intentó acercarse, pero el médico se interpuso. Desgarrada de dolor miró a su madre. —Tú lo sabías.

Steffani se cubrió la cara con las manos llorando con fuerza y Rebeca cerró los ojos horrorizada por lo que eso implicaba. —No quiero veros más.

A ninguno.

—¡Hija! —gritó angustiada su madre.

—¡Fuera o llamo a seguridad! —dijo el médico antes de ordenarle algo a la enfermera, que sacó una jeringuilla de la bata acercándose a su gotero.

Sus padres salieron de la habitación y cuando iba a salir la teniente le dijo —Espere. —La mujer la miró. —Por favor, cierre la puerta.

—¡Señora Viotti, ya está bien! —protestó el médico.

—Quiero enterarme bien de todo. —La policía se acercó. —¿Está

segura que mi marido está implicado? —A nadie le pasó desapercibido la angustia de su voz y el doctor cogió la jeringuilla de la mano de la enfermera y se acercó al gotero.

—Lo siento, pero su actitud en toda esta historia es realmente

sospechosa. Según las declaraciones de todos los implicados, él no quería casarse antes de la propuesta. ¿No es cierto?

—Sí —dijo rota de dolor.

—Sé por su secretaria que él tuvo conocimiento del estado de las

empresas Roger dos días después de casarse. ¿A usted no le comentó nada?

Negó con la cabeza. —Eso es bueno, ¿no cree? Debería habérmelo echado en cara.

—¿El primer mensaje lo recibió ese día?

La miró sorprendida. —Sí, pero estábamos desayunando. Él todavía no había ido al trabajo...

La mujer entrecerró los ojos. —¿Está segura? Hemos sacado el resumen de sus mensajes de móvil y creo que el mensaje fue hecho por la mañana, pero no recuerdo ahora exactamente la hora.

—Estoy segura. Estábamos desayunando. Fue el primer día que conocí a Teresa, la asistente, y le dije a Paolo que era un mensaje del banco. Ella lo recordará porque discutimos por el Cartier que le regalé.

—¿Por qué discutió por el Cartier? —preguntó ella apuntando en la libreta.

—Fue mi regalo de bodas. Se lo dejó en la limusina que nos llevaba desde la Iglesia hasta el hotel. Me enfadé porque yo me había gastado todo el dinero que tenía ahorrado para comprarle ese regalo. —Ni se dio cuenta que lloraba. —Es exclusivo y va grabado con nuestras iniciales.

—¿Y se lo dejó olvidado?

Ella apartó la mirada. —No le importaba nada lo que yo le regalara. No lo apreció en absoluto. Lo tiró a un lado del asiento como si no fuera nada

para él.

La mujer la miró con pena y cuando Rebeca volvió a mirarla preguntó

—¿Cree que eso puede ayudarlo?

—Lo investigaré, pero desde ya le digo que lo tiene difícil. —Miró de reojo al doctor. —Hace unos días su marido se fue a Boston.

—Sí, yo tenía un esguince por el intento de atropello y no pude acompañarlo.

—Su marido se alojó en el mismo hotel que la señorita Porto. —A

Rebeca se le cortó el aliento y cerró los ojos como si con eso intentara detener el dolor. —Lo siento.

—No lo sienta —dijo con la voz congestionada—. Da igual. —Forzó

una sonrisa. —Siempre he sabido que no me quería. Cuando antes de irse a Boston le dije lo de las amenazas, me respondió que lo decía para llamar su atención y dejar mal a Helena. Es un actor de primera.

—Las pruebas contra ella son aplastantes. Pero contra él son todas

circunstanciales. Los mensajes de WhatsApp no son determinantes para la acusación y seguramente saldrá bajo fianza antes de que nos demos cuenta.

Deme algo para retenerle.

—No se me ocurre nada. —Sus ojos se cerraron sin poder evitarlo y se forzó a abrirlos. —Ahora no puedo pensar.

—Dejaré que descanse.

—Por favor, deje a mi paciente recuperarse unos días antes de volver.

Se lo ruego por su salud. Ha estado a punto de morir.

—No se preocupe, intentaré no molestar de nuevo hasta que haga la declaración.

—Gracias —dijo ella dejándose llevar por el sueño—. Gracias por decirme la verdad aunque duela.

—Por cierto, debe darle las gracias a sus amigos. Percival Jones nos llevó en la dirección correcta desde el principio y al enterarse que era la ex de su marido, estaba seguro que él estaba implicado.

—Siempre ha sido un amigo —dijo intentando retener las lágrimas.

Ambos salieron de la habitación y la teniente vio que la familia continuaba en el pasillo. Su madre estaba llorando mientras el señor Roger abrazaba a su ex.

—Encantador —dijo la teniente con desprecio antes de meter el block en el bolsillo de la chaqueta mostrando su pistola—. ¿Cómo está la paciente?

—Está fuera de peligro. La bala le traspasó el pulmón, pero es joven y estaba sana. Se repondrá totalmente. ¿Es necesario que haya un policía en la puerta?

—¿Usted qué cree? —preguntó con ironía—. Estos buitres pueden tirarse sobre mi único testigo y no pienso arriesgarme. No la quiero sola con nadie de la familia. Y si aparece su marido, no se le permitirá la entrada a la habitación bajo ningún concepto.

—Estaba en urgencias ese día, ¿sabe? Tenía a mi sobrina allí porque se había roto un brazo y estaba de guardia cuando me avisaron. Bajé a urgencias y le vi llegar. Estaba descompuesto y su camisa del smoking llena de sangre. Ese hombre parecía desesperado porque creía que estaba muerta. Al verle, cualquiera hubiera pensado que era un hombre enamorado que estaba muerto de miedo por si su mujer se moría.

La teniente se tensó. —¿Me está diciendo que su actitud no era fría ni distante?

—¿Fría? Estaba al borde de un ataque de nervios. De hecho, una de las enfermeras tuvo que sentarse a hablar con él unos minutos para tranquilizarlo, diciendo que su mujer estaba siendo atendida. Lo vi con mis propios ojos.

—¿Y cuando le dijeron que estaba en buenas manos, se calmó?

—Sí. Algo sí. Al menos se quedó sentado un rato. Por curiosidad entré en el box donde intentaban salvarle la vida a la señora Viotti y cuando vi que era de mi especialidad me hice cargo y me la llevé a quirófano.

La teniente asintió mordiéndose el labio inferior. —¿Sabe el nombre de esa enfermera? Me da la sensación que esto está tomando otro giro y me gustaría hablar con ella.

Capítulo 12

Estaba sola en su habitación como en los últimos cuatro días, mirando hacia la pared de en frente sumida en sus pensamientos. No quería ver a nadie. Estaba tan destrozada, que el dolor de su interior era muy superior al de su

herida. Algo había cambiado en ella. No sabía muy bien qué era, pero lo notaba. Como si la frialdad hubiera entrado en su pecho y le rodeara el corazón.

No volvió a llorar. Cuando se despertó al día siguiente de haber hablado con la policía, se dijo que llorando no solucionaba nada y ahora por muchas ganas que tuviera, no le salía una sola lágrima. Tenía que hacer planes y lo que más deseaba en ese momento, era vengarse de todos. Deseaba que sintieran su dolor y destrozarles la vida como se la habían destrozado a ella. También quería desaparecer, pero algo en su interior decía que debía enfrentarse a todo en lugar de huir. ¿Perder todo lo que había conseguido? Ni hablar. Tenía el veinte por ciento de una empresa en ruinas y nada más. Pero algo podía hacer. No se iba a esconder. Aprovecharía lo que le había pasado en su beneficio como le había enseñado su madre y sobreviviría a eso también, pensó con rabia apretando los puños.

Les odiaba. Les odiaba a todos. A su padre por haberla utilizado. A su madre por anteponer el amor de su vida a su propia hija y a Paolo por no haberla apoyado y preferirla a ella. Les odiaba a todos y les haría pagar.

Vestida con un abrigo de Chanel en rosa a juego con su vestido, entró en la sala de juntas acompañada de sus abogados. No miró a Paolo hasta que se sentó frente a él dejando el bolso sobre la mesa.

—Buenos días —saludó a todos mirando fríamente a su marido sin sentir nada. Era sorprendente después de todo lo que había ocurrido, que al mirar a la persona que había amado, no sintiera nada. Le daba la sensación

que

tendría que acostumbrarse a eso también, como a la cicatriz que tenía en el pecho.

Su marido parecía más delgado y tenía ojeras. Sonrió irónica porque al

parecer toda la presión le estaba pasando factura. Dos meses con la prensa encima, acusado de intentar asesinar a su mujer, para que después se retiraran

los cargos y ahora el divorcio, no debían ser plato de buen gusto. Pero por ella podía morir. Es más, le beneficiaría por el acuerdo prematrimonial. Como si

estuviera aburrida de mirarle, se volvió hacia su abogado. —¿Empezamos? No tengo todo el día.

—Rebeca...

La voz de su marido la tensó y le miró demostrando todo lo que le odiaba.

—Señor Viotti, absténgase de dirigirse a mi cliente. Recuerde que tiene una orden de alejamiento y estamos aquí únicamente para solucionar el divorcio.

—Orden de alejamiento que no tiene ninguna base. Mi cliente no ha sido acusado de nada —alegó su abogado—. Esa orden puede ser revocada en cualquier momento y usted lo sabe.

—Pero sigue vigente, así que por favor vayamos al grano. —Su abogado sacó una carpeta de su maletín y su acompañante buscó en la carpeta unos papeles que colocó ante su marido.

—¿Qué es eso? —preguntó él a su abogado, que los cogió rápidamente antes de leerlos.

—¿Es broma? No va a firmar esto.

—¿Cree que tengo cara de bromear? Treinta millones. Firme para que podamos irnos a casa.

—¿Me pides treinta millones? —Paolo la miraba asombrado. —Cara, no te voy a dar ni un centavo. No voy a firmar eso.

—¡Le he dicho que no hable con mi cliente! ¡Y debería pensar mucho lo que dice, porque le recuerdo que su relación extramarital ha sido de dominio

público! ¡Ha sido detenido por mantener una relación con la persona que ha intentado matar a su mujer! Tiene cicatrices de por vida y no sólo físicas, sino también psicológicas por todo lo que ha ocurrido. Le aconsejo que firme, porque si quiere entrar en guerra, no creo que el juez sea tan benévolo.

—¡Yo no he hecho nada! —gritó Paolo levantándose y dando un puñetazo en la mesa que sobresaltó a Rebeca por su violencia. Asustada rodó la silla alejándose y Paolo palideció. —Nena, te juro que yo no he participado en esto.

—¡Esto es inaudito! —gritó su abogado mientras el abogado de Paolo se levantaba cogiéndole del brazo.

—Paolo, siéntate.

Él no le hacía caso mientras los dos se miraban a los ojos. —Nunca he querido hacerte daño.

Esa frase la tensó con fuerza. —Mientes. Has querido hacerme daño desde que me conociste en la fiesta de los Forrester y me decías esas cosas tan horribles.

Paolo palideció. —Creía que eras diferente. Me he dado cuenta de que no eres así en absoluto. Lo siento.

Ella levantó la barbilla sin que esas palabras la afectaran. —Firma para que pueda perderte de vista, Paolo. No juegues conmigo, porque si me llevas a juicio, subiré al estrado y contaré con pelos y señales todo nuestro matrimonio.

Paolo se sentó en el sillón mirándola atónito y Rebeca sonrió encantada por haberle hecho daño. —Sí, desde esa conversación con tu padre en el Plaza,

hasta cómo me trataste cuando te diste cuenta que era virgen. ¿Quieres que cuente cómo leí en tu móvil que Helena decía que te amaba el día que intentó matarme con el coche? ¿Cómo te fuiste a Boston después de contarte mis sospechas y te encontraste con ella para concretar vuestro plan? La opinión pública no lo sabe, ¿verdad?

—No me encontré con ella.

Rebeca se echó a reír poniéndoles los pelos de punta. —¿Crees que me importa a estas alturas? Firma los papeles antes de que pierda la paciencia, Paolo.

—No.

Rebeca miró a su marido y al bajar la vista vio que llevaba la alianza

puesta. Le miró con desprecio. —Me das asco. ¿Te atreves a ponerte la alianza

en mi presencia?

—No hables con él —le aconsejó su abogado—. Intenta sacarte de tus casillas. —Suspirando miró a la parte contraria. —Me da la sensación que no llegaremos a un acuerdo.

—No —dijo su abogado muy serio—. Mi cliente no quiere el divorcio.

Rebeca se echó a reír sorprendiéndolos a todos y se levantó cogiendo el bolso. —¿Has oído, Henry? No quiere el divorcio.

Su abogado se levantó mirándola como si la adorara. —Ya entrará en razón. —Cogió los papeles mirando a Paolo, pero él sólo observaba a su mujer como si no la conociera. —No se ponga en contacto con mi cliente bajo ningún concepto. No la siga, no la llame. Como vuelva a enterarme de que la persigue por Nueva York, le meto un paquete que se caga. —Miró a su abogado. —Y esa orden de alejamiento seguirá vigente de por vida a este paso.

No vaya de listo conmigo, porque tengo pruebas de sobra para meterlo en chirona por acoso. Les aconsejo que revisen el acuerdo con detenimiento. La cláusula veintiocho seguro que les interesa.

—Rebeca, sólo quiero hablar contigo —dijo Paolo levantándose de nuevo. Su todavía esposa se volvió graciosamente sonriendo como cuando la conoció y a Paolo se le cortó el aliento al ver que giraba la cabeza observándole. Sus preciosos ojos violetas estaban vacíos de sentimientos y

desesperado dio un paso hacia ella. —Por favor. Cinco minutos.

—No ruegues —dijo ella con desprecio—. Me gustabas más cuando ibas de duro. Ahora eres patético. Deben ser los treinta millones, que te están bajando los humos. Te aconsejo que firmes antes de que sean cincuenta.

Su abogado se acercó a ella y poniendo la mano en su espalda sonrió diciéndole algo al oído. Rebeca se echó a reír saliendo de allí y Paolo apretó los puños.

—No se la ve muy afectada con lo ocurrido —dijo su abogado mirándole preocupado.

Paolo le fulminó con la mirada. —Esa no es Rebeca. ¡Es una mujer vacía, que sólo busca vengarse de todos!

—Pues esa mujer vacía va a llenarse los bolsillos contigo —dijo muy serio su amigo—. Esto es grave, Paolo. —Abrió el documento y señaló la cláusula veintiocho. —Tienen el reloj.

Paolo pasándose la mano por su pelo negro le miró sin comprender. —
¿Qué reloj?

—El que te compró tu esposa para la boda —dijo con ironía reclinándose en el sillón—. Ese por el que vendió hasta un bolso a una amiga discretamente para poder comprártelo. Ese que tiraste en la limusina el día de tu boda como si fuera una baratija, cuando costó cien mil dólares.

A Paolo se le cortó el aliento. —No lo tiré como una baratija. Lo dejé a

mi lado y se me olvidó en el coche.

—¡Conmigo no disimules! —gritó furioso—. ¡Querías demostrarle que no te importaba nada y la despreciaste como a su regalo! ¡Organizó la boda de los sueños de cualquier mujer y tú, en cuanto saliste de la Iglesia, la despreciaste! —Se levantó cogiendo el acuerdo para mostrárselo. —Pues ahora tienen el reloj y lo han encontrado en una casa de empeños. ¿Adivina quién lo empeñó?

Paolo cogió los papeles y leyó la cláusula quedándose de piedra. —Eso es imposible.

—¡Esa es la prueba que necesita la policía para meterte en la cárcel, Paolo! ¿Cómo iba a conseguir el sicario de Helena el reloj, si no se lo habías dado tú? ¡Fue el pago por el trabajo!

Paolo se quedó pensando un momento, arrugando los papeles entre sus manos y los tiró sobre la mesa antes de ir hacia la puerta. —¿A dónde vas ahora?

—¡A Nápoles!

Rebeca estaba sentada en el salón de los Forrester charlando con Stella sobre cómo se encontraba, cuando le sonó el móvil. Era su abogado.

—Disculpa, pero tengo que contestar.

—Por supuesto. Voy a ver cómo va la comida. —Su amiga se levantó para dejarla sola y ella contestó al teléfono.

—¿Diga?

—Rebeca, necesito que vengas al despacho cuanto antes.

—¿Tiene que ser ahora? Tengo una comida en unos minutos —dijo aburrida del tema. Estaba más que harta de todo y sólo quería ser libre.

—Tienes que venir. Está aquí tu marido y hay algo que te interesa saber.

Como tu abogado, te recomiendo que vengas de inmediato, porque va a salir una noticia en la prensa que te puede afectar.

Rebeca se tensó. —Voy para allá.

Se levantó de inmediato y le dio rabia estar en vaqueros y camiseta, pero no tenía más remedio que ir así. No tenía tiempo para pasarse por casa.

Stella salió de la cocina sonriendo, pero perdió la sonrisa al verla tan seria. —¿Qué ocurre?

—Tengo que ir al despacho de mi abogado de inmediato. Lo siento mucho.

—No te preocupes. Quedaremos otro día. —La acompañó hasta la puerta. —Piensa lo de venirte con nosotros a Aspen. Lo pasaremos bien y te vendrá estupendamente salir de Nueva York.

Se dieron dos besos. —Eres estupenda.

—Por cierto, Perci va a celebrar su cumpleaños este sábado. ¿Vas a ir?

—Claro, necesito desmelenarme.

—Entonces nos vemos allí.

—Te llamo. Dale un beso a tus padres de mi parte.

Se iba a volver, pero Stella la cogió por el brazo. —No me ha dado tiempo a decírtelo, porque no sabía cómo abordar el tema, pero tu madre está destrozada. Estuvo ingresada una semana, ¿lo sabías?

Rebeca se tensó. —No. No lo sabía.

—Tuvo una crisis nerviosa cuando salió en la prensa que ellos habían sido los responsables de tu estado crítico. Tú acababas de salir del hospital y nadie quiso decirte nada. Lo está pasando muy mal y tu padre está muy preocupado. No se separa de ella.

—Pues se tienen el uno al otro —dijo fríamente—. No me necesitan.

Stella, que era de las pocas personas que sabían lo ocurrido al igual que Percival, pues se habían implicado en la investigación, asintió soltando su brazo. —Espero que lo del abogado no sea nada y que puedas acabar con esto.

—Y yo. No sabes cuánto lo deseo. Librarme de todo de una maldita vez.

Rebeca salió del ascensor y fue directamente hasta el despacho de su abogado. Su secretaria ya debía haberse ido a comer, así que fue hasta la puerta de caoba y llamó. La puerta se abrió y Henry sonrió dando un paso atrás.

Paolo y su abogado estaban sentados en unas sillas ante la mesa y parecían muy relajados. Su marido se levantó en cuanto la vio y Rebeca entró en el despacho.

—¿A qué viene esto?

—Pasa y siéntate, cara.

Que Paolo estuviera tan animado, no era buena señal. Henry le puso la

mano en la parte baja de la espalda y su marido no perdió detalle tensándose antes de mirar a su abogado, que también había visto el gesto.

—Ven por aquí. —Su abogado la llevó hasta una silla lo bastante alejada de ellos y se quedó a su lado.

—No tienes que protegerla de nosotros —dijo el abogado de Paolo molesto—. Ni que fuéramos a saltar sobre ella.

—Mejor evitar exabruptos como los de la última vez.

—¡La orden de alejamiento ha sido revocada! Esto es indignante.

—¿De verdad? —Que Paolo pudiera acercarse a ella, no le gustaba nada. —¿Podrá entrar en el piso?

—No, Rebeca. El juez te ha dado la casa a ti hasta en la separación definitiva.

Paolo apretó los labios. En ese momento la habían cogido con la guardia baja y se notaba. No iba bien vestida como acostumbraba y estaba casi sin maquillar. Parecía muy frágil con su melena suelta, mirando a su abogado como si necesitara su apoyo. ¿Pero cómo se iba a apoyar en él, si nunca había estado ahí para ella?

—Greg, termina de una vez —dijo fríamente sin quitar la vista de encima a su mujer.

—Pues debido a esa cláusula veintiocho estamos aquí. Mi cliente no podía comprender cómo ese reloj había sido empeñado por el sicario de Helena, cuando él no se lo había dado.

Rebeca suspiró decepcionada. —¿Estamos aquí por eso?

—Cara, escúchanos un momento, por favor.

Su esposa buscó la mirada de su abogado, que asintió. Paolo apretó los puños mientras su abogado continuaba —Así hemos descubierto qué ocurrió con el reloj.

—¿No me diga? —preguntó ella con aburrimento.

—Cuando salieron de la limusina estaba allí. Sobre el asiento. La organizadora de la boda estaba allí a su llegada y su personal siempre revisa los coches antes de dejar que los chóferes se vayan. Es muy habitual que las novias se dejen algo en el coche de camino al restaurante. Guantes y esas cosas. Así que se revisan siempre. La ayudante de la organizadora encontró el reloj y se lo dio a su jefa, que a su vez se lo entregó al padre del novio. —

Rebeca miró a los ojos a Paolo que sonrió satisfecho. —El padre del novio se lo entregó a su esposa y esta...

—¿Esto no se acaba nunca? —preguntó ácida.

—Enseguida acabamos —replicó Paolo.

—Su madre se lo dio con un montón de regalos a varios familiares para que los metieran en el coche. Ahí llegamos al meollo del asunto. Esos familiares eran una prima y su madre.

Rebeca entrecerró los ojos. —Julia.

Paolo sonrió. —Exacto. La mejor amiga de Helena. Julia se lo dio a Helena riéndose e intentando provocar un conflicto porque era tu regalo. Y

Helena lo utilizó para vengarse y que tu propio regalo provocara tu muerte.

—Muy poético. —Se levantó dejándolos atónitos. —¿Has firmado los papeles?

—¡Intento demostrarte que yo no tengo nada que ver en el asunto!

—Esto lo único que me demuestra, es que ni te molestaste en llamar a la organizadora de la boda para saber qué había ocurrido con el reloj. — Paolo

palideció. —Pero da igual. Sólo quiero mis treinta millones y perderte de vista.

¿Todavía no te has dado cuenta? No quiero verte más. Me repugna tu presencia. De mis padres ya me he librado, pero tú insiste e insistes. ¿Para qué?

¿Qué crees que vas a conseguir?

—Quiero que vuelvas conmigo.

Rebeca parpadeó atónita. ¡No podía hablar en serio! Se echó a reír en su cara y se volvió a sentar. Levantó la mano intentando dejar de reírse. —

Espera que enseguida se me pasa. —Siguió riendo mientras Paolo se tensaba ofendido. Cuando se calmó, le miró sonriendo y se levantó acercándose a él.

Levantó su mano y le acarició su mejilla mirándole a los ojos. —Al final mamá tenía razón. Te has enamorado de mí.

—Nena...

Ella bajó su mano por su cuello hasta el nudo de la corbata. —Creía que no sucedería nunca. Lo deseaba tanto...

—Podemos estar juntos de nuevo. Empezar de cero.

—Empezar de cero. —Se volvió justo cuando él intentó tocarla y

divertida se acercó a su abogado acariciando su torso por encima de su camisa, mirando a su marido maliciosa. —Mírale, Paolo. No es tan rico como

tú, pero en la cama es una fiera. —Henry la cogió por la cintura pegándola a

él. Paolo dio un paso hacia ellos, pero su abogado le cogió por los brazos impidiéndole acercarse. Rebeca rió maliciosa. —¿Duele? —Se acercó al

cuello de Henry y le dio un beso antes de pasar la lengua por su mandíbula. —

Díselo, cariño... ¿qué va a ocurrir en cuanto firme los papeles?

—Nos casaremos.

—¡Eso no va a pasar! —gritó Paolo furioso intentando soltarse.

Rebeca se echó a reír separándose de su abogado. —Claro que sí. Y si

no es Henry, será otro. Soy una zorra avariciosa, ¿recuerdas? Paso de un hombre a otro y no tengo sentimientos. Manipulo a los hombres. ¿Sabes que Perci me ha pedido matrimonio de nuevo? Puede que sea el tercero.

A Paolo se le cortó el aliento. —Esta no eres tú. Estás dolida y sólo quieres hacerme daño.

—¡Exacto! —gritó ella sin perder la sonrisa—. ¡Estoy convencida de que si Dios me ha dado la oportunidad de volver, es para veros sufrir uno tras

otro mientras me río en vuestra cara!

—Oh, Dios —dijo Greg soltando a Paolo que se había quedado de

piedra—. Vámonos Paolo.

—¡No!

Paolo se acercó cogiéndola por los brazos. —¡No me acosté con ella!

¡Ni siquiera la vi en Boston! ¡No estuve involucrado en eso, cielo! Tienes que creerme.

—Suelte a mi clienta —dijo el abogado acercándose.

—Te creo —dijo dejándolos a todos de piedra—. Pero lo que no te perdonaré nunca, es que no me creyeras. Que no te molestaras ni en preocuparte. Que la defendieras ante mí. Y ese error no lo cometeré nunca más. Me aseguraré de que mi siguiente marido esté locamente enamorado de mí antes de casarme —añadió fríamente—. Así podré sangrarle en el divorcio.

Paolo dejó caer los brazos y Rebeca sonrió acercándose a la puerta. —

Firma o no. Me da igual. Conseguiré lo que quiero.

Salió dejando un denso silencio y Greg miró a su cliente. —Está decidida, Paolo. Firma los papeles y olvídате.

Henry sonrió. —Sí, termine con esto de una vez.

Paolo le fulminó con la mirada. —¡Nunca será tuya, idiota! Tiene a hombres mucho más ricos que tú esperando.

Su abogado se echó a reír sentándose en su sillón tranquilamente. —Lo sé. Pero pienso hacer lo que haga falta para que sea mi esposa. He visto como retorcida de dolor, no movía un gesto mientras daba declaración ante la policía. Lo que ha pasado volvería loca a cualquiera, al darse cuenta que todos

los que amabas te han traicionado o te han utilizado. Pero ella es una superviviente y os va a destrozar a todos.

—¡Treinta millones no son nada para mí!

Henry sonrió. —Ella no quiere el dinero. Ha conseguido doscientos millones con la venta de las acciones de su padre.

—No podía tocar las acciones sin mi consentimiento.

—Con el consentimiento de su padre sí. Y lo ha dado para que ella no escribiera un libro contándolo todo. A usted le verá retorcerse de dolor cuando

anuncie su próximo compromiso. Sea conmigo o con otro. Le verá retorcerse a lo largo de los años por los rumores de los que no conseguirá liberarse nunca sin su colaboración. Le acaba de dar otra baza para hacerle daño y la utilizará.

—Eso ya lo veremos.

Henry se echó a reír. — ¿Cree que podrá convencerla? Es muy ingenuo. Está rota de dolor. No siente nada ni con usted, ni conmigo. No me he acostado con ella y usted ha reaccionado como si le traspasara de dolor.

Acabará con usted antes de que se dé cuenta. Encontrará cómo hacerle más daño y lo hará. Firme los papeles y deje que se vaya.

—¡Vámonos, Greg!

Su abogado salió con él del despacho y cuando entraron en el ascensor su amigo susurró —Joder, se me han puesto de corbata.

—Se le pasará.

—Es capaz de ponerte cachondo con una mirada, antes de destrozarte con esa boquita. —Paolo le miró como si quisiera matarlo. —Eh, estoy felizmente casado, pero tienes que reconocerlo. No habrá tío que se le resista.

—Tengo que detenerla. Ahora hará lo que haga falta para buscar al siguiente con tal de ponerme celoso.

—¡Lo que tienes que demostrarle es que estás loco por ella de una jodida vez! ¡Y que la amas más que a nada! ¿Crees que serás capaz de hacerlo?

Él entrecerró los ojos. —No lo sé, pero me voy a dejar la piel.

—Así no tendrá que arrancártela a tiras.

Capítulo 13

Se miró al espejo y pasó las manos por sus rizos rubios antes de sacar su barra de labios y pasársela por el labio inferior.

Stella se puso a su lado sonriendo y le dio un golpecito en la cadera moviéndola. Se echó a reír al ver como se le había salido el labial embadurnándole casi hasta la mejilla.

—Ja, ja. Muy maduro —dijo cogiendo unos pañuelos de papel para limpiarse.

—Estás demasiado guapa. Así está mucho mejor.

—Esquiar me sienta bien. Debe ser tanto aire fresco. —Se terminó de

limpiar la comisura de la boca y la miró. —Por cierto, ¿cuándo llegan los demás? Pensaba que llegarían para la cena.

—Ha nevado mucho en Nueva York y no han podido salir. Vendrán mañana. De todas maneras, quedan más de dos semanas para Navidad y hay tiempo para que lleguen. Me encantan las Navidades aquí. Navidades en familia.

Ella apretó los labios metiendo el labial en el bolso y su amiga se dio cuenta de lo que había dicho. —Tú eres mi familia también.

—Da igual. Te estoy muy agradecida por acogerme en estas fiestas. Es patético no tener a nadie.

—No digas eso. Nos conocemos de toda la vida. Eres parte de la familia Forrester. Mis padres están encantados de tenerte aquí. Venga, nada de deprimirte, que esos chicos tan guapos están esperando para tomar un ponche con nosotras.

Cuando salieron el bar estaba vacío. Asombradas miraron de un lado a otro, pero no estaban ni los camareros. La estancia imitaba a un enorme salón de casa con una gran chimenea, pero no había un alma. —¿No habrán cerrado dejándonos aquí? —Sus botas resonaron sobre el suelo de madera para ir hacia la puerta y ver que estaba abierta. —Pues no.

—Qué raro. —Su amiga se acercó a la barra. —¿Hola?

Entonces una camarera salió vestida de blanco, con un logo en el jersey

que a Regina le cortó el aliento. —Buenas noches.

—Disculpa, ¿dónde se ha ido todo el mundo? —preguntó su amiga—.

¿Ha ocurrido algo?

—No. Este local está reservado esta noche.

—Ah, bueno. Nos iremos a otro sitio a tomar un ponche. —Stella fue a por su abrigo de piel y su gorro, deteniéndose en seco porque ella no se había

movido sin dejar de mirar esa R y esa P entrelazadas. —¿Rebeca?

Se acercó a la camarera y dijo fríamente —Dile a Paolo que no sé lo que trama, pero no le va a funcionar.

—Se lo diré, señora Viotti —dijo demostrando que sabía de que estaba

hablando—. Pero no tienen por qué irse. ¿Quieren ese ponche? Se lo serviré.

Su amiga atónita vio cómo se ponía el gorro de piel antes de ponerse el abrigo sobre el mono térmico. —¿De qué va esto?

—Ni idea, pero vámonos de aquí. —Sonrió a la chica falsamente. —

Bonito jersey.

—Gracias.

Stella corrió tras ella y le preguntó —¿Ese no era el diseño de la boda?

—Sí. —Caminó furiosa sobre la nieve y se detuvo en seco cuando al

levantar la vista vio toda la montaña iluminada con su diseño de las iniciales.

No sabía cuántas personas debían estar allí arriba con faroles, pero era precioso verlo desde allí. Por eso había alquilado el local.

—Dios mío... Qué romántico. Mira, se mueven.

Y efectivamente se movieron hasta que las palabras estuvieron formadas.

—Lo siento. Y más que lo vas a sentir —siseó yendo hacia el coche—.

¿Nos vamos a casa?

—¿No quieres ver si ponen algo más?

—No me interesa.

Stella se sentó a su lado sin dejar de mirar a la montaña y Rebeca arrancó el motor furiosa. Ahora se mostraba romántico. Ahora que ya no le quería.

Salieron del pueblo en sentido contrario a la pista de esquí iluminada y subieron una montaña. Afortunadamente el cuatro por cuatro estaba preparado para ese tiempo. Con precaución aparcó ante la casa y cuando se bajaron ella gimió porque todavía se veía el “Lo siento” en la montaña. Desde allí se veía el pueblo y las vistas eran increíbles.

Se volvió hacia su amiga y al no verla, pensó que había entrado en la casa.

—¿Stella? ¡Mi ponche no lo cargues mucho! —gritó subiendo los escalones de madera del porche.

La casa estaba hecha con enormes troncos. Era una maravilla. En el suelo, en medio del gigantesco salón, el fuego estaba rodeado de piedras como los antiguos fuegos indios. Todo estaba puesto con mucho gusto, como no

podía ser de otra manera. Cerró la puerta y se quitó la cazadora y las botas.

Frunció el ceño al no ver las botas de su amiga en la entrada. —¿Stella? ¡Tu madre se va a cabrear como se entere de que vas por la casa con las botas

llenas de nieve!

Y ella también de paso. No le gustaba ir descalza por la casa y que por

algo de nieve, se le mojaran los calcetines. Era una costumbre que había tenido

su madre cuando iban allí de vacaciones y la odiaba. Fue hasta la cocina y vio

una tarjeta sobre la encimera inmaculadamente limpia. Tenía en sus iniciales de casada en letras doradas y furiosa cogió la tarjeta abriéndola para leer.

Querida Rebeca

Somos amigas desde hace muchos años y lo que he visto últimamente me

ha preocupado bastante. Esta no eres tú. Mi amiga era la persona más generosa que conozco y sabía perdonar. Lo demostró cuando perdonó a su padre después

de no verle en siete años y perdonaba el comportamiento de su madre continuamente. A mí me gustaba esa amiga y quiero que vuelva, por eso hago

esto. Espero que mi amiga vuelva y me perdone algún día.

Te quiere Stella Forrester

—Stella, ¿a qué viene esto? —preguntó en voz alta releyéndola.

El sonido del motor del coche hizo que abriera los ojos como platos

antes de dejar caer la tarjeta y salir corriendo hacia la puerta. Sus calcetines

resbalaron en el impecable suelo de madera, pero consiguió mantener el equilibrio para correr hacia la puerta. Se detuvo en seco al ver a Paolo ante la entrada vestido con unos vaqueros y un grueso jersey negro.

El pánico la invadió de repente y corrió rodeando el salón para salir por la puerta de detrás de la escalera. Tiró del pomo con fuerza varias veces, pero estaba cerrada.

—Cara, no te pongas nerviosa —dijo él levantando las manos—. Es para que entres en razón.

Rebeca se volvió y le vio a unos metros. Ella tenía el teléfono en el abrigo, así que caminó alejándose de él y rodeando el fuego, corrió hasta su

abrigo metiendo las manos dentro de los bolsillos y no estaba. ¡Le habían robado el teléfono!

—Tu comportamiento con Percival la semana pasada, volviendo a salir en la prensa después de otra de vuestras salidas locas, hizo que Stella se diera cuenta que esto no podía seguir así. Y tu madre está muy disgustada. Que no quieras cogerle el teléfono desde hace meses y que rechaces verla una y otra vez, no me parece sano. —Rebeca entrecerró los ojos al ver como se sentaba en el sofá. —He hablado con un psicólogo de esto y me ha dicho que tu reacción es normal, pero ya va siendo hora que vuelvas a ser tú. Así que he tomado la resolución de dejarte aquí encerrada lejos de todo, excepto de mí, hasta que te des cuenta de que tu actitud sólo te perjudica a ti.

¡Tendría cara! Puso las manos en jarras y él sonrió mirándola de arriba abajo. —Cara, estás cada día más preciosa.

—¡Muérete!

—Eso te apenaría mucho.

—¡Te puedo asegurar que no lo sentiría en absoluto! ¡Así sería viuda!

¡Las viudas son mucho más atractivas!

Paolo se echó a reír y sorprendentemente su corazón saltó en su pecho.

Ella palideció porque era lo primero que sentía desde el horrible día que la teniente White entró en su habitación. Paolo al ver su cara, se levantó perdiendo la sonrisa. —Rebeca, no pasa nada.

Con rabia corrió hacia la escalera y él gritó —¡Nena, ten cuidado! ¡Te vas a resbalar!

Entró en su habitación y cerró de un portazo. Asombrada vio que la

llave había desaparecido. Preocupada corrió hacia su armario y buscó unas botas. Caminaría hasta el pueblo y desde allí llamaría a su abogado.

No tenía botas. De hecho, su ropa de esquiar había desaparecido y no podía salir vestida con ropa de calle con la temperatura que hacía.

La puerta se abrió lentamente. —Veinte días tú y yo solos. ¿No te hace

ilusión? En este momento, Stella debe estar camino de Nueva York en mi avión

y se encargará de decir a todos que necesitabas estar un tiempo sola. A nadie le parecerá raro después de lo ocurrido, que necesites tiempo para ti.

Ya no lo soportó más. —¿Has firmado los papeles?

—¿Tú qué crees? Dijiste que no me libraría de ti, ¿te acuerdas, cara? —

Rebeca perdió todo el color de la cara. —Que tu madre te había enseñado a soportar un marido como yo y es lo que vas a hacer.

—Y tú dijiste que conseguirías que pidiera el divorcio. ¡Pues firmalo de

una maldita vez!

—He cambiado de opinión.

—¡Mira, lo mismo que yo! ¡Firma los papeles!

—He hecho muchas cosas mal desde que te conocí y no voy a hacer otra firmando esos papeles. Me da igual que me hayas llevado a juicio. Te vas a arrepentir antes de que se dicte la sentencia de divorcio.

—¿Tú crees? —preguntó con burla.

Paolo entrecerró los ojos. —Preciosa, ¿no tienes calor con ese equipo térmico? Te dejaré unos minutos para que te cambies. No me gustaría que te acaloraras, porque el médico no va a venir hasta aquí y tendrás que soportar mis cuidados.

—¡Que te den!

Él sonrió dejándola sola y a toda prisa miró en el armario. Había calcetines. Así que se puso varios pares y después se puso las zapatillas de deporte. Llegaría abajo con ellas. Se puso tres jerséis encima del mono y abrió

la ventana. Al sacar la cabeza al exterior tembló de frío. —Mierda. —Sacó una

pierna al tejadillo, posando el pie sobre la nieve antes de sacar el resto del cuerpo. En cuanto sus pies soportaron su peso, la nieve empezó a resbalar por

el tejadillo y chilló al caer de culo, resbalando tejado abajo. Chilló cuando cayó sobre un montón de nieve. Estaba blanda, no había problema, pensó tumbada boca abajo. Se puso de rodillas mirando hacia arriba. Una buena caída.

—¿Un chocolate caliente? —Se volvió para ver a su pesadilla en el porche con dos tazas en la mano y Rebeca se levantó disimulando mientras se limpiaba la nieve del mono. —¿Ibas a dar un paseo?

—Sí —dijo antes de salir corriendo hacia el camino. Estaba acostumbrada a correr y si iba por donde había nieve, no resbalaría con el hielo. Miró hacia atrás para ver que su marido corría tras ella.

—¡Rebeca, no te acerques tanto al borde! —gritó acelerando el ritmo.

Estaba en forma el muy cabrito, pero ella también. Estaban llegando a la primera curva cuando escuchó un grito y se volvió para ver que había desaparecido. Rebeca dejó de correr y se volvió desconfiando. —¿Paolo? —

Como las luces de la casa ya estaban alejadas, estaba oscuro y preocupada dio un paso hacia arriba. —¿Paolo? —Entrecerró los ojos mirando hacia la caída de la montaña. ¡No podía dejar aquel idiota allí tirado! ¡Se congelaría antes de que llegara la ayuda! Caminó hasta el principio de la curva, que era donde le había visto por última vez. —¡Paolo, no tiene gracia!

Volvió a bajar varios pasos y decidió adentrarse en la colina. Bajó un pie con cuidado y después el otro, sujetándose con las manos al borde de la cuneta, cuando algo la cogió por el tobillo tirando de ella, haciéndola gritar mientras resbalaba sobre la nieve. Paolo se tumbó sobre su cuerpo inmovilizándola.

—¡Serás idiota! —Él se echó a reír cogiendo sus manos y colocándoselas sobre la cabeza. Ella pudo verle cuando sus ojos se acostumbraron a falta de luz. —¡Suéltame!

—¿Te portarás bien?

—¡Me largaré en cuanto pueda!

—Muy bien. Me vas a obligar a tomar medidas desesperadas.

Antes de entender qué quería decir, la besó como si estuviera hambriento. Devoraba sus labios y Rebeca intentó gritar. Paolo cogió su nuca impidiendo que se apartara y entró en su boca saboreándola. Intentó no sentir nada, de verdad que lo intentó, pero cuando sus labios se apartaron brevemente

para besar sus labios como si la adorara, Rebeca gimió buscando su boca enlazando sus lenguas y provocando que ella se olvidara de todo, excepto de sentir aquel calor que recorría su vientre y que casi había olvidado.

Paolo se apartó de golpe para mirarla a los ojos y ella le arreó un tortazo. — ¡Idiota!

Volvió a besarla antes de apartarse levantándose. De pie ante ella dijo con voz ronca —¿Vienes o te llevo?

Furiosa porque su cuerpo la había traicionado, le dio una patada en la espinilla antes de gatear hacia arriba por la colina. Chilló cuando sintió que la cogía por la cintura elevándola y antes de darse cuenta estaban en la carretera.

La dejó en el suelo y cogió su muñeca tirando de ella hacia la casa. —

¡Suéltame! ¡Te denunciaré a la policía!

—No lo harás. ¡Porque me quieres!

Jadeó ofendida. —¿Estás loco?

—He estado un poco ciego, pero se me ha pasado.

—¡Ya no te quiero! —gritó impotente intentando soltarse.

Él se volvió muy serio. —Pues conseguiré que me quieras de nuevo.

Puedo hacerlo. Si conseguiste enamorarte de mí cuando te traté tan mal, no te costará enamorarte del que soy normalmente.

Ella se quedó sin palabras al ver que lo decía realmente convencido de ello y se dejó llevar a regañadientes hasta la casa. Cuando subieron los escalones, él miró las tazas de chocolate. —Vaya, esto ya no se puede beber.

Ven cara, que te preparo otro.

Atónita dejó que la metiera en la casa y cerró la puerta con llave de nuevo. Paolo sonrió yendo hacia la cocina dejándola allí de pie. ¿Quién rayos era ese hombre? Porque no se parecía en nada a su marido. Intrigada fue hasta la cocina y vio que echaba chocolate instantáneo con leche en dos tazas antes de meterlas en el microondas. En casa no había movido un dedo nunca y mucho menos le había preparado nada. Entrecerró los ojos cuando sacó unas galletas de uno de los armarios.

—Conoces muy bien esta cocina —dijo con desconfianza.

—Llevo aquí dos días. Te vi llegar esta mañana, pero como comprenderás, no me acerqué a saludarte. Stella tenía que venir contigo para que no desconfiaras y para arreglar la casa decidimos que os fuerais a esquiar y dierais una vuelta. ¿Te gustaron las luces en la montaña? Fueron idea mía.

Para darte la bienvenida. —Cuando regresó al microondas, ella vio el reloj que llevaba y apretó los labios.

—¿De dónde lo has sacado? —gritó perdiendo los nervios.

—De casa.

—¿Has entrado en mi casa?

—Es mi casa. Nuestra casa. No me costó encontrarlo. Lo tenías en la mesilla de noche.

—¡Devuélvemelo!

—¿Por qué, si es mío? Tú me lo regalaste. Por cierto, siento no haber tenido cuidado con él. —Le tendió la taza y rabiosa le dio un manotazo tirando la taza al suelo.

Él suspiró llevando su taza a sus labios y bebiendo. Con ganas de matarle, salió de la cocina y subió a su habitación. Cerró la ventana, porque no dudaba que en ese momento estaría atento por si volvía escapar por la ventana.

Así que empezó a quitarse ropa. Cuando iba a abrir los enganches del mono, miró con desconfianza la puerta y entró en el baño, que afortunadamente tenía pestillo. Se desnudó y abrió el agua de la bañera. Al volverse para coger el cepillo de dientes, vio las toallas y se le cortó el aliento al ver sus iniciales bordadas en ellas en dorado. —Maldito chiflado —susurró tocando el bordado

y pasando su dedo por la P.

Meneó la cabeza respirando hondo y se cepilló los dientes. Su mirada fue hasta las toallas varias veces mientras movía el cepillo de un lado a otro dentro de su boca. Escupió en el lavabo y la mirarse en el espejo, sus ojos fueron hasta la cicatriz que tenía sobre el pecho derecho. Cerró los ojos porque su pecho había quedado horrible. Siempre había estado orgullosa de sus pechos, porque aunque eran pequeños, eran firmes y bonitos, pero ahora esa cicatriz cortaba su pecho a unos cinco centímetros encima de su pezón. El cirujano plástico le dijo que se lo podía mejorar si se aumentaba las mamas, pero todavía no estaba preparada para eso.

Se metió en la bañera suspirando y cerró los ojos. Llamaron a la puerta y Regina se tensó. —¡Déjame en paz!

—Tu madre está al teléfono. ¿Quieres hablar con ella?

—¡Que os den!

—Steffani, ahora está en el baño. Necesita algo de tiempo. Ahora está algo enfadada conmigo. —Se echó a reír mientras se alejaba. —Sí, se le pasará.

Furiosa cogió el gel y la esponja. Hala, ya le había jodido el baño. ¡Ese hombre era imposible! Cuando salió de la bañera, se puso la bata que tenía detrás de la puerta y abrió la puerta dispuesta a la batalla, pero se quedó de pie en la puerta al ver que no estaba allí. Con curiosidad salió de la habitación y

pasó por las otras habitaciones. Se quedó helada al ver que la habitación principal tenía varias velas y la chimenea estaba encendida. Una botella de champán estaba en la cubitera sobre la mesilla de noche con dos copas de champán, pero lo que la dejó aún más sorprendida fue la cama. Los

almohadones tenían sus iniciales grabadas como en la película. Aquello

empezaba a tomar un cariz psicópata que le puso los pelos de punta. La puerta del baño se abrió y Paolo salió con una toalla en las caderas, secándose el cabello con otra. Se detuvo en cuanto la vio. —Cara, no te quedes en la puerta.

¿Quieres una copa de champán?

—¿Qué estás haciendo? —gritó furiosa

—He pensado que deberíamos tener esa luna de miel que te negué. Se

acercó a la botella y la sacó de la cubitera secándola con la toalla, que tiró al baño antes de abrirla con movimientos expertos. Le sirvió una copa y se la acercó con la suya en la otra mano.

—El alcohol me sienta mal, ¿recuerdas?

—No te sienta tan mal. ¿Brindamos?

—Por supuesto —dijo irónica cogiendo la copa con brusquedad—.

¿Por qué quieres brindar? ¡Ya lo sé! Brindemos por esto. —Se abrió la bata mostrando la cicatriz. Paolo se tensó al verla. —¡Por el tiro que me abrió los ojos! —Bebió de la copa y cuando la terminó, se la tendió. —¡Gracias por la copa! ¡Cuando necesite un polvo, que era lo que pretendías, te avisaré!

Fue hasta su habitación cerrando de un portazo y se metió en la cama cubriéndose con el edredón. En cuanto durmiera un par de horas, se largaría de allí. Después de todas las actividades del día y la carrera, además de la copa de champán, hicieron que sus ojos se fueran cerrando poco a poco.

Capítulo 14

Soñaba que calor del fuego bañaba su cuerpo y una mano acariciaba su muslo hasta llegar a su rodilla, para después volver a subir hasta su cadera. Y

lentamente esa mano subió hasta su pecho, acunándolo con ternura. Ella gimió girándose hacia él deseando sentirle. Los ojos grises de Paolo la miraron y acercó su cara a ella susurrando —Mi amor...

Se sobresaltó sentándose de golpe y con la respiración agitada miró a su alrededor, gritando de frustración cuando se dio cuenta que era un sueño.

La puerta se abrió de golpe y Paolo encendió la luz asustado. —

¿Rebeca?

—¡Estás desnudo!

—¡Estaba dormido!

—¡En casa siempre dormías con el pantalón del pijama!

—Eso era cuando no quería sexo, que era casi nunca. —Se sentó a su

lado y le apartó la melena del cuello. —Cielo, ¿has tenido una pesadilla? No te preocupes, estoy aquí. —Ese era el problema. —Quítate la bata, está húmeda.

—Serás perverso —dijo molesta dándole un manotazo.

—¿Con qué soñabas? —preguntó mirando sus pezones endurecidos a

través de la bata de seda. A Rebeca se le cortó el aliento cuando alargó la mano metiéndola entre las solapas de su bata y acarició su pecho con suavidad. —

Preciosa, estás excitada.

—Estaba soñando con otro.

Los ojos de Paolo brillaron y apretó su pezón entre sus dedos. —¿De

verdad? —La besó en el cuello. —¿Y te hacía disfrutar? —Apartó su bata dejando su hombro al descubierto para besarla hasta llegar de nuevo hasta su cuello. Sonrió contra su piel porque ella no había contestado y acarició su pecho de nuevo mirándola a la cara. Rebeca tenía los ojos cerrados y se mordía el labio inferior. Entonces él susurró —Estás preciosa, mi amor.

Rebeca abrió los ojos y se miraron con deseo. Él apretó la mano sobre su pecho antes de tumbarla sobre la cama y besarla con ternura.

—No puedo —susurró destrozándose a sí misma.

Paolo la miró a los ojos y asintió tumbándose a su lado. Cuando se tapó con el edredón, ella se puso de costado, pero él no se largaba. —¿Qué haces?

—Dormir contigo. Por si tienes más pesadillas.

Lo dijo como si tal cosa y Rebeca no supo qué decir. La verdad es que desde que se había despertado, no estaba en sus cabales. Su cuerpo le deseaba más que a nada, pero su mente le decía que ni se le ocurriera acostarse con él. Que debía echarle a patadas. Desgraciadamente ganó su mente y entrecerró los ojos antes de levantarse de mala manera y coger el edredón furiosa para salir de allí dejándole en pelotas sobre la cama, porque sabía que en una pelea directa ganaría él. Como estaba convencida de que la seguiría a cualquier habitación de la casa, empezó a bajar las escaleras y se tumbó sobre el enorme sofá. Desgraciadamente el fuego estaba encendido y le recordó el sueño que había tenido. Furiosa le dio la espalda al fuego mirando hacia el respaldo del sofá.

—Preciosa, te vas a asar —dijo él divertido desde arriba.

—¡Y tú vas a coger una pulmonía!

La risa de Paolo alejándose, la hizo gruñir y como por suerte la dejó en paz, después de dar mil vueltas destapándose del todo, al final se quedó dormida.

Un sonido insistente la despertó y parpadeó mirando el techo de madera a través de la neblina. Confundida se sentó en el sofá mirando a su alrededor, hasta que se dio cuenta donde estaba. Se levantó mirando las ventanas que estaban cerradas, pensando en cómo la niebla había entrado en la casa, hasta que el olor a quemado le indicó que la casa estaba ardiendo en algún sitio. Asustada miró el edredón, pero ni se acercaba al fuego y por allí no había llamas. Invadiéndola el pánico, corrió escaleras arriba hasta las habitaciones y gritó al ver que las velas habían incendiado las cortinas. Paolo estaba tumbado sobre la cama y corrió hasta él saltando sobre la cama. —

¡Paolo, despierta!

Cogió uno de los almohadones y se acercó con cuidado golpeando las cortinas, pero así era imposible.

Paolo la cogió por la cintura sacándola de la habitación. —¡Quédate aquí!

Corrió hasta un armario y cogió un extintor volviendo a la habitación.

Tiró de la anilla antes de esparcir el producto sobre la cortina, extinguiendo el fuego rápidamente.

Paolo suspiró mirando el desastre. Las vigas que rodeaban las cortinas se habían oscurecido y al ser troncos enteros, Rebeca no se quería ni imaginar

lo que costaría la reforma. A Daisy le iba a dar algo cuando se enterará. ¡Y todo por las puñeteras velitas!

Él se volvió y frunció el ceño al ver que su bata tenía un trozo quemado. —Nena, ¿te has quemado?

—¿Qué?

Se miró y vio el trozo de tela quemado en la manga. Paolo se acercó y cogiéndola por la muñeca apartó la manga a toda prisa. Suspiró de alivio. — No te ha llegado a tocar.

—¡No! ¡Te hubiera tocado a ti si no te hubiera despertado! ¡Duermes como una marmota! ¡Mira lo que has hecho! —gritó furiosa—. ¡Les has quemado la casa a los Forrester!

Paolo sonrió y de repente la abrazó con fuerza. Rebeca sin poder evitarlo le abrazó por la cintura apoyando la mejilla en su pecho. —Yo también me he asustado, cara. Al verte al lado del fuego casi me da algo.

—¿Y si te hubiera pasado algo? —Tembló entre sus brazos.

—Estoy bien. Y tú también. Sólo la habitación ha sufrido daños y eso se puede arreglar.

Bufó contra su pecho mientras él acariciaba su espalda. Segundos después sintió que algo presionaba en su vientre y entrecerró los ojos apartándose de golpe. —¡Serás guarro!

Paolo se echó a reír. —Preciosa, es que hace mucho tiempo que no

estoy contigo y te quiero. Te necesito.

A Rebeca se le cortó el aliento y sus ojos se llenaron de lágrimas. —

¿Me quieres?

Paolo perdió la sonrisa y dio un paso hacia ella. —Estoy intentando que te des cuenta que para mí eres lo más importante.

—¿Ahora soy lo más importante?

—No quería reconocer que te quería. Si no te llega a pasar eso, no sé lo que hubiera pasado entre nosotros, pero te juro que jamás en la vida he tenido tanto miedo de perder a alguien como a ti y estar detenido sin saber tu estado, sin saber si estabas bien, fue realmente horrible. ¡Y no voy a firmar el divorcio!

—¡Sí que lo vas a firmar!

Él entrecerró los ojos. —¡Mira, no te quiero presionar porque es el primer día, pero no me provoques, Rebeca!

—¡Sí, ya empiezas a sacar tu carácter! ¡Ya me extrañaba a mi ese Paolo tan sensible que hace chocolates!

—¡Es que eres muy cabezota! ¡Ya no sé cómo decirte que te quiero!

—¡Pues deja de intentarlo porque sólo consigues quemar casas!

Se tiraron el uno sobre el otro besándose como posesos y Paolo la

cogió por los glúteos pegándola a su sexo. Ambos gimieron de placer y su marido abrió su bata rasgándola para besar sus pechos. Rebeca cerró los ojos

enterrando los dedos entre sus cabellos mientras él seguía bajando hasta que besó su ombligo. Paolo acarició con su mejilla su vientre susurrando con voz ronca. —Ha llegado el momento, nena.

Se incorporó cogiéndola en brazos para tumbarla sobre la cama. Paolo cogió sus manos colocándolas sobre su cabeza, besándola en el cuello antes de

mirarla a los ojos. —Vas a ser mi esposa y vas a darme un hijo.

Los ojos de Rebeca brillaron. —¿Un hijo? —Él entró en ella lentamente haciéndola suspirar y la besó suavemente en los labios

entrelazando sus dedos. Entró en su ser hasta el fondo. —Dime que sí, mi amor. Dime que me quieres y que me perdonas. Por favor, Rebeca. Danos una oportunidad.

Esas palabras le hicieron recordar las palabras de su madre. Si hubiera perdonado a su padre, sus vidas hubieran sido tan distintas. Y le amaba, nunca había dejado de quererle y por eso estaba tan dolida. Pero algo dentro de ella seguía reteniéndola. —No tengas miedo, preciosa. No te fallaré otra vez. —Se acercó y la besó apasionadamente intentando borrar sus miedos.

Paolo se separó y Rebeca vio en sus ojos que estaba desesperado.

Desesperado por ella y su corazón latió con fuerza como hacía meses que no lo hacía. Podía sufrir toda la vida o estar con él y arriesgarse a vivir. Le miró a los ojos y susurró —Yo también te necesito.

Él cerró los ojos como si fueran las palabras más maravillosas del

mundo y una lágrima cayó por la mejilla de Rebeca al darse cuenta en ese momento lo mal que él lo había pasado. Paolo abrió los ojos y sonrió apretando sus manos. —Te quiero, mi vida. Te haré feliz.

Rebeca movió sus caderas debajo de él. —Pues ámame. Sólo necesito eso.

Epílogo

Rebeca escuchó como se abría la puerta de casa y salió de la habitación corriendo para saludar a su marido. Se detuvo en seco perdiendo la sonrisa cuando vio a su madre sacando la llave de la puerta con su padre detrás. Al mirar el llavero se dio cuenta que era el de Paolo. Un regalo suyo con sus iniciales en plateado. —Ya veo. Mi marido me ha tendido una trampa.

Su madre forzó una sonrisa pasando al interior. —Ha dicho que te encerremos en casa hasta que cedas. Que eso funciona.

Miró a su padre a los ojos y este desvió la mirada avergonzado. —

¡Mírame! ¡Al menos ten las agallas para mirarme a la cara si quieres que te perdone!

—No fue como piensas.

—¡Claro que sí! ¡Aprovechaste que había conocido a Paolo para que te sacara las castañas del fuego!

—Tenía que salvar la empresa. ¿No lo entiendes? Conozco a tu marido y sabía que era la persona indicada para mantenerla a flote. ¡Yo ya no tengo fuerzas para ello!

Podía entenderlo, pero que no hubiera sido sincero con ella le dolía. —

Tenías que habérmelo dicho.

—Fue culpa mía —dijo su madre—. No quería que te sintieras utilizada y le dije que se callara.

Su padre sonrió satisfecho. —Y ha salido bien. Las acciones vuelven a subir. No tenías que haber vendido.

—¿Y qué más me da, si ya tengo todo lo que quiero? —Se encogió de hombros y se sentó en el sofá sin invitarles, mirándoles de arriba abajo. Su madre estaba más delgada. —¿Estás bien?

—Sí, cariño. —Como si nada fue a sentarse con ella. —Lo he pasado un poco mal, pero sabes que supero cualquier cosa. Tenía miedo de perderte.

—¿Qué me vas a perder? ¿Acaso no te sales siempre con la tuya?

Michael se echó a reír mientras Steffani se sonrojaba. —Pues sí.

—¿Entonces a qué viene tanto teatro? —Miró a su padre. —¿Ya te ha convencido?

—¿Para qué?

—Para que te cases con ella.

—¡Rebeca! —exclamó su madre ofendida antes de susurrar —Hija, cierra la boca.

Su padre se quitó el abrigo sentándose ante ellas. —Se hace de rogar.

—Ya sabes lo que significa. Quiere un anillo muy caro.

—Será posible.

Rebeca sonrió sin poder evitarlo. Le encantaba fastidiarla y su madre la

abrazó con fuerza. —Mi niña...

—Te quiero, mamá.

—Lo sé.

Su padre carraspeó. —Yo también te quiero.

Michael emocionado miró a su alrededor y Rebeca se levantó

apartándose de su madre para abrazarle también. —No vuelvas a hacerlo.

—De acuerdo. A partir de ahora te lo contaré todo.

—Estupendo. —Se incorporó diciendo —¿Dónde está mi marido? —

Sus padres se miraron y Rebeca puso los brazos en jarras. —¿Qué? ¿Pasa algo?

—No —respondieron los dos a la vez negando con la cabeza.

Ella entrecerró los ojos. —Venga, soltarlo ya. Nada de secretos, ¿recordáis?

—Es que no queremos estropear nada. —Su madre miró a su padre para que se callara.

—¡Mamá!

—No es cosa nuestra. Lo descubrirás cuando llegue.

Emocionada junto las manos. —¿Me ha comprado un regalo?

—Mmm.

—Oh, qué mono. ¿Qué podrá ser? En Navidad me llenó de regalos y sólo ha pasado una semana. —Se mordió el labio inferior. —¿Es una

sorpresa? —Los dos asintieron y dio dos saltitos encantada. —¿Por fin de año?

—Volvieron a asentir. —Esta noche va a ser especial. Yo también le tengo una sorpresa.

—¿Qué sorpresa? —Su madre miró de reojo a su padre, que se revolvió incómodo en la silla. —Igual deberías esperar a otro día para dársela, cariño.

—¿Por qué dices...?

La puerta de casa se abrió de repente y a Rebeca se le cayó la mandíbula al pecho al ver a toda la familia Viotti entrando en la casa. Atónita vio cómo se acercaban uno por uno pegando gritos y dándole un montón de besos en las mejillas. Piero se acercó con una sonrisa de oreja a oreja y la besó en ambas mejillas efusivamente. —Me alegro de que estés bien. Tienes muy buen aspecto.

—Suegro, qué sorpresa. —Incrédula miró a sus padres, que se levantaban a saludar mientras un montón de italianos invadían su piso. Rosa apareció a su lado con un panettone. —Feliz Navidad y Prospero año nuevo.

—Feliz Navidad.

Un hombre que no conocía, ni que había visto nunca, la cogió por los hombros plantándole un beso en la boca. Y atontada al separarse, vio a su marido ante ella.

—Francesco, no te pases —dijo divertido apartándole mientras los demás se reían.

—Cariño, has vuelto a casa. —Le cogió de la mano y tiró de él hasta la cocina. —¿Qué es esto?

—Cara, querían pasar el año nuevo con nosotros.

—¿Un tío que no conozco me ha metido la lengua hasta la campanilla!

—¿Es Francesco! Estuvo en la boda. —La cogió por la cintura pegándola a él. —¿No te alegras de tenerles en casa? Estaban deseando venir para comprobar que estabas bien. Después de lo ocurrido, se sentían culpables por apoyar a Helena. Y lo de Julia también fue un mazazo en la familia.

—Lo entiendo, ¿pero era necesario tan pronto? Acabamos de volver y quería pasar esta noche contigo. —Le miró a los ojos. —Los tres solos.

Paolo movió la cabeza de un lado a otro. —Te prometo que lo pasarás bien. —Le dio un beso de tornillo y salió de la cocina. —¿Sacar el champán!

Ella gruñó apoyando la mano en la encimera decepcionada, cuando la puerta se abrió de golpe y Paolo la miró intensamente. —¿Has dicho los tres?

Rebeca sonrió y Paolo gritó de alegría cogiéndola por la cintura. —

¡Voy a ser padre! —Riendo la besó en los labios mientras sus familias les felicitaban desde la puerta. Se miraron a los ojos y él susurró —Te quiero, cara. Cada día me haces más feliz.

—Yo también te quiero, mi amor. Me lo has dado todo.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Huir del amor” o “Esa no soy yo”. Próximamente publicará “Róbame el corazón” y “Miedo a perderte”.

Si quieres conocer todas sus obras en formato Kindle, sólo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon. Tienes más de noventa para elegir.

También puedes seguir sus novedades a través de Facebook.